APIANO

HISTORIA ROMANA

III

GUERRAS CIVILES
(LIBROS III-V)

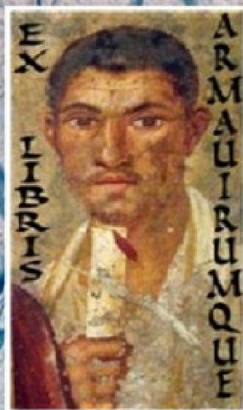
TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

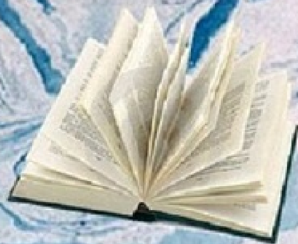
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI


EX
LIBRIS
ARMAVIRUMQUE



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 84

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO GUZMÁN GUERRA.

Depósito Legal: M. 14338-1985.

ISBN 84-249-3552-7.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1985. — 5832

LIBRO V

SINOPSIS

1. Introducción al libro V.
2. Los seguidores de Bruto, después de Filipos.
3. Antonio y Octavio se distribuyen las tareas, provincias y ejércitos después de Filipos.

4-6. Antonio en Éfeso. Contribuciones impuestas a Asia.

7. Antonio recorre y organiza las provincias del Oriente.

8-10. Encuentro entre Antonio y Cleopatra en Tarso. Ataque a Palmira.

11. Antonio inverna en Alejandría.

12-13. Octavio en Italia. Dificultad en las asignaciones agrarias a los veteranos.

14. Intervención de L. Antonio y Fulvia, esposa de Antonio.

15-17. Consecuencias del trastorno agrario y social. Prepotencia del ejército. Consideraciones sobre la nueva mentalidad de los soldados.

18. Caos económico en Italia y hambre en Roma.

19. Actuación del cónsul L. Antonio.

20. El encuentro de Teano.

21-23. Nuevos y vanos intentos de reconciliación entre ambas facciones.

24. Preparativos militares por ambos bandos.

25. Pompeyo incrementa su poder.

26. La situación en África. Ahenobarbo ataca Bríndisi.

27. Italia se divide entre las dos facciones ante la inminencia de la guerra.

28-29. Último intento fallido de llegar a un acuerdo.

30-31. Acontecimientos bélicos hasta el asedio de Perusia.

32-33. Lucio se retira a Perusia. Bloqueo de la ciudad por Octavio.

34-37. Octavio refuerza el asedio. Intentos vanos de los asediados por romperlo.

38. Deserciones y desánimo entre las tropas de Lucio.
39. Discurso de Lucio a sus tropas.
40. Embajada de Lucio a Octavio.
41-45. Encuentro entre Lucio y Octavio.
46-47. La rendición del ejército.
48-49. Captura e incendio de Perusia. Castigo de los culpables.
50. Dispersión de las tropas antonianas en Italia.
51. La muerte de Fufio Caleno. Octavio se apodera del ejército de Antonio en la Galia.
52. Antonio parte de Alejandría. Sus relaciones con Sexto Pompeyo.
53-54. Disposiciones de Octavio en Italia ante una posible alianza entre Antonio y Pompeyo.
55. Encuentro en el Adriático de Antonio y Ahenobarbo.
56. Antonio desembarca en Italia y pone cerco a Bríndisi.
57. Octavio organiza la defensa de Italia.
58-59. Antonio y Octavio en torno a Bríndisi. Muerte de Fulvia.
60-63. La mediación de L. Cocceyo Nerva.
64-65. El acuerdo de Octavio y Antonio en Bríndisi.
66. Octavio y Antonio en Roma.
67-68. Sublevación en Roma.
69. Primer intento de acuerdo con Sexto Pompeyo.
70. Discrepancias sobre el acuerdo entre las tropas de Pompeyo.
71-73. El encuentro de Miseno.
74. Alegría en Italia por el acuerdo.
75. Antonio dispone los asuntos de Oriente según sus planes.
76. Antonio inverna en Atenas.
77. Ruptura del acuerdo entre Octavio y Pompeyo.
78-79. Defección de Menodoro a Octavio. Éste llama a Italia a Octavio.
80. Preparativos de guerra.
81-83. La batalla naval de Cumas.
84-86. Derrota de la flota de Octavio en el Estrecho de Mesina.
87-90. La noche después de la batalla. La tempestad del día siguiente destruye casi por completo la flota de Octavio.
91. Medidas de Octavio para paliar la grave situación.
92. Medidas políticas y militares de Octavio.
93-95. El encuentro de Tarento.
96. Defección de Menodoro a Pompeyo. *Lustratio* de la flota.
97. Comienzo de las hostilidades. Plan de defensa de Pompeyo.
98-99. Operaciones navales de Octavio. Una tempestad daña seriamente a su flota.
100-102. Actitud de Pompeyo y nueva defección de Menodoro.
103. Octavio prepara el desembarco en Sicilia.

104. Papias destruye parte de las naves de Lépido.
105-108. Maniobras de la flota de Octavio. La batalla de Milas.
109-110. El desembarco de Octavio.
111. Derrota de la flota de Octavio.
112. Medidas de Octavio para afrontar la situación.
113-115. Cornificio se repliega al interior de la isla y llega a Milas.
116-117. Defensa de Pompeyo en la costa septentrional.
118-121. La batalla de Nauloco y la derrota de Pompeyo.
122. Huida de Pompeyo. Toma de Mesina.
123-126. Intentona fallida de Lépido y su destino final como privado.
127-129. Octavio recompensa a su ejército, sofoca una sublevación de sus tropas e impone tributos a Sicilia.
130-131. Octavio en Roma. Honores decretados a él. Devolución de los esclavos a sus dueños.
132. Medidas de Octavio sobre política interna.
133. La fuga de Pompeyo a Asia.
134-136. Embajada pompeyana a Antonio y réplica de éste a los embajadores.
137-139. Pompeyo en Asia. Su lucha contra los generales de Antonio.
140-142. La captura de Sexto Pompeyo.
143-144. Breve semblanza de Sexto Pompeyo. La responsabilidad de su muerte.
145. Capítulo final: el libro *Sobre Iliria.*

Después de la muerte de Casio y Bruto, Octavio 1
regresó a Italia y Antonio marchó a Asia, en donde Cleopatra, la reina de Egipto, se reunió con él, y, nada más verla, quedó subyugado ante su belleza [1]. Esta pasión acarreó la ruina de ambos y de todo Egipto, tras ellos.

[1] Como es costumbre en los libros de la *Guerras Civiles* y, en general, en la obra de Apiano, se inicia este libro con un capítulo de introducción de su propio cuño, en el que expone el argumento. Sobre la estructura del mismo y, en general, sobre este libro V, véase el magnífico comentario de E. Gabba, en *Appiani Bellorum Civilium Liber Quintus*, Florencia, 1970, imprescindible para todo aquel que quiera profundizar en los temas tratados en este libro; de la estructura, en concreto, trata en la Introducción, págs. IX-XVII.

Por esta razón, Egipto va a ocupar una parte de este libro, parte pequeña, sin embargo, y no merecedora de un título específico, puesto que se trata de un episodio incidental a las Guerras Civiles, de mucha mayor proporción. Pues, ciertamente, después de Bruto y Casio, hubo otras guerras civiles similares, aunque ya no había ningún general al mando de todas las tropas como en el caso de aquéllos. Estas últimas guerras fueron esporádicas, hasta que Sexto Pompeyo, el hijo más joven de Pompeyo el Grande y último representante de esta facción fue muerto, como lo habían sido Bruto y Casio, y Lépido fue desposeído de su parcela de poder en el triunvirato, y todo el gobierno de Roma vino a parar a las manos de dos hombres solamente, Antonio y Octavio[2]. Cada uno de estos hechos sucedió como sigue.

2 Casio, de sobrenombre Parmesio[3], había sido dejado por Bruto y Casio en Asia, con una flota y un ejército para que recolectara dinero. Tras la muerte de Casio, sin prever un destino semejante para Bruto, seleccionó a treinta naves rodias, las que pensaba dotar de tripulación, y quemó las restantes, salvo la sagrada,

[2] Este libro comprende el período histórico que va desde el momento posterior a Filipos hasta la muerte de Sexto Pompeyo (35 a. C.), lo que implica una cierta discrepancia con lo expresado por el autor en su *Pról.* 14, y *supra*, I 6, de concluir su historia después de Accio. Gabba *(Appiani...*, V, pág. X) atribuye este hecho a razones patrióticas (él era oriundo de Egipto), en virtud de las cuales habría transferido los hechos posteriores al 35 a. C. a su *Historia de Egipto* (hoy perdida), y también dado que, según el propio autor afirma en este capítulo, la guerra en Egipto estaba en íntima conexión con las Guerras Civiles (cf., también, n. 10 al libro I).

[3] G. Casio de Parma, tal vez cuestor en el 43 a. C. (cf. T. R. S. Broughton, *The magistrates of the Roman Republic*, I-II y supl., Nueva York, 1950-1960, II, pág. 341). Había participado en la conjura contra César (aunque no aparece en la lista de conjurados que da Apiano en II 113). Se unió, después de Filipos, a Sexto Pompeyo, y en el 35 a. C. se pasó a Antonio (cf. *infra*, V 139). Murió en Atenas después de la batalla de Accio (cf. Val. Máx., I 7, 7).

a fin de que no pudieran provocar una revuelta. Después de llevar a cabo esto, se hizo a la mar con sus propios barcos y las treinta naves. Clodio[4], que había sido enviado por Bruto a Rodas con trece naves, al encontrarse con que los rodios[5] se habían sublevado —pues ya estaba muerto también Bruto— rescató a la guarnición consistente en tres mil soldados y se unió a Parmesio. También lo hizo Turulio[6], con otras naves y gran cantidad de dinero que había tomado de Rodas previamente por la fuerza. A esta flota, que tenía ya una fuerza considerable, acudieron todos aquellos que prestaban servicios en diversas partes de Asia, y ellos la dotaron de tripulación tomando soldados de donde podían, y remeros entre los esclavos o prisioneros y entre los isleños de las islas a las que arribaban. Se unieron a ellos Cicerón, el hijo de Cicerón[7], y cuantos otros miembros de la nobleza habían escapado de Tasos[8]. Y rápidamente contaron con un número importante y cuadros dignos de oficiales, soldados y naves. Una vez que se les unió Lépido[9] con un contingente adicional de tropas, que habían sometido a Creta bajo la jurisdicción de Bruto, navegaron hasta el Adriático para unirse

---

[4] Cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Clodius*, núm. 3.

[5] Sobre los rodios en este tiempo, cf. n. 71 al libro IV.

[6] Acabó como almirante de Antonio (cf. DIÓN CAS., LXI 8, 2; VAL. MÁX., I 1, 19).

[7] Cf., sobre él, nn. 39 y 40 al cap. 51 del libro IV.

[8] Sobre los huidos a Tasos, cf. n. 113 al cap. 134 del libro IV.

[9] De indentificación discutida, según M. GRANT, *From Imperium to Auctoritas*, Cambridge, 1949, págs. 35 y sigs., se trataría de *P. Aemilius P.f. Lepidus*, un monetal (cf. BROUHGTON, II, pág. 342). Para RHODEN, en *RE*, s.v. *Aemilius*, núm. 82, podía ser P. (o L.) Emilio Lépido, hijo de un hermano del triunviro, que fue proscrito con su padre en el 43 a. C. (cf. DIÓN CAS., LIV 2, 1), se unió a los cesaricidas y, luego, se reconcilió con Octavio cuando este luchaba con Sexto Pompeyo (cf. SUET., *Aug.* 16, 3), fue cónsul *suffectus* en el 34 a. C.

a Murco [10] y a Domicio Ahenobarbo [11], quienes tenían a su mando una fuerza naval muy estimable. Algunos de ellos atravesaron, con Murco, hasta Sicilia y se unieron a las tropas de Sexto Pompeyo, otros se quedaron junto a Ahenobarbo y crearon su propia facción. De tal modo tuvo lugar la primera concentración de los efectivos que habían quedado de todos los preparativos hechos por Casio y Bruto.

3 Después de la victoria de Filipos, Octavio y Antonio ofrecieron un sacrifio magnífico y elogiaron a sus tropas. Con objeto de proceder a la entrega de las recompensas por la victoria, Octavio marchó a Italia para repartir la tierra entre ellos y asentarlos en las colonias —pues había elegido para sí esta tarea a causa de su enfermedad— y Antonio avanzó hasta los pueblos de allende el Egeo para reunir el dinero que les habían prometido. Se repartieron entre sí las provincias, como antes [12], y añadieron, además, las de Lépido [13]. Pues se había decidido, a instancias de Octavio, otorgar la independencia a la Galia Cisalpina [14], de acuerdo con el criterio de César. Lépido fue acusado de traicionar los intereses del triunvirato en favor de Pompeyo y se decidió que si Octavio encontraba falsa esta acusación, se

---

[10] Cf. n. 87 al cap. 77 del libro III, y GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

[11] Cf. n. 86 al cap. 86 del libro IV.

[12] Cf. *supra*, IV 2.

[13] De éstas, Antonio obtuvo la Galia Narbonense y retuvo la Comata, en tanto que Octavio recibía las dos Españas.

[14] Que pasaba a formar parte de Italia, y que Antonio prometió entregar. Italia estaba incluida en la división. Según DIÓN CAS., XLVIII 1, 3 y 22, 2, hubo un reparto de las provincias africanas (Octavio habría conservado *Africa Nova* y Antonio habría obtenido la *Vetus)* (cf. RICE HOLMES, *The architect of the Roman Empire*, 2 vols., Oxford, 1928/31, I, págs. 218-219, quien la rechaza, y, por el contrario, GSELL, *Hist. Anc. de l'Afrique du Nord*, VIII, págs. 188 y sigs., en especial página 191 y nn., que sigue la versión de Dión Casio).

le entregarían otras provincias [15]. Licenciaron a aquellos soldados que habían cumplido su período completo de milicia [16], salvo ocho mil, los cuales solicitaron seguir en el servicio. A estos últimos los aceptaron de nuevo, y se los repartieron y los formaron en cohortes pretorianas [17]. El resto de las tropas con las que contaban, incluyendo aquellas que se habían pasado de Bruto, arrojaban un total de once legiones de infantería y catorce mil jinetes. De estas tropas, Antonio tomó, para su expedición al extranjero, seis legiones de infantería y diez mil jinetes, y Octavio, cuatro mil jinetes y cinco legiones, pero dio a Antonio dos de estas últimas a cambio de otras que habían sido dejadas en Italia por Antonio bajo el mando de Caleno [18].

---

15 Como en efecto ocurrió (cf. cap. 12). Lépido representaba, en estos momentos, la tendencia conservadora y senatorial a la que había estado ligado tradicionalmente por vínculos familiares. De hecho, su participación en el triunvirato se debió fundamentalmente a la importancia de su ejército, al nombre de su famosa *gens* patricia y a los vínculo políticos que lo unían a la oligarquía senatorial (cf. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939, págs. 165 y sigs. y 230 y sigs.).

16 Parece concluirse de aquí un tiempo límite de permanencia continuada en la milicia, tal vez 16 años (cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*; y, además, R. E. SMITH, *Service in Post-Marian Roman Army*, Manchester, 1958, pág. 35, y P. BRUNT, *Italian Manpower [225 B.C.-A.D. 14]*, Oxford, 1971, págs. 400 y sigs.).

17 GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, cita al respecto a M. DURRY, *Les cohortes prétoriennes*, París, 1938, págs. 75-76.

18 El cual había permanecido allí para controlar realmente a Lépido, que había quedado al mando de Italia cuando Antonio y Octavio partieron hacia Oriente contra Bruto y Casio a comienzos del 42 a. C. (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 202). Sobre este personaje, Q. Fufio Caleno, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Fufius*, núm. 10. Había sido tribuno de la plebe en el 61 a. C., pretor en el 59 a. C., legado de César en la Galia en el 51 a. C. y cónsul en el 47 a. C. Tal vez sea el mismo que, según Apiano *(supra*, IV 47), ayudó a salvarse a Varrón durante las proscripciones. En el 41 a. C. (cf. cap. 51 de este libro), aparece como comandante de Antonio en la Galia Transalpina, con 11 legiones, y es posible que, a pesar de haber sido requerido para ello,

4 Así pues, Octavio se dirigió hacia el Adriático, y Antonio, cuando estuvo en Éfeso [19], ofreció con gran pompa un sacrificio a la diosa de la ciudad [20] y perdonó a los que se habían refugiado en su templo como suplicantes [21] después del desastre de Bruto y Casio, con excepción de Petronio [22], que había sido convicto de participar en el asesinato de César, y de Quinto, que había puesto en manos de Casio a Dolabella, mediante traición en Laodicea [23]. Reunió, posteriormente, a los griegos y a todos los demás pueblos que ocupan la parte de Asia en torno a Pérgamo, ya sea que estuvieran presentes por delegaciones, en conformidad con el acuerdo [24] o que hubieran sido citados allí, y les dijo lo si-

---

no hubiese cedido a Octavio el mando de las dos legiones que tenía (cf. cap. 20 de este libro, y, además, P. Brunt, *Italian*..., págs. 489-493).

19 Según Plut., *Ant.* 23, habría permanecido algunos meses en Grecia, y el paso a Asia debió de tener lugar en la primavera del 41 a. C. Sobre la política de Antonio en Oriente y su conexión con los acontecimientos en Italia, cf., en general, H. Buchheim, *Die Orientpolitik des Triunvirn M. Antonius. Ihre Voraussetzungen, Entwicklung und Zusammenhang mit den politischen Ereignissen in Italien,* en Abhandl. der Heidelberger Akademie der Wissench, Phil.-Hist. Klasse, 1960, 3.

20 Se trata de la Ártemis (Diana) efesia (cf. L. Sechan-P. Levéque, *Les grandes divinités de la Grèce,* París, 1966, págs. 358-359).

21 Su templo era famoso por el derecho de asilo (cf., además, capítulo 9; Estrab., XIV, 23; Stengel, en *RE,* s.v. *Asylon,* col. 1884). La tradición apianea, filoantoniana, silencia el recibimiento «dionisíaco» de Antonio en Éfeso y su política religiosa en el Oriente, fuente de críticas ulteriores hacia su persona (cf., sobre este particular y la valoración del episodio de Éfeso, Gabba, *Appiani*..., V, com. *ad loc.).*

22 Tal vez, un senador (cf. Münzer, en *RE,* s.v. *Petronius,* núm. 85).

23 Cf. *supra,* IV 62.

24 Se refiere al pacto del *koinón* de Asia. Tomo esta traducción de Gabba *(Appiani*..., V, com. *ad loc.),* que sigue a Buchheim, *Die Orientpolitik*..., pág. 99 n. 15, el cual piensa que aquí se alude al *koinón* de Asia. Habría, pues, que distinguir entre los griegos del *koinón,* presentes por delegaciones, de los no griegos «convocados». Deininger, por el contrario («Brutus und die Bithyner», *Rh. Mus.* 106 [1966], 366-368), descarta esta interpretación y piensa que la reunión de Éfeso fue del

guiente[25]: «A vosotros, oh griegos, vuestro rey Átalo[26] os puso en nuestras manos en su testamento, y al punto fuimos para vosotros mejores de lo que lo había sido Átalo, pues os eximimos de los tributos que pagabais a éste, hasta que la aparición, también entre nosotros, de agitadores populares hizo necesario estos tributos[27]. Mas cuando esto ocurrió, no os los impusimos en razón a una estimación fijada, de forma que pudiéramos recaudar una suma segura, sino que os ordenamos que contribuyerais con una parte proporcional de vuestras cosechas anuales para así participar de vuestras vicisitudes. Y cuando los encargados de la recaudación por delegación del senado os violentaron y os exigieron mucho más de lo debido[28], Gayo César os devolvió una tercera parte de vuestra aportación y puso fin a los abusos. Pues puso en vuestras manos la tarea de recaudar

---

tipo de la de Sila (cf. Apiano, *Mitríd.* 61-62) y que habría que entender *epì synthései* «para una clarificación».

[25] Según Gabba *(Appiani...,* V, com. *ad loc.),* el discurso de Antonio proviene de una fuente óptima que podría ser *de vectigalium Asiae constitutione* de Mesala (cf., además Gabba, *Appiani...*, V, Intr., pág. XVI).

[26] Atalo III Filométor, de Pérgamo, muerto en la primavera del 133 a. C. (cf. Apiano, *Mitríd.* 62). Sobre las controversias surgidas entre las ciudades griegas del antiguo reino de Pérgamo en el 133 (y, en especial, entre el 123 y 50 a. C.) y los *publicani*, así como sobre la exención de tributos, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, y consideraciones de Nicolet, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo*, I (trad. cast.), Barcelona, 1982, págs. 179 y sigs., con bibliografía específica sobre el tema en pág. 401.

[27] Por medio de la *lex de vectigalibus de Provincia Asia* de G. Sempronio Graco, en el 123 a. C., por la que todas las ciudades griegas hasta aquel momento inmunes se vieron obligadas a pagar una tasa (en contra de las cláusulas del testamento de Átalo), con excepción de Pérgamo. Es importante esta ley, pues a partir de esta fecha el sistema de arrendamiento de gastos y percepción de ingresos va a sufrir una modificación sustancial y se van a crear sociedades anónimas, que se llamaban según el nombre de la provincia o del tipo de impuesto que tenían bajo control.

[28] Cf. Apiano, *Mitríd.* 121, y *supra*, II 92.

los tributos a los agricultores. Y a quien tuvo un comportamiento tal nuestros ciudadanos honorables lo llamaron tirano, y vosotros les ayudasteis con grandes sumas de dinero a ellos que eran los asesinos de vuestro bienhechor y en contra de nosotros que perseguíamos su venganza.

5 »Sin embargo, como la justa fortuna sentenció la guerra no en el sentido que vosotros queríais, sino como debía ser, si fuera necesario trataros como a unos aliados de nuestros enemigos habría que castigaros, pero, puesto que creemos voluntariamente que vosotros habéis actuado así en virtud de una fuerza mayor, os eximimos de las penas más severas, mas necesitamos dinero, tierra y ciudades como premios para la victoria de nuestros ejércitos. Hay veintiocho legiones de infantería[29], que, junto con las tropas auxiliares, arrojan una cifra de más de ciento setenta mil hombres, además de la caballería y de otros diversos cuerpos de tropas. En razón de un número tan grande de soldados, podéis imaginar la envergadura de nuestras necesidades. Octavio ha partido para Italia a fin de proceder al reparto de tierras y ciudades entre ellos, para expropiar Italia, por decirlo lisa y llanamente. Y con objeto de no expulsaros de vuestras tierras, ciudades, casas, templos y tumbas, hemos pensado que vuestra aportación sea en dinero y no de todo el que tenéis —pues ni siquiera podríais pagar la suma—, sino de una parte de él, y muy pequeña, que os va a alegrar cuando os enteréis de ella. Nos bastará con recibir lo que entregasteis[30] a nuestros enemigos en dos años —y les disteis los tributos de diez años en ese tiempo—, pero debéis pagarlo en uno solo, pues nos acucia la necesidad. Y como sois sensibles a nuestro trato de favor hacia

[29] Cf. n. 11 bis a IV 3, en donde se da un total de 43 legiones.
[30] Cf. *supra*, IV 75 y n. 74.

vosotros, quiero añadir simplemente que el castigo impuesto no es comparable a ninguna de vuestras faltas.»

Éstas fueron sus palabras, haciendo referencia al 6
pago de una aportación para veintiocho legiones de infantería, en tanto que, según tengo entendido, eran cuarenta y tres cuando llegaron a un acuerdo en Módena [31] y les prometieron estas recompensas, pero la guerra las habría reducido probablemente a esta cifra [32]. Los griegos, mientras él estaba hablando, se arrojaban contra el suelo y alegaron en su defensa la coacción y la violencia ejercida contra ellos por Bruto y Casio, y que no se merecían castigo, sino compasión; que ellos hubieran entregado el dinero voluntariamente a sus bienhechores, pero que habían sido privados de él por los enemigos, a quienes habían dado no sólo su dinero, sino también, a falta de éste, sus objetos de valor y sus ornamentos sagrados, y que habían acuñado en moneda estas cosas en presencia de ellos. Finalmente, ante la insistencia de sus ruegos, consiguieron rebajar la cantidad a tasas de nueve años pagaderas en dos. Se ordenó también el pago de unas sumas adicionales a los reyes, príncipes y ciudades libres, según las disponibilidades de cada uno de ellos.

Mientras Antonio llevaba a cabo una gira por las 7
provincias, Lucio [33], el hermano de Casio, y algunos otros que temían por su integridad física, al enterarse del perdón de Éfeso, se acercaron como suplicantes. Les

---

[31] Se refiere al encuentro de Bononia (Bolonia) en noviembre del 43 a. C., celebrado en una isla a mitad de camino entre Mutina (Módena) y Bononia (cf. *supra*, IV 2 y n. 3).

[32] Cf. n. 11 bis al libro IV, cap. 3 y Rice Holmes, *The architect of the Roman Empire*, I, págs. 217-218.

[33] L. Casio Longino (cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Cassius*, núm. 65). Estuvo con César en la guerra civil del 49 a. C. Fue tribuno de la plebe en el 44 a. C. y no tomó parte en la guerra civil al lado de su hermano, lo que sí hizo su hijo G. Casio, el cesaricida, que cayó en la batalla de Filipos (cf. *supra*, IV 135).

concedió el perdón a todos, excepción hecha de los que habían sido convictos del asesinato de César, pues con éstos únicamente fue implacable [34]. Dio un respiro a las ciudades que habían sufrido más severamente, y así eximió del pago de los tributos a los licios, impulsó la reconstrucción de Janto y dio a los rodios Andros, Tenos, Naxos y Mindo [35], de las cuales fueron despojados poco después, porque las gobernaron con excesiva rudeza [36]. Otorgó la libertad a las ciudades de Laodicea [37] y Tarso [38] y las eximió del pago de tributos, y a los habitantes de esta última, que habían sido vendidos como esclavos, los liberó de la esclavitud mediante un edicto [39]. Cuando los atenienses acudieron a él para pedirle Tenos, les dio Egina, Icos, Ceos, Escíatos y Peparetos [40]. Prosiguió su avance hacia Frigia, Misia [41], Galacia de Asia, Capadocia, Cilicia, Cele-Siria, Palestina, Iturea [42] y las demás regiones de Siria, e impuso sobre todas ellas fuertes contribuciones y actuó de árbitro entre ciudades y reyes —en Capadocia, por ejemplo, entre Ariárates [43] y Sisina, a quien ayudó a obtener el trono a causa de su madre Glafira, que se le antojó una her-

---

[34] En virtud de la *lex Pedia* (cf. *supra,* III 95 y n. 109).

[35] Islas del Egeo del grupo de las Cícladas.

[36] Tal vez después de Accio (cf. Schmitt, *Rom und Rhodos,* Munich, 1957, págs. 186-187).

[37] Cf. *supra,* IV 52, 60 y 62.

[38] Cf. *supra,* IV 52 y 64.

[39] Cf. Rostovtzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico,* Madrid, 1967.

[40] Icos, Esciatos y Peparetos son las tres islas principales del grupo de las Espóradas septentrionales. Ceos es una isla del grupo de las Cícladas. Egina está frente a la costa del Ática.

[41] Ambas, Frigia y Misia, formaban parte de la provincia de Asia.

[42] Región de Siria.

[43] Ariarates había sustituido en el trono de Capadocia, en el 42 a. C., a Ariobarzanes, muerto por Casio (cf. *supra,* IV 63).

mosa mujer; en Siria libró a las ciudades de los tiranos, una tras otra[44].

Cuando Cleopatra se reunió con él en Cilicia[45], le reprochó a ella que no hubiera participado de sus vicisitudes por vengar a César. Ella, en cambio, en lugar de defenderse, pasó a enumerar lo que había hecho diciendo que había enviado de inmediato a Dolabella las cuatro legiones que tenía consigo[46], y que el viento contrario y el propio Dolabella, cuya derrota acaeció antes de lo previsto, le habían impedido enviar otra flota, que tenía ya dispuesta; pero que no se había aliado con Casio, el cual la había amenazado por dos veces, y que, a pesar de la hostilidad de aquéllos, se había hecho a la mar rumbo al Adriático con una flota muy poderosa sin temer a Casio, ni precaverse contra Murco que estaba al ancla aguardando su paso, pero que una tempestad quebrantó las naves y ella misma cayó enferma, razón por la que no pudo después hacerse a la mar de nuevo hasta que ellos ya habían obtenido la victoria. Entonces, Antonio, perplejo ante su sagacidad, amén de su belleza, quedó prendado de ella con una pasión propia de un muchacho, aunque contaba, a la sazón, cuarenta años de edad[47]. Se dice que él era por naturaleza proclive a estos asuntos y que ya en otro tiempo, cuando ella era todavía una niña, había sentido una fuerte atracción hacia ésta, nada más verla, cuando, aún mozo, siguió a Gabinio[48] a Alejandría como prefecto de caballería. 8

---

[44] Primavera del 41 a. C.

[45] Según PLUT., *Ant.* 25-27, este encuentro tuvo lugar en el río Cidno, junto a la ciudad de Tarso, y Cleopatra había sido convocada por Antonio a través de Q. Delio, para rendirle cuentas de su política.

[46] Cf. *supra,* IV 61.

[47] Según PLUT., *Ant.* 86, 8, Antonio habría muerto a los 53 o 56 años de edad, en el 30 a. C. La fecha de su nacimiento se sitúa en el 86 o 83 a. C. Los cuarenta años son aproximados.

[48] En el 55 a. C., cuando restauró en el trono de Egipto a Tolo-

9 En consecuencia, la atención que Antonio había prestado a todas las tareas hasta entonces empezó a debilitarse, toda ella, de inmediato. Se hacía lo que Cleopatra ordenaba, sin el menor respeto hacia las leyes divinas y humanas. Y así, mientras Arsínoe[49], hermana de Cleopatra, estaba en Mileto acogida como suplicante de Ártemis Leucofriene[50], Antonio envió a unos asesinos para que le dieran muerte, y a Serapio[51], que había sido su prefecto en Chipre y había combatido como aliado de Casio, ordenó a los tirios, entre quienes se hallaba como suplicante[52], que lo entregaran a Cleopatra. También ordenó a los aradios[53] que entregaran a otro suplicante al que tenían en su poder, que se había hecho pasar por Tolomeo, cuando Tolomeo el hermano de Cleopatra había desaparecido en la batalla naval del Nilo contra César. Mandó que fuera conducido a su presencia el sacerdote de Ártemis en Éfeso, al que llaman Megabizos, que, en cierta ocasión, había recibido a Arsínoe como reina, pero ante las súplicas que los efesios hicieron a Cleopatra lo dejó libre. Tan rápida fue la mu-

---

meo XII Auletes (cf. n. 45 bis del libro II). Fue prefecto de caballería de Gabinio (cf. PLUT., *Ant.* 3).

49 Hermana menor de Cleopatra. Se había hecho reconocer reina de Egipto al comienzo de la Guerra Alejandrina (cf. CÉSAR, *B.C.* III 112), después de la derrota César, la había llevado en su triunfo en Roma (cf. n. 225 al libro II) y, posteriormente, fue liberada (cf. DIÓN CAS., XLIII 19).

50 Algunos autores reputan este pasaje de Apiano como erróneo (cf. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor* [2 vols.], Princeton, 1950, II, página 1279, n. 5) y sostienen que debe entenderse Magnesia, en vez de Mileto (así Viereck, en su edición de Apiano). En efecto, en Magnesia era objeto especial de culto Leucofriene, diosa asimilada a Ártemis o una advocación de la misma. Pero GABBA *(Appiani...,* V, com. *ad loc.),* piensa que, en Mileto, debió de existir un templo a esta diosa.

51 Cf. *supra,* IV 61 y n. 66.

52 Seguramente en el templo de Melkart-Herakles, el más importante de la ciudad (cf. BÖLTE, en *RE,* s.v. *Tyros,* col. 1898, en esp. 1903).

53 Habitantes de Arados, importante ciudad de Fenicia.

tación de Antonio, y esta pasión fue el principio y el final de los males que después le acaecieron. Cuando Cleopatra regresó a su país, Antonio envió a un cuerpo de caballería a la ciudad de Palmira [54], que estaba a poco distancia del Eufrates, para que la saquearan, con el fútil pretexto de que, al hallarse en la frontera entre los romanos y los partos, mantenían unas ambiguas relaciones con unos y con otros —pues como mercaderes transportaban las mercancías de la India y de Arabia desde Persia y disponían de ellas en el territorio romano—, pero su intención, en realidad, era proporcionar botín a su caballería. Sin embargo, los de Palmira, al enterarse con antelación de este hecho, trasladaron sus pertenencias al otro lado del río y se estacionaron en la orilla dispuestos a asaltar a quien les atacara, pues eran unos arqueros excelentes. Los jinetes, al encontrar vacía la ciudad, emprendieron el regreso sin trabar combate y con las manos vacías.

Parece que esta acción de Antonio provocó el esta- 10
llido de la guerra parta no mucho tiempo después, pues numerosos tiranos expulsados de Siria se refugiaron entre los partos. Siria, hasta el reinado de Antíoco el Piadoso y del hijo de éste, Antíoco [55], fue gobernada por reyes descendientes de Seleuco Nicátor, como ya dije al hablar de este país. Cuando Pompeyo la anexionó a Roma [56], designó pretor de ella a Escauro [57]. Después

---

54 Importante nudo comercial, en el desierto de Siria, entre Oriente y Occidente, que había mantenido una situación de independencia entre el imperio romano y el de los partos (cf. Plin., V 88).

55 Antíoco XIII Asiático, con el que termina la sucesión legítima de la casa real seléucida instaurada por Seleuco I Nicátor. Para la historia de Siria antes de la conquista romana, cf. Apiano, *Sir.* 52-70, y Gabba, «Sul Libro Siriaco di Appiano», *Rend. Linc.*, ser. VIII, XII (1957), 348 y sigs.

56 En el 63 a. C.

57 En el 63-62 a. C. (cf. *Sir.* 51, y Broughton, II, págs. 168 y 175).

de éste, el senado envió a otros [58], entre los que estaba Gabinio [59], el que luchó contra los alejandrinos, y después de Gabinio a Craso [60], quien murió entre los partos, y a continuación a Bíbulo [61]. En el transcurso de la muerte de Gayo César [62] y de la subsiguiente guerra civil, los tiranos se hicieron de nuevo paulatinamente con el poder de las ciudades, ayudados por los partos. Pues estos últimos invadieron Siria a raíz de la derrota de Craso y cooperaron con los tiranos. Antonio expulsó a éstos [63], que se refugiaron junto a los partos, impuso fuertes tributos sobre las poblaciones y cometió el mencionado atropello contra los de Palmira, y no aguardó a que se aquietara la situación del país, sino que repartió a su ejército por las provincias para pasar el invierno y él mismo marchó a Egipto al lado de Cleopatra.

11 Ésta le dispensó una brillante acogida. Él invernó allí [64] sin las insignias de su cargo, con la apariencia

[58] En el 61-60 a. C., L. Marcio Filipo (cf. *Sir.* 51, y BROUGHTON, II, págs. 180 y 185); en el 59-58 a. C., Gn. Cornelio Léntulo Marcelino (cf. *Sir.* 51, y BROUGHTON, II, págs. 190-197).

[59] A. Gabinio, del 57 al 55 a. C. (cf. n. 54 bis al libro II y n. 43 a este libro, y BROUGHTON, II, págs. 203, 210-211 y 218).

[60] M. Licinio Craso, procónsul en 54 a. C. (cf. *Sir.* 51; *supra,* II 18, y BROUGHTON, II, pág. 224. Para su muerte en Carrae, cf. n. 64 al libro II.

[61] M. Calpurnio Bíbulo, procónsul en el 51-50 a. C. (cf. *Sir.* 51; *supra* IV 38, 104 y 136, y BROUGHTON, II, págs. 242 y 250. En el 52 a. C., había quedado, como procuestor, G. Casio Longino, el futuro cesaricida (cf. APIANO, *Iliria* 13; *supra* III 2, IV 57 ss., y BROUGHTON, II, pág. 237).

[62] Apiano no da el nombre de los sucesores de Bíbulo (cf. relación, en JASHEMSKI, *The origins and History of Proconsular and Propraetorian Imperium to 27 B.C.*, Chicago, 1950, págs. 156-157).

[63] En el 41 a. C.

[64] Invierno del 41 al 40 a. C. Sobre la estancia de Antonio en Alejandría, véase el extenso relato de PLUT, *Ant.* 28-29, y GABBA, *Appiani...*, V, Intr., págs. XLIII y LVI ss. El relato de Plutarco está lleno de elementos no favorables a Antonio (al que se presenta como un guiñol en manos de Cleopatra), procedentes de la propaganda de Octavio.

y el régimen de vida de un privado, ya fuera porque se encontraba en una jurisdicción extranjera y en una ciudad gobernada por un poder real, o porque hizo de su invernada una ocasión para la fiesta; puesto que incluso prescindió de los cuidados y de la escolta de un general, y usaba la túnicca cuadrangular griega en lugar de la de su propio país, y calzaba el zapato blanco de Atenas que gastan los sacerdotes atenienses y alejandrinos, al cual llaman *fecasio*[65]. Sus únicas salidas eran a templos, escuelas o a charlas de eruditos y pasaba su vida entre griegos bajo la atención de Cleopatra[66], a quien, ciertamente, consagró por entero su estancia allí.

Tal era el estado de cosas de Antonio. En cuanto 12
a Octavio, cuando regresaba a Roma, se agudizó peligrosamente su enfermedad, en especial en Bríndisi y corrió el rumor de que incluso estaba muerto. Sin embargo, tras reponerse, volvió a la ciudad y mostró las cartas de Antonio a los amigos de éste. Los del partido de Antonio ordenaron a Caleno que entregara a Octavio las dos legiones[67] y escribieron a Sextio en África[68], para que traspasara el mando de esta provincia a Octavio. Mientras cumplían estas órdenes, Octavio no encontró que Lépido hubiera cometido ninguna falta grave y le transfirió la provincia de África en compensación

[65] Cf. Schuppe, en *RE*, s.v. *fecasio*, y G. Giangrande, «Textkritische Beiträge zu lateinischen Dichtern», *Hermes* 95 (1967), 110-121, especialmente pág. 111.

[66] Sobre el interés de Cleopatra por la filosofía, cf. Filóstr., *Vit. Soph.* 1, 5; Nicolás de Damasco, de tendencia peripatética, fue preceptor de los hijos de Antonio y Cleopatra, cf. Jacoby, *Fr. Gr. Hist.* 90 T 2, IIc, págs. 229-230.

[67] Sobre este asunto y Caleno, cf. n. 18 a este libro, y Syme, *The Roman Revolution*, pág. 202.

[68] Gobernador de ambas provincias africanas desde fines del 42 a. C. (cf., sobre la situación de África, n. 10 al libro IV, y cap. 53 de ese mismo libro; y, también, cap. 26 de este libro V).

por las anteriores [69], al tiempo que puso en venta el resto de las propiedades confiscadas durante las proscripciones. Tarea difícil para él fue la de asignar los soldados a las colonias y repartir entre ellos la tierra. Pues los soldados reclamaban las ciudades que habían sido seleccionadas antes de la guerra [70] como recompesas por su valor, y, a la vez, las ciudades exigían que toda Italia se repartiera la carga o que se hicieran lotes entre unas y otras ciudades y se pagara el importe de la tierra a quienes la entregaran; pero no había dinero. Acudieron en oleadas sucesivas a Roma, jóvenes y ancianos, mujeres con sus hijos, al foro y a los templos y se lamentaron diciendo que no habían cometido ninguna falta y que, sin embargo, a pesar de ser italianos [71], eran expulsados de sus tierras y de sus hogares como si hubieran sido conquistados en la guerra. Ante este espectáculo, los romanos se sumaron a la irritación de ellos y a sus lágrimas, en especial cuando reflexionaron sobre el hecho de que la guerra se había emprendido y las recompensas por la victoria habían sido otorgadas no en defensa del Estado, sino contra ellos mismos y para cambiar la forma de gobierno; y que las colonias fueron establecidas para que la democracia no levantara de nuevo la cabeza, pues se trataba de colonos establecidos por los gobernantes como mercenarios dispuestos a ejecutar lo que éstos les mandasen [72].

---

69 La guerra de Perusia (Perugia) postergó el cumplimiento de esta decisión (cf. caps. 53 y 75 de este libro).

70 En el encuentro de Módena-Bolonia del 43 a. C. (cf. *supra,* IV 3 y n. 12, y IV 86).

71 Cf. GABBA, *Appiani...,* V, Intr., pág. XXVII. En general, sobre las colonias y asignaciones agrarias de los triunviros, cf. *ibid.,* V, Apénd. IV, págs. LIX-LXVIII, y recientemente, L. KEPPIE, *Colonisation and Veteran Settlement in Italy 47-14 B.C.,* Londres, 1983.

72 Ver estos mismos conceptos en el caso de las asignaciones de Sila (cf. *supra,* I 96 y 104).

Octavio intentaba explicar a las ciudades la necesidad del caso, aunque pensaba que no se darían por satisfechas, como en efecto sucedió. El ejército se lanzó con violencia sobre las tierras de la gente que estaba próxima a ellos, arrebatándoles más de las que les habían sido dadas y eligiendo las mejores tierras. Y ni siquiera pusieron término a sus atropellos, a pesar de las amenazas de Octavio y de los otros muchos presentes que les hizo, puesto que despreciaban a su jefes porque sabían que éstos los necesitaban a ellos para la consolidación de su poder. Pues ya estaba expirando el plazo de cinco años [73] y tenían una necesidad mutua para su propia seguridad. Los jefes dependían de sus soldados para continuar en el poder, y los soldados, para conservar lo que habían recibido, necesitaban de la permanencia en el poder de quienes se lo habían dado. Y como pensaban que no tendrían una posición segura a no ser que sus donantes tuvieran también un gobierno sólido, favorecían su poder con obligada solicitud. Octavio obsequió con muchas otras dádivas a los soldados indigentes, tomándolas en préstamo de los templos [74]. Por esta razón, el ejército polarizó hacia él sus sentimientos y se granjeó la mayor gratitud de los soldados, porque le atribuían la donación de tierras, ciudades, dinero y casas, y, de otro lado, porque se hizo acreedor de la condena por parte de aquellos que eran despojados, y porque pensaban que mantenía esta actitud violenta por complacer al ejército. 13

[73] Hay que entenderlo en el sentido de que se conocía el límite del mandato triunviral, pues éste no terminaba hasta el 31-XII-38 a. C. (cf. n. 6 al libro IV), y aún se estaba a finales del 42 a. C. y comienzos del 41 a. C.

[74] Esta noticia, que se repite en los caps. 22, 24 y 27, es, a juicio de Gabba *(Appiani...*, V, com. *ad loc.)*, un punto de cierta importancia esgrimido por la propaganda antoniana y del que se defenderá Octavio (cf. *Res Gestae* 24) tomando la acusación contra Antonio.

14 Al darse cuenta de esta situación, el hermano de Antonio, Lucio Antonio [75], que era entonces cónsul, y Fulvia [76], la esposa de Antonio, así como Manio [77], el encargado de los negocios de aquél durante su ausencia, trataron de diferir el asentamiento de las colonias hasta el regreso de Antonio, con objeto de que no pareciera que todo era obra de Octavio, y de que no se llevara él solo el agradecimiento, ni Antonio se viera privado del favor de los soldados. Mas como parecía evidente que esto era inviable a causa del apremio del ejército, pidieron a Octavio que tomara a los líderes de los colonos de las legiones de Antonio de entre los amigos de este último, aunque el acuerdo con Antonio dejaba exclusivamente en manos de Octavio dicha selección; ellos se quejaron, sin embargo, de que Antonio no estuviera presente. Llevaron, además, ante los soldados a Fulvia y a los hijos de Antonio [78] y les suplicaron, en términos tales como para despertar envidia, que no consintieran que Antonio fuera desposeído de la gloria y de la gratitud debida por sus servicios hacia ellos. Por entonces la fama de Antonio se hallaba en su punto más álgido, no sólo entre los soldados, sino también entre todos los demás, pues se consideraba que la victoria de Filipos se debía en su totalidad a Antonio a causa de la enfermedad de Octavio en aquella ocasión [79]. Y Octavio, aunque no desconocía que era objeto de agravio en relación con lo pactado, cedió, no obstante, como fa-

[75] Cf. Klebs, en *RE*, s.v. *Antonius*, núm. 23. Era hermano menor del triunviro y había sido tribuno de la plebe en el 44 a. C. (cf. Broughton, II, pág. 323). Para su presidencia del septenvirato agrario, cf. n. 6 al libro III. Había participado con su hermano en la guerra civil en la Cisalpina, en el 43 a. C. Para su tratamiento histórico en la tradición apianea, cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., págs. XVII y sigs.

[76] Cf. n. 28 bis al libro IV.

[77] Cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Manius*, núm. 1.

[78] Cf. n. 28 bis al libro IV.

[79] Cf. n. 107 al libro IV.

vor hacia Antonio. Y los amigos de este último designaron a los líderes de las colonias para las legiones de Antonio[80]. Estos líderes, a fin de parecer que eran más favorables de lo que había sido Octavio, hacia los soldados, permitieron a éstos que cometieran atropellos todavía mayores. Y así, otro grupo considerable de ciudades[81], vecinas de las desposeídas, sufrieron muchas injurias a manos de la soldadesca y gritaban contra Octavio, diciendo que la colonización era más injusta que las proscripciones, pues éstas se habían realizado contra enemigos, pero aquella otra contra quienes no habían cometido ofensa alguna.

Octavio no desconocía las ofensas sufridas por los 15
ciudadanos, pero estaba impotente ante ellas, pues no tenía dinero con el que pagar el precio de la tierra a los campesinos, ni podía postergar las recompensas a causa de las guerras que estaban en curso todavía. Pompeyo era dueño del mar y trataba de reducir a la ciudad por hambre, mediante el corte de suministros; Ahenobarbo y Murco estaban reuniendo un ejército y otra flota, y los soldados estarían menos celosos en el futuro, si no recibían las recompensas precedentes. Y asunto de gran importancia era el que ya estaba expirando el plazo de cinco años de su mandato y necesitaban, nuevamente, de la solicitud del ejército, por lo cual, precisamente, entonces toleraba de manera voluntaria la arrogancia y el desprecio de los soldados. Una vez, en el teatro, cuando él estaba presente, un soldado que no encontró un sitio vacío en su lugar pasó al de los caballeros; el pueblo indicó el hecho y Octavio hizo levantarse al soldado. El ejército se indignó, y, rodeándole a la salida del teatro, reclamaban a su camarada, puesto

[80] Cf., al respecto, E. Gabba, «Sulle colonie triumvirali di Antonio in Italia», *Par. Pass.* 8 (1953), 102, n. 3.

[81] Cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., pág. XXVII, y *Appiano...*, pág. 230.

que, como no se le veía, pensaban que había sido ajusticiado. Cuando compareció, creyeron que había sido conducido en ese momento desde la cárcel, pero el soldado lo negó y relató lo ocurrido, los demás, sin embargo, le dijeron que mentía por haber sido sobornado y lo insultaron por traicionar sus intereses comunes. Tal fue la insolencia del hecho ocurrido en el teatro [82].

16 Por este tiempo fueron convocados al Campo de Marte para el reparto de tierras y acudieron, todavía de noche, con precipitación; como Octavio se demoraba, se llenaron de enojo. Nonio [83], uno de los centuriones, los recriminó con franqueza, haciéndoles ver la actitud debida para unos soldados hacia su general, y explicándoles que la demora se debía a la enfermedad de Octavio y no a su desconsideración hacia ellos. En un principio, los soldados se burlaron de él, tratándolo de adulador; pero, cuando se calentaron los ánimos por ambas partes, lo insultaron, le arrojaron piedras y, cuando huyó, lo persiguieron hasta el río. El centurión se sumergió en él, pero ellos lo sacaron, le dieron muerte y arrojaron su cadáver por donde se disponía a pasar Octavio. Los amigos de Octavio aconsejaron a este último que no se acercara hasta ellos y que, por el contrario, se mantuviera alejado de su impulso de locura. Pero él prosiguió su avance pensando que la locura de aquéllos se acentuaría todavía más si no acudía. Cuando vio el cuerpo de Nonio se desvió de su ruta y, presumiendo que el crimen había sido obra de unos pocos,

---

[82] Cf., sobre este hecho, SUET., *Aug.* 14, 2. Según la *lex Roscia theatralis*, propuesta por el tribuno L. Roscius Otho en el 67 a. C. (cf. G. ROTONDI, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, reimpr. 1966, páginas 374-375), se había establecido el derecho de los caballeros a ocupar las primeras catorce filas de asientos inmediatamente detrás de los senadores.

[83] Este episodio sólo es conocido por Apiano (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Nonius*, núm. 2).

los censuró y les aconsejó que en el futuro se guardaran mutuo respeto. Acto seguido, procedió a repartir la tierra. Encargó a los merecedores de recompensas que las pidieran y concedió otras a algunos que no las merecían, en contra de lo que esperaban, hasta que la masa de la tropa quedó confundida, se arrepintió y sintió vergüenza de su insolencia; se condenaban a sí mismos, y le pedían que buscara y castigara a los asesinos de Nonio. Pero Octavio replicó que él los conocía y que los castigaría tan sólo con su propio remordimiento y la condena de sus camaradas. Entonces ellos, honrados con el perdón, la estima y las recompensas, cambiaron al punto y le aclamaron con júbilo.

Sirvan estos dos casos como ejemplo, entre otros 17
muchos, de la insubordinación imperante entonces. Y la causa de la misma radicaba en que la mayoría de los generales no eran elegidos de forma regular, como ocurre en épocas de guerra civil, y sus ejércitos no eran reclutados según la costumbre patria a partir de levas ordinarias, ni por necesidades de la nación, ni prestaban servicio al común, sino tan sólo a aquellos que los reunían, y a éstos les servían no por la fuerza de la ley, sino por las promesas particulares; y no contra enemigos comunes, sino contra enemigos personales; ni contra extranjeros, sino contra ciudadanos e iguales en rango. Todas estas circustancias los sustraían a la disciplina militar, pues consideraban que ellos no prestaban un servicio regular en el ejército, sino que ayudaban con su propio favor y juicio a uno jefes que los necesitaban para sus objetivos personales. La deserción, que desde antaño había sido imperdonable para los romanos, entonces se hizo acreedora incluso de recompensas. La practicaban los ejércitos en masa, así como algunos hombres ilustres, pues pensaban que no era deserción el cambio a una causa semejante. Pues todas las causas eran similares, ya que ninguna de ellas era

reconocida como opuesta a un enemigo común de Roma. Y la exclusiva pretensión de los generales, de que todos ayudaban a su patria para su beneficio, los predisponía con más facilidad al cambio bajo la idea de que en cualquier parte podían prestar ayuda a su país. Como los generales eran conscientes de estos hechos, toleraban esta conducta, porque consideraban que el mando que ejercían sobre sus tropas dependía más de los regalos que de la ley [84].

18 De este modo, entonces, todo desembocaba en facciones y los ejércitos caían en la indisciplina hacia los jefes de las distintas facciones, mientras el hambre oprimía a Roma, ya que el mar no les traía suministro alguno por causa de Pompeyo, ni Italia era cultivada debido a las guerras. Y lo poco que se producía, lo consumían los ejércitos. La mayoría robaba por la noche en la ciudad, y se producían altercados más violentos aún que los robos que quedaban impunes y cuya autoría se atribuía a los propios soldados. El pueblo cerró las tiendas y expulsó a los magistrados de sus sedes, como si ya no hubiera necesidad de magistraturas ni de profesiones artesanales, en una ciudad carente de todo y sometida al bandidaje [85].

19 Lucio, que era un republicano y veía con desagrado el gobierno de los triunviros [86], el cual parecía que no iba a finalizar siquiera en el plazo previsto, tuvo algunos choques con Octavio que se convirtieron en diferen-

---

[84] Cf. consideraciones similares en CORNELIO NEPOTE, *Eumen.* 8, 2, y SALUSTIO, *Bell. Iugurt.* 86, 3.

[85] Sobre la dramática situación económica en Italia, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, y sobre las bandas de proscritos en Italia, cf. *supra*, IV 25.

[86] Caracterización peculiar y exclusiva de Apiano. Aunque insistía en una adhesión a su hermano, debió de mantener una postura independiente (cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., págs. LV-LIX. Sobre su defensa de los agricultores despojados de sus propiedades, cf. *ibid.*, página XXIII, y n. 75 a este libro).

cias más graves. Fue el único que, a los campesinos que habían sido despojados de sus tierras y acudían como suplicantes a cada uno de los hombres influyentes, los recibió con amabilidad y les prometió ayudarles, con la promesa por parte de éstos de socorrerle en lo que les ordenara. Por esta razón, el ejército de Antonio y el propio Octavio le censuraron, porque actuaba en contra de los intereses de Antonio, y también Fulvia lo acusó de provocar una guerra en un momento inoportuno, hasta que Manio, de forma malintencionada, consiguió que ésta cambiara de actitud al decirle que, mientras Italia estuviera en paz, Antonio permanecería con Cleopatra, pero que, si estallaba la guerra, acudiría allí rapidamente [87]. Entoces Fulvia, herida en su condición de esposa, incitó a Lucio a la discordia. Y cuando Octavio había salido de la ciudad para asentar al resto de las colonias, Fulvia envió a los hijos de Antonio, en compañía de Lucio, para que lo siguieran con objeto de que Octavio, con su exclusiva presencia, no obtuviera una mayor ascendencia ante el ejército. Mas, cuando un cuerpo de caballería de Octavio llevó a cabo una incursión hacia la costa de Brutio, que era devastada por Pompeyo, Lucio creyó o fingió creer que estos jinetes habían sido enviados contra él mismo y los hijos de Antonio, y acudió a las colonias de Antonio, donde reunió una guardia personal y acusó a Octavio ante el ejército de traicionar a Antonio. Pero Octavio replicó, a su vez, que había una amistad y una comunidad total entre Antonio y él, y que Lucio, por razones ajenas, trataba de suscitar la guerra entre ellos, actuando contra el poder de los triunviros, gracias al cual los soldados poseían sus colonias en seguridad, y que la caballería se encontraba ahora entre los brutios para cumplir las órdenes recibidas.

---

[87] Cf. cap. 66 de este libro.

20 Cuando los oficiales[88] del ejército se enteraron de estos hechos, llevaron a cabo un arbitraje entre Lucio y Octavio, en Teano[89], y los reconciliaron en base a las siguientes condiciones: que los cónsules desempeñaran sus funciones, según la costumbre del país, sin ser obstaculizados por los triunviros; que no se repartiera tierra a nadie que no hubiera combatido en la batalla de Filipos; que los soldados de Antonio que estaban en Italia obtuvieran igual participación del dinero producto de las confiscaciones y de las ganancias de las cosas que aún quedaban por vender; que ni Octavio ni Antonio reclutaran tropas, de ahora en adelante, de Italia mediante levas; que Octavio asumiera el mando de las dos legiones de Antonio[90] en su campaña contra Pompeyo; que les fuera franqueado el paso de los Alpes a las tropas enviadas por Octavio hacia España, y que Asinio Polión[91] no les interceptara el camino, y, a su vez, Lucio, satisfecho con estas condiciones, devolviera su guardia personal y desempeñara su cargo sin miedo. Tales fueron los acuerdos a los que ambos llegaron gracias a la intercesión de los oficiales del ejército. De todos ellos sólo se cumplieron los dos últimos, y Salvidieno[92], contra su voluntad[93], cruzó con él los Alpes.

21 Como el resto de las condiciones, o no se cumplían o se demoraban, Lucio avanzó hacia Preneste[94], dicien-

88 Cf. Gabba, *ibid.*, pág. XXV.

89 La fecha del encuentro fue junio-julio del 41 a. C. En Dión Cas., XLVIII 10, los veteranos actúan por invitación de Octavio.

90 Con seguridad, los que estaban bajo el mando de Caleno, cf. *supra*, 3 y n. 18.

91 Su situación en la Cisalpina en el 41 a. C. no está clara.

92 Cf. n. 84 al libro IV.

93 El pasaje, o está corrupto, o existe una confusión de Apiano, pues a quien debiera corresponder la adjetivación «contra su voluntad» no es a Salvidieno, sino a Asinio Polión.

94 Donde estaría Fulvia con su séquito de senadores y caballeros (cf. Dión Cas., XLVIII 10, 3).

do que tenía miedo de Octavio, pues éste contaba con una guardia personal en razón de su cargo, en tanto que él carecía de protección. Otro tanto hizo Fulvia ante Lépido [95], argumentando que sentía temor por sus hijos, pues utilizó como pretexto a éste en vez de a Octavio. Cada uno de ellos escribió cartas a Antonio y se las enviaron por medio de sus amigos para que ellos le informaran de los pormenores. Yo no pude encontrar, aunque la busqué, cualquier respuesta clara de Antonio a ellos [96]. Los oficiales de los ejércitos se conjuraron para dirimir de nuevo esta desavenencia entre sus jefes, en el sentido que les pareciera justo, y obligar a cumplir su decisión a los que no quisieran hacerlo, y llamaron a Lucio y a sus amigos para tratar del asunto. Como aquéllos rehusaron, Octavio los vituperó, para provocar su descrédito, ante los oficiales del ejército y en presencia de los optimates romanos. Estos últimos se apresuraron a ir ante Lucio y le suplicaron que tuviera piedad por la ciudad y por Italia ante la perspectiva de nuevas guerras civiles, y que aceptara por común acuerdo que la decisión fuera tomada bien por ellos mismos o por los oficiales del ejército [97].

Aunque Lucio sentía respeto por los interlocutores 22
y por sus palabras, Manio, con mucha osadía, dijo [98] que, mientras Antonio no hacía otra cosa que reunir dinero tan sólo entre gente extranjera, Octavio se anticipaba a propiciarse el ejército mediante favores y a

---

95 Que, tal vez, podría encontrarse en Roma (cf. *infra,* V 29, y Dión Cas., XLVIII 13, 4).

96 Sin embargo, éste debió de enviarla, aunque fuera en términos vagos (cf. cap. 29, en el que Manio lee una carta de Antonio).

97 Estas dos intervenciones del ejército y de la clase política tienen su correspondencia en Dión Cas., XLVIII 11, 1-2 y 3-4, respectivamente.

98 Una clara exposición de los motivos de quejas de los antonianos se encuentra en esta respuesta de Manio.

asegurarse de antemano la posesión de los puntos estratégico de Italia, y que así había concedido la libertad a la Galia Cisalpina, que había sido dada previamente a Antonio, con engaño de este último; y que había inscrito como botín para los soldados a casi la totalidad de Italia, en vez de las dieciocho ciudades; y que había accedido a repartir entre treinta y cuatro legiones [99], en vez de las veintiocho combatientes, no sólo la tierra, sino incluso el dinero procedente de los templos, que había recolectado bajo el pretexto de usarlo en la lucha contra Pompeyo, contra el que, sin embargo, no había emprendido acción alguna, a pesar de que la ciudad sufría de tal forma por el hambre; que había distribuido el dinero a los soldados para granjearse su favor contra Antonio, y que las propiedades confiscadas, más que vendidas les habían sido regaladas a ellos; y, finalmente, dijo que era necesario, si quería en realidad hacer la paz, que rindiera cuenta de las medidas ya tomadas y que, en el futuro, se limitara a hacer únicamente lo que hubieran acordado en común. Con tanta osadía manifestó Manio su parecer de que ni Octavio era dueño de uno solo de sus actos ni tenía validez su pacto con Antonio, aunque en él se estipulaba que cada uno de ellos dos tenía plena potestad en los asuntos de su competencia y que sus mutuas acciones serían ratificadas. Por consiguiente, Octavio se percató de que desde todas partes andaban ellos deseosos de combatir, y cada uno llevó a cabo sus preparativos.

23 Dos legiones del ejército asentadas como colonias en la ciudad de Ancona, que habían prestado servicio bajo César y, después, bajo Antonio, al enterarse de los preparativos particulares de unos y otros, a causa del afecto que a título privado sentían hacia cada uno de

[99] Esta cifra resulta de sumar las 28 legiones que combatieron en Filipos con las seis que debía traer Octavio (cuatro que se trajo de regreso a Italia y dos de Caleno).

ellos, enviaron embajadores a Roma para solicitar de ambos que llegaran a la reconciliación. Octavio les dijo que él no hacía la guerra contra Antonio, sino que era Lucio quien hacía la guerra contra sí mismo. Entonces los embajadores se reunieron con los oficiales del ejército y, todos juntos, acudieron en una embajada común ante Lucio para pedirle que compareciera con Octavio ante un tribunal. Y dejaron claro lo que se disponían a hacer, si no se aceptaba el arbitraje [100]. Lucio y los suyos aceptaron la propuesta y se fijó como lugar para el juicio la ciudad de Gabii, a medio camino entre Roma y Preneste. Se preparó una sala para los jueces y se levantaron en el centro dos tribunas para los oradores, como en un juicio habitual. Octavio, que había llegado primero, envió algunos jinetes a la carretera por la que había de llegar Lucio para que realizaran una inspección, no fuera a ser que se descubriera en alguna parte una emboscada. Estos jinetes se encontraron con otros de Lucio que iban en vanguardia o en misión de espionaje como aquéllos y mataron a algunos de ellos. Y Lucio se retiró temiendo, según dijo, una trampa, y aunque le llamaron los oficiales del ejército, que le prometieron darle escolta, no pudo ser convencido [101].

De este modo los intentos de reconciliación resultaron ineficaces, y Octavio y Lucio se decidieron a combatir y se atacaron ya mutuamente con proclamas virulentas. El ejército de Lucio estaba integrado por seis legiones de infantería, a las cuales había enrolado al acceder al consulado, y otras once de Antonio bajo el mando de Caleno, todas ellas en Italia [102]. Octavio tenía 24

[100] Cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

[101] En DIÓN CAS., XLVIII 12, 3-4, se dice sólo que los antonianos no se presentaron, en tanto que Apiano introduce una justificación de este hecho y hace recaer la responsabilidad, más bien, sobre Octavio.

[102] Cf., sin embargo, cap. 33, y GABBA, *Appiani...*, V, Intr., páginas XLVIII y sigs. En general, sobre los movimientos militares hasta la toma de Perugia, cf. *ibid.*, págs. XLVII-LIX.

cuatro legiones en Capua, las cohortes pretorianas con él, y otras seis legiones que Salvidieno conducía desde España[103]. El dinero de Lucio procedía de las provincias de Antonio, en las cuales reinaba la paz[104], en tanto que todas aquellas que le habían correspondido a Octavio, a excepción de Cerdeña[104 bis], sufrían de la guerra. Por esta razón tomó en préstamo dinero de los templos, con la promesa de devolverlo con prontitud —del templo Capitolino[105] de Roma, de los de Antio[106], Lanuvio[107], Nemos[108] y Tíbur[109], en las cuales ciudades, sobre todo, incluso hoy[110] existen abundantes tesoros de dinero sagrado.

25 También le andaban revueltas a Octavio las cosas fuera de Italia. Pues Pompeyo, como consecuencia de las proscripciones, de las colonizaciones del ejército y de las divergencias entre Lucio y Octavio, había acrecentado grandemente su prestigio y su poderío. En efecto, quienes temían por su seguridad personal o habían sido despojados de sus propiedades o disentían absolutamente del sistema de gobierno imperante, se unieron sobre todo a él. El resto de la juventud, ansiosa de la milicia por afán de ganancias, considerando que no había diferencia bajo quién se militara, pues en cualquier caso siempre servirían bajo romanos, preferían unirse

---

[103] Sobre este dato, al parecer erróneo, pues Salvidieno no llegó a España, cf. GABBA, *Appiani...*, V, aparat. crít. y com. *ad loc.*

[104] Sobre todo la Galia.

[104 bis] Existe probablemente una laguna en el texto.

[105] Templo de Júpiter Óptimo Máximo.

[106] Probablemente, de los templos de la Fortuna y Esculapio (cf. HÜLSEN, s.v. *Antium*, núm. 1, col. 2.562).

[107] Cuyo templo principal era el de *Iuno Sospes Mater Regina* (cf. PHILIPP, en *RE*, s.v. *Lanuvium*, col. 695).

[108] En donde radicaba el famoso templo de Diana, junto al lago *Nemorensis* (cf. WISSOWA, en *RE*, s.v. *Diana*, cols. 328 y 330).

[109] Con su riquísimo templo de Hércules (cf. WEINSTOCK, en *RE*, s.v. *Tibur*, cols. 828-829).

[110] Glosa del propio Apiano.

a Pompeyo, ya que representaba la causa más justa. Éste se había enriquecido ya, gracias a la piratería [111], y poseía muchas naves [112] y dotaciones completas. Murco se le unió con dos legiones de soldados, quinientos arqueros, gran cantidad de dinero y ochenta naves, y mandó venir a otro ejército de Cefalenia [113]. Por estos motivos se pensó, entonces, que, si Pompeyo hubiera atacado, se habría apoderado fácilmente de Italia, que se hallaba exhausta por el hambre y las luchas civiles, y que tenía puesto sus ojos en él.

Pero Pompeyo, por inexperiencia, estaba decidido a 26
no atacar, sino a defenderse únicamente, hasta que incluso también fracasó en esto último. En África, Sextio [114], el lugarteniente de Antonio, acababa de entregar el ejército, obedeciendo una orden de Lucio, a Fango [115], el lugarteniente de Octavio. Cuando se le ordenó que volviera a asumir el mando, Fango se negó a devolverlo, y Sextio le hizo la guerra, tras reunir a algunos veteranos, a una multitud de africanos y a otras tropas auxiliares cedidas por los reyes del país. Al ser derrotado en ambas alas y capturado su campamento, Fango pensó que esta derrota se debía a una traición y se suicidó. Y Sextio quedó, de nuevo, como dueño de las dos provincias de África. Bocco [116], rey de Mauritania, fue persuadido por Lucio para que hiciera la gue-

---

111 Fuente importante de poder aunque exagerada por la propaganda triunviral y antiaugústea.

112 Recordemos que, en 43 a. C., había sido investido por el senado como *praefectus classis et orae maritimae* y pudo haberse apoderado de la flota de César.

113 Isla griega en el mar Jonio frente a la costa de Acarnania.

114 Cf. n. 68 a este libro.

115 C. Fuficio Fango (cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Fuficius*, núm. 5). Se suicidó hacia mediados del 40 a. C.

116 Cf., sobre este rey y su copartícipe en el reino de Mauritania, Bogudes, n. 212 bis la libro II, y n. 50 bis al libro IV.

rra a Carrina [117], el procurador de Octavio en España. Ahenobarbo, con setenta barcos, dos legiones de soldados, arqueros, un cierto número de honderos, tropas ligeras y gladiadores, recorrió el Adriático y devastó las zonas sumisas a los triunviros. Navegó hacia Bríndisi, se apoderó de algunas trirremes de Octavio, incendió otras, encerró a los habitantes dentro de las murallas y saqueó el país.

27 Octavio envió una legión a Bríndisi e hizo regresar, a toda prisa, a Salvidieno de su ruta hacia España. Lucio y Octavio enviaron delegados para que reclutaran tropas a través de Italia, y entre los reclutadores hubo escaramuzas de mayor o menor importancia y emboscadas frecuentes. El favor de los italianos estaba, con mucho, de parte de Lucio, pues pensaba que él combatía en defensa de ellos contra los nuevos colonos [118]. Y no sólo las ciudades registradas para los soldados, sino casi Italia entera se levantó por miedo a sufrir el mismo trato. A los que habían prestado a Octavio dinero procedente de los templos los expulsaron de sus ciudades o los mataron, se apoderaron de sus murallas y se unieron a Lucio. De otro lado, los soldados asentados como colonos también se unieron a Octavio, como si cada uno ejerciera su opción ante una guerra que se les antojaba suya propia.

28 Aunque estaban en curso estos sucesos, no obstante, Octavio convocó al senado y al orden ecuestre y les dijo lo siguiente: «Tengo plena conciencia de que he sido acusado por Lucio y sus partidarios de debilidad y cobardía porque no les ataco, acusaciones que, también ahora, proferirán contra mí con motivo de haberos reunido en esta asamblea. Poseo un ejército fuerte que ha sufri-

[117] Cf., para este personaje, n. 81 al libro IV.

[118] Sobre estos hechos, cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., págs. XVII y XXVII.

do agravio junto conmigo, al ser desposeído por Lucio de sus colonias, y también lo es el otro que tengo bajo mi mando, y en todos los otros aspectos soy fuerte exceptuando tan sólo mi espíritu de combate. Pero no me resulta agradable luchar en guerras civiles, salvo en caso de suma necesidad, ni utilizar al resto de los ciudadanos en mutuos enfrentamientos y, sobre todo, en esta guerra civil, cuyas noticias no os llegarán desde Macedonia o desde Tracia, sino que tendrá lugar en la misma Italia, que, si llega a convertirse en nuestro campo de batalla, ¡cuántas calamidades deberá sufrir, aparte de la pérdida de vidas humanas! Por estas razones, precisamente, ando yo remiso. Y ahora también quiero testimoniaros que no he cometido agravio alguno contra Antonio ni lo he recibido de su parte, y os exhorto a que presentéis estas quejas, por vuestra propia cuenta, ante Lucio y sus camaradas y los traigáis a una reconciliación conmigo. Y si tampoco ahora se aviniera a ello, les mostraré de inmediato que mi actitud hasta el presente se ha debido a mi buena voluntad y no a mi cobardía, y os pido que seáis mis testigos entre vosotros mismos y ante Antonio y que me prestéis vuestro apoyo a causa de la arrogancia de Lucio.»

Así habló Octavio. En consecuencia, algunos de los 29
asistentes partieron de nuevo hacia Preneste. Lucio dijo, simplemente, que ambos bandos habían empezado ya las hostilidades y que Octavio fingía, pues acababa de enviar una legión a Bríndisi para impedir el regreso de Antonio. Manio mostró una carta de Antonio, ya fuera falsa o verdadera, ordenando combatir, si alguien atacaba su dignidad. Y cuando los senadores preguntaron si había sufrido algún menoscabo la dignidad de Antonio e instaron a someter este asunto ante un tribunal, Manio, a su vez, adujo muchas otras marrullerías, hasta que ellos regresaron sin haber logrado nada y no se reunieron para dar una respuesta en común a Octavio,

bien porque cada uno se la había comunicado por separado, bien por vergüenza o por alguna otra razón. La guerra estalló, y Octavio partió para incorporarse a ella dejando a Lépido con dos legiones para custodiar Roma. Y la mayoría de los nobles dejó bien claro, entonces, que no estaban satisfechos con el gobierno de los triunviros, pues se unieron a Lucio.

30 He aquí los acontecimientos capitales de esta guerra. Se produjo una sedición en dos de las legiones de Lucio, en Alba, las cuales expulsaron a sus oficiales y se declararon en rebeldía. Octavio y Lucio se apresuraron hacia ellas, pero Lucio se anticipó y logró retenerlas por medio de una fuerte suma de dinero y de grandes promesas. Mientras Furnio[119] conducía otro ejército para Lucio[120], Octavio atacó su retaguardia. Furnio se refugió en una colina y, por la noche, se apresuró hacia Sentia, una ciudad de su misma facción, y Octavio no lo persiguió por temor a una emboscada durante la noche, pero al día siguiente puso cerco, a la vez, al campamento de Furnio y a Sentia. Lucio, por su parte, mientras se daba prisa en llegar a Roma, envió por delante a tres cohortes, las cuales penetraron en secreto por la noche en la ciudad, y él en persona, con el grueso del ejército, jinetes y gladiadores, las siguió. Nonio[121], que tenía a su cargo la vigilancia de las puertas de la ciudad, lo admitió en el interior y puso en sus manos

---

119 G. Furnio (cf. Kappelmacher, en *RE*, s.v. *Furnius*, núm. 3). Tal vez fue pretor en el 42 a. C. (cf. Broughton, II, pág. 359); será después (en el 36 o 35 a. C.) gobernador de Asia por encargo de Antonio (cf. cap. 137 de este libro).

120 Seguramente, Furnio venía de las colonias de Antonio en el territorio del Piceno y de Umbría con veteranos enrolados allí, y Octavio, procedente del norte del territorio sabino, lo rechazó hacia Sentia (*Sentinum*, hoy Sassoferrato) en Umbría. Allí tuvo lugar el encuentro entre Octavio y Salvidieno, que regresaba de su viaje a España (cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*).

121 Cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Nonius*, núm. 3, que no es el mismo que el centurión que aparece en el cap. 16 (v. n. 83).

las tropas que tenía bajo su mando. Lépido huyó junto a Octavio, y Lucio se dirigió en una alocución al pueblo de Roma diciéndole que castigaría de inmediato a Octavio y Lépido por su gobierno ilegal y que su hermano cedería voluntariamente su participación en el poder triunviral y aceptaría a cambio el consulado, una magistratura legal, en vez de una ilegal, y conforme a la constitución patria, en vez de aquella otra tiránica.

Todos se alegraron de sus palabras y pensaron que 31
el gobierno del triunvirato había quedado disuelto. Y Lucio, aclamado como comandante supremo por el pueblo, marchó contra Octavio, y reclutó otro ejército de las ciudades colonizadas por los soldados de Antonio y las fortificó [122]. Estas colonias estaban bien dispuestas hacia Antonio. Barbatio [123], el cuestor de Antonio, que había tenido algún tropiezo con este último y, por esta razón, se hallaba de regreso, dijo, al ser interrogado, que Antonio estaba irritado con quienes luchaban contra Octavio en detrimento de su común soberanía. Aquellos que no se dieron cuenta del engaño de Barbatio, desertaron de Lucio a Octavio. Lucio salió al paso de Salvidieno que regresaba desde la Galia al lado de Octavio con un ejército numeroso. Seguían también a Salvidieno, Asinio y Ventidio [124], generales ambos de Antonio, con objeto de impedirle avanzar. Agripa [125], el amigo más querido de Octavio, temiendo que Salvidie-

122 Según Gabba, debía de tratarse de colonias de Etruria meridional entregadas en ese año (41 a. C.) a veteranos de Filipos (cf. *Appiani...*, V, Intr., pág. LXI).

123 Para su identificación, cf. SYME, «Missing Senators», *Historia* 4 (1955), 52-71, en especial, 57, y «Who was Vedius Pollio?», *Jour. of Rom. St.* 51 (1961), esp. 24-25. Su nombre completo es M. Barbatio Polión (cf. CIC., *Fil.* 13, 2). Sobre este hecho, cf., además, BUCHHEIM, *Die Orientpolitik...*, pág. 105, n. 65.

124 Cf. n. 96 a cap. 80 del libro III.

125 Cf. n. 38 bis al libro IV.

no fuera rodeado, se apoderó de Sutrio[126], una plaza fuerte muy útil para Lucio, con la idea de atraer hacia sí a Lucio y apartarlo de Salvidieno, y de que, a su vez, este último lo pudiera socorrer a él al quedar en la retaguardia de Lucio. Todo ocurrió tal como esperaba Agripa. Así que Lucio, habiendo fracasado en sus planes, marchó a unirse con Asinio y Ventidio, bajo el acoso de Salvidieno y Agripa, que esperaban, además, la ocasión para cogerlo en los desfiladeros.

32 Cuando Lucio se percató del plan de éstos, no se atrevió a combatir con ambos, mientras lo rodeaban por uno y otro flanco, y prosiguió su avance hacia Perusia[127], ciudad con sólidas defensas, y acampó junto a ella, a la espera de Ventidio y los suyos. Agripa, Salvidieno y Octavio avanzaron contra él y, a la vez, contra Perusia con tres ejércitos y los rodearon. Octavio hizo venir también, a toda prisa, a las restantes tropas como contra el centro neurálgico de la guerra en el cual tenía encerrado a Lucio. Y envió a otros en vanguardia para que obstaculizaran la aproximación de Ventidio y sus tropas. Estos últimos, sin embargo, dudaban en avanzar por decisión propia, pues desaprobaban en general la guerra y no conocían la opinión de Antonio y porque no querían cederse uno a otro el mando por razón de prestigio[128]. De otro lado, Lucio no presentaba batalla a sus sitiadores, dado que eran mejores, más numerosos y perfectamente entrenados, mientras que la mayor parte de su ejército estaba compuesta por tropas recién reclutadas; tampoco proseguía su viaje, puesto que le acosaban a la vez tantos enemigos. Envió a Manio a presencia de Ventidio y Asinio para que los apremiara a

126 Ciudad de Etruria meridional.

127 En Etruria oriental, limítrofe con Umbría. Hoy Perugia.

128 Para las desavenencias entre Asinio, Ventidio y Munacio Planco, cf. Syme, *The Roman Revolution*, págs. 318 y 512.

socorrerle a él, Lucio, en su asedio, y envió también a Tisieno[129] con cuatro mil jinetes para que saquearan las provisiones de Octavio, a fin de obligarle a levantar el cerco. Y él mismo entró en Perusia, para invernar en una ciudad bien fortificada, si era necesario, hasta que llegaran Ventidio y Asinio.

Octavio, al punto, con rapidez y con todo su ejército, 33
construyó una línea de circunvalación alrededor de Perusia compuesta de empalizada y foso, y con un perímetro de cincuenta y seis estadios a causa de la colina sobre la que estaba situada la ciudad; extendió ramales de considerable longitud por el Tíber para que no se pudiera introducir nada en Perusia[130]. Lucio, por su parte, construyó otra línea similar con empalizada y foso protegiendo la base de la colina. Fulvia urgió a Ventidio, Asinio, Ateyo[131] y Caleno para que se apresuraran a marchar desde la Galia en auxilio de Lucio, y ella misma, después de reunir otro ejército, ordenó a Planco que se lo llevara a Lucio. Planco destruyó una legión de Octavio que se hallaba en camino hacia Roma. Mientras Asinio y Ventidio, no obstante su reluctancia e incertidumbre sobre el parecer de Antonio, se dirigían hacia Lucio, gracias a la presión de Fulvia y Manio, con la intención de forzar el bloqueo. Octavio les salió al paso acompañado de Agripa, después de haber dejado una guardia en Perusia. Los primeros como en modo alguno se hallaban compenetrados ni avanzaban con mucha decisión, huyeron cada uno por un lado, Asinio a

---

129 Tisieno Galo, de origen sabino, tal vez (cf. SYME, *Sallust*, Berkeley-Los Ángeles, 1964, pág. 229, y BROUGHTON, II, pág. 376). Después de la rendición de Perugia pasó a Sicilia al lado de Pompeyo (cf. *infra*, V 104).

130 Sobre el asedio de Perugia, cf. GABBA, *Appiani...*, V. com. *ad loc.*, e Intr. y Apénd.

131 Cf. KLEBS, en *RE*, s.v. *Ateius*, núm. 2. Comandante a las órdenes de Ventidio o de Asinio.

Rávena, Ventidio a Arímino, y Planco a Espoletio[132]. Octavio opuso un ejército a cada uno de ellos para evitar que pudieran unir sus fuerzas y regresó a Perusia, donde reforzó las trincheras y duplicó la profundidad y anchura del foso hasta una medida de treinta pies, elevó la altura de la muralla y colocó sobre ella mil quinientas torretas de madera a sesenta pies de distancia unas de otras. También eran muy numerosas las almenas de las que disponía, así como los restantes dispositivos, todas ellas con dos caras, una mirando hacia los sitiados y otra mirando al lado opuesto para repeler los ataques procedentes del exterior. Estas labores se llevaron a cabo, a la vez que se producían escaramuzas y combates, en los cuales los soldados de Octavio resultaban ser mejores en el uso de los proyectiles, en tanto que los gladiadores de Lucio vencían en el combate cuerpo a cuerpo, y mataron a muchos de esta forma.

34 Cuando Octavio tuvo totalmente acabados todos sus trabajos de asedio, el hambre acuciaba a Lucio, y este mal tuvo una virulencia más feroz, puesto que ni él ni la ciudad habían tomado previamente ningún tipo de precauciones. Octavio se dio cuenta de esta situación y mantuvo una vigilancia más rigurosa aún. En el día precedente[133] a las calendas de enero, Lucio, aguardando al momento de la procesión como ocasión para que los enemigos relajasen la vigilancia, llevó a cabo un ataque esa noche contra las puertas de éstos, con la idea de forzar el paso a través de ellos hacia el exterior e introducir en la ciudad a otro ejército, pues tenía muchas tropas en muchos lugares. Pero la legión que ocupaba un lugar de vigilancia más próximo y el propio

---

132 Estos hechos tuvieron lugar en diciembre del 41 a. C.— Espoletio, en Umbría meridional.

133 El 31 de diciembre del 41 a. C., último día del año, tal vez fiesta para el ejército, aunque no oficial.

Octavio con las cohortes pretorianas realizaron un ataque fulminante y, aunque Lucio combatió con mucha valentía y coraje, fue repelido. Por estos mismos días, en Roma, como quiera que el trigo era custodiado bajo armas para los soldados, la plebe prorrumpió en maldiciones públicas contra la guerra y la victoria y, penetrando en las casas particulares en busca de trigo, saquearon todo el que encontraron.

Ventidio y los suyos se avergonzaron de consentir 35
que Lucio estuviera sufriendo de hambre, y avanzaron todos hacia él, con la intención de forzar el paso entre los soldados de Octavio que le rodeaban por todas partes y le hostigaban sin cesar. Agripa y Salvidieno salieron a su encuentro con fuerzas todavía más numerosas, y ellos tuvieron miedo de verse rodeados y se desviaron hacia una fortaleza llamada Fulginio, distante ciento sesenta estadios de Perusia. Allí los sitió Agripa y ellos encendieron muchos fuegos como señales para Lucio. Ventidio y Asinio eran de la opinión de proseguir la marcha para luchar, pero Planco manifestó que se encontrarían entre Octavio y Agripa y que era necesario aún esperar acontecimientos. Prevaleció la opinión de Planco. Los que estaban en Perusia se alegraron de ver los fuegos, pero, al demorarse los hombres, conjeturaron que también ellos se hallaban en dificultades y, cuando cesó el fuego, pensaron que habían sido aniquilados. Lucio, acuciado por el hambre, efectuó un nuevo combate nocturno desde la primera guardia hasta el amanecer en torno a toda la obra de circunvalación, pero fracasó en su intento y fue rechazado hacia el interior de Perusia. Entonces reunió el resto de las provisiones y prohibió que se les diera ninguna a los esclavos, al tiempo que cuidaba que no escapara ninguno de ellos para que los enemigos no pudieran conocer mejor su terrible situación. Los esclavos, por tanto, andaban errantes por la ciudad en oleadas y se arrojaban al suelo, tanto en

el interior de la misma como en el espacio intermedio entre las fortificaciones, y comían cualquier yerba u hojas verdes que encontraran. A los que murieron Lucio los enterró en zanjas muy largas para que, si los quemaba, no pudieran darse cuenta los enemigos, y, si quedaban insepultos, no brotase la peste a consecuencia de las emanaciones pestilentes.

36 Como no se vislumbraba ningún final para el hambre y las muertes, los soldados, irritados con la situación, instaron a Lucio para que realizara un nuevo ataque contra las fortificaciones enemigas con objeto de demolerlas por completo. Él acogió su ardor y les dijo: «Hace poco, no luchamos con tanto ahínco como exigía nuestra presente necesidad. Ahora debemos, o bien rendirnos, o, si pensamos que esto es peor que la muerte, luchar hasta morir.» Todos aceptaron calurosamente sus palabras y, para que nadie tuviera a la noche como pretexto ellos le pidieron que los llevara a luchar bajo la luz del día, y Lucio los condujo al combate al amanecer. Tenía muchos instrumentos de hierro [134] de los que se usan en el asalto a las murallas y escalas preparadas de todas las formas. También llevaba consigo máquinas para rellenar los fosos y torres plegables, desde las que se tendían planchas hacia los muros, toda clase de proyectiles y piedras y planchas de mimbres para arrojarlas sobre las picas [135]. Atacando con ímpetu violento rellenaron el foso, escalaron la empalizada y, cuando se aproximaron al muro, unos minaron los cimientos, otros adosaron las escalas y otros las torres. Atacaban a la vez que se defendían con piedras, flechas y bolas de plomo, con un desprecio total hacia la muerte. Y una vez que*** se diversificó el ataque en muchos lugares la resistencia enemiga estuvo más debilitada.

---

[134] *Harpagones* y *manus ferrae* (cf. n. 236 a este libro).

[135] Palos o instrumentos de hierro con la punta aguzada fijos en el suelo de los fosos.

Tras ser abatidas las planchas sobre algunas partes 37 de la muralla, entonces sobre todo fue en extremo arriesgada la lucha para los soldados de Lucio que combatían sobre ellas, y desde todas partes llovían sobre ellos, a uno y otro lado, las jabalinas y las flechas; sin embargo, forzaron el paso y unos pocos alcanzaron el muro, y a éstos siguieron otros más. Y tal vez habrían culminado algún hecho importante, en su desesperación, de no haber sido porque, conocido que tenían pocas máquinas de esa clase, los mejores soldados de Octavio fueron conducidos de refresco desde la reserva contra unos hombres fatigados. Estas tropas, en efecto, arrojaron de las murallas a los enemigos, rompieron las máquinas y les dispararon desde arriba sin ningún temor ya. Estos últimos, aunque sus armas y sus cuerpos todos estaban hechos pedazos, e incluso les faltaban los gritos de guerra, no obstante resistieron con coraje. Pero, cuando los cadáveres de los muertos sobre las murallas fueron arrojados abajo, entre ellos, expoliados, no resistieron por más tiempo el ultraje, sino que se apartaron a un lado horrorizados por el espectáculo y se quedaron de pie por un momento sin saber qué hacer, al modo de los atletas que toman un respiro en los juegos gimnásticos. Lucio tuvo lástima de la situación en que se encontraban ellos y tocó a retirada con la trompeta. Las tropas de Octavio se alegraron de esto e hicieron sonar las armas en señal de victoria, e irritados los soldados de Lucio arrebataron de nuevo las escalas —pues ya no tenían torres— y las llevaron con desesperación hacia las murallas, aunque no pudieron causar daño alguno, pues no tenían capacidad para ello. Lucio corrió entre ellos pidiéndoles que no sacrificaran por más tiempo sus vidas y los condujo, entre quejas y contra su voluntad, en retirada.

Éste fue el final de aquel asalto a la muralla, com- 38 batido con toda acritud. Octavio, a fin de que los enemi-

gos no se atrevieran a realizar un nuevo intento contra los muros, estacionó a lo largo de ellos a un ejército que mantenía en reserva e instruyó a otras tropas, en otros lugares, para que saltaran sobre el muro al toque de trompeta. Continuamente realizaban este ejercicio, aunque nadie los apremiase, con objeto de familiarizarse con él e inspirar miedo a los enemigos. El desánimo hizo presa en los hombres de Lucio y, como suele ocurrir en ocasiones tales, los guardianes relajaron la vigilancia y, en consecuencia, se produjeron las deserciones de muchos. Y no desertaban únicamente los soldados rasos, sino incluso algunos de los oficiales. Lucio se sentía inclinado ya hacia la paz por lástima de la pérdida de tantas vidas humanas, pero el temor personal que sentían algunos enemigos de Octavio lo retenía aún. Sin embargo, cuando se vio la acogida humana y amigable que Octavio dispensaba a los desertores, se incrementó más el deseo de todos hacia la paz, y Lucio tuvo miedo de ser entregado si se oponía.

39 Realizado un sondeo a tal objeto, las expectativas resultaron alentadoras, así que reunió al ejército y le dijo lo siguiente: «Era mi intención, camaradas, devolveros el sistema de gobierno de nuestros padres, una vez que el poder del triunvirato había degenerado en una tiranía y que ni siquiera se disolvió tras la muerte de Casio y Bruto, que habían sido el pretexto para su constitución. Y así, mientras Lépido fue despojado de su participación en el gobierno y Antonio se encontraba muy lejos reuniendo dinero, éste solo gobernaba todos los asuntos a su libre albedrío, y las instituciones tradicionales romanas eran sólo una ficción y un objeto de burla. Yo, precisamente, por tratar de cambiar esta situación en aquella otra anterior de libertad y gobierno democrático solicité, que una vez fueran distribuidas las recompensas por la victoria, se disolviera la monarquía. Mas, como no fueron escuchadas mis demandas,

intenté imponerlas por la fuerza, valiéndome del poder de mi magistratura. Octavio me calumnió ante el ejército acusándome de que yo obstaculizaba los asentamientos de colonos por piedad hacia los campesinos. No supe de esta acusación durante mucho tiempo, pero, ni siquiera cuando me enteré, creí que alguien pudiera darle crédito, al ver que los oficiales de colonias que iban a repartir entre vosotros las tierras habían sido designados por mí. Sin embargo, la calumnia hizo mella en algunos que se unieron a aquél para combatir contra vosotros, según creen, aunque, con el tiempo, sabrán que están luchado contra ellos mismos. Soy testigo de que vosotros elegisteis la causa mejor y que habéis sufrido por encima de vuestras fuerzas, pero somos derrotados no por los enemigos, sino por el hambre, a la que precisamente también hemos sido abandonados por nuestros generales. A mí, ciertamente, me resultaría ventajoso luchar en defensa de nuestra patria hasta la muerte, pues un final así coronaría de un halo de gloria una decisión tan encomiable. Sin embargo, no acepto este destino por vosotros, a quienes antepongo a mi fama. Enviaré, pues, legados al vencedor y le pediré que haga conmigo solo, en lugar de con todos vosotros, lo que desee, y que os otorgue a vosotros, en vez de a mí, una amnistía, pues sois conciudadanos suyos y, en otra ocasión, sus soldados, y ahora no habéis cometido ofensa alguna, sino que peleáis por una hermosa causa, y no sois derrotados por la guerra, sino por el hambre.».

Así habló Lucio y envió, al punto, a tres hombres 40
elegidos entre los optimates. Entre la multitud, algunos se lamentaban por ellos mismos y otros por su general, que les parecía el mejor y más favorable a la causa republicana por su actitud, pero que había sido derrotado por la extrema necesidad. Los tres hombres, cuando se hallaron en presencia de Octavio, le recordaron que era una sola la estirpe de los soldados de uno y otro

ejército, que en otro tiempo habían sido también compañeros de armas, le hablaron de la amistad entre los nobles de ambos lados y de la virtud de los antepasados que impelían a no tornar irremediables las discrepancias. Expusieron, además, todos aquellos argumentos afines a éstos que era lógico pensar que resultarían seductores a Octavio. Este último, conociendo que, entre las tropas enemigas, una parte estaba integrada por soldados inexpertos aún, y otra por colonos veteranos y bien ejercitados, dijo, con artimaña, que concedía la amnistía a los veteranos de Antonio, como un favor hacia éste, pero ordenó que los demás se rindieran a él sin condiciones. Esto fue lo que dijo en presencia de todos, pero cogiendo en privado a uno de los tres, a Furnio, le hizo abrigar esperanzas de un trato más clemente para Lucio y los restantes a excepción de sus enemigos personales [136].

41 En consecuencia, los enemigos de Octavio, al sospechar que la entrevista privada de Furnio había tratado de ellos, reprocharon al propio Furnio a su regreso y exigieron a Lucio que solicitara, de nuevo, una paz igual para todos, o peleara hasta la muerte, pues no era aquélla una guerra particular de alguien, sino pública y en defensa de la patria. Lucio dio su aprobación por piedad hacia unos hombres de igual rango y les dijo que enviaría otros legados. Pero añadió que no había nadie mejor que él para esta misión y se puso en camino de

---

[136] La precisión de la tradición apianea para presentar el estado de ánimo de los soldados y jefes, así como la riqueza de datos del desarrollo de los hechos en Perugia, hacen pensar a Gabba que aquélla depende de información directa de testigos de los hechos (cf. *Appiani...*, V, com. *ad loc.*); las noticias sobre los embajadores pueden provenir de algún tipo de *memoranda* de G. Furnio (cf., además, caps. 140-142). Sobre el tono polémico que reviste el relato de estos hechos relativos a la guerra perusina y, en especial, de los concernientes a la actuación del cónsul L. Antonio (cf. caps. 19 ss.). Ver Gabba, *Appiano...*, págs. 189-198 y notas.

inmediato, sin heraldos, precedido tan sólo de aquellos que anunciaron a Octavio la llegado de Lucio. Aquél salió a su encuentro al punto. Así pues, estuvieron ya a la vista uno de otro acompañados por sus amigos, y destacaban entre los demás por sus enseñas y vestimentas de generales. Entonces, Lucio, abandonando a sus amigos, avanzó con dos lictores solamente, mostrando a un tiempo su intención por medio de tal gesto. Octavio lo comprendió e imitó su ejemplo, indicando, a su vez, también su buena voluntad hacia Lucio. Pero, al ver que Lucio se apresuraba a avanzar hasta su propio campamento para patentizar también así que se entregaba incondicionalmente, Octavio se le anticipó y salió del campamento, para que Lucio tuviera todavía la libertad de deliberar y decidir acerca de su persona. Ellos, al aproximarse uno a otro, preludiaban ya tales intenciones a causa de su indumentaria y apariencia externa.

Cuando llegaron al borde del foso, se saludaron mu- 42
tuamente y Lucio dijo[137]: «Si yo hubiera sido un extranjero en guerra contigo, Octavio, habría considerado un deshonor la actual derrota y mayor deshonra aún la rendición, y habría tenido un procedimiento fácil para librarme a mí mismo de esta vergüenza. Mas, como he litigado con un compatriota de igual rango y en defensa de nuestra patria, no juzgo deshonroso ser vencido por un hombre tal y en semejante causa. Y te digo estas cosas, no porque desapruebe sufrir el castigo que quieras imponerme —pues por este motivo he venido a tu campamento sin garantías—, sino para pedirte para los demás un perdón que es justo y conveniente para tus intereses. Pero es menester que yo, al intentar mostrarte este hecho, deslinde la causa de aquéllos de la mía propia, con objeto de que concentres contra mí to-

[137] Para el carácter y contenido de ambos discursos, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., págs. XVII y sigs.

da tu ira cuando conozcas que sólo yo he sido el responsable de lo ocurrido. Y no creas que trato de intimidarte con un lenguaje franco —pues sería inoportuno—, sino de decirte la verdad, sin la cual no me es posible hablar.

43 »Yo emprendí contra ti la guerra no para destruirte y sucederte en el gobierno, sino para restaurar a la patria el gobierno de los patricios, que había quedado disuelto por el poder del triunvirato, como ni incluso tú mismo podrás negarlo. Pues, cuando lo establecisteis, estabais de acuerdo en que era ilegal, y de ahí que lo instauraseis como una magistratura necesaria y coyuntural, puesto que Casio y Bruto estaban vivos aún y vosotros no podíais reconciliaros con aquéllos. Pero, después que murieron ellos, que eran los cabecillas de la facción, y que los restantes, si quedaban algunos, no empuñaban las armas contra el Estado, sino por temor a vosotros, y cuando, además, estaba expirando el período de cinco años, pedí que las magistraturas se establecieran de nuevo según las costumbres de la patria, y no prefería con ello a mi hermano antes que a mi país, sino que esperaba convencerle voluntariamente a su regreso y me daba prisa para que éste tuviera lugar en el tiempo de mi magistratura. Y si tú hubieras comenzado este proceso, sólo tú te hubieras llevado la gloria. Pero, como no logré convencerte pensé marchar contra Roma y emplear la coacción, puesto que era un ciudadano, un hombre noble, y además cónsul. Así pues, los motivos por los que comencé la guerra fueron éstos exclusivamente, y no mi hermano, ni Manio, ni Fulvia, ni el asentamiento en colonias de los que lucharon en Filipos, ni la piedad hacia los campesinos despojados de sus posesiones, ya que yo mismo asigné para las legiones de mi hermano líderes de la colonización, los cuales despojaron a los agricultores de sus tierras y las repartieron entre los soldados. Sin embargo, tú me hi-

ciste esta acusación ante los soldados, trasladando la causa de la guerra desde ti mismo al asentamiento de los colonos y, de este modo, sobre todo, los pusiste de tu lado y me has vencido, pues estaban convencidos de que yo les hacía la guerra y ellos se defendían de mi ataque injusto. Ciertamente, mientras estabas en guerra, te fue necesario usar de añagazas, pero ahora que has vencido, si eres enemigo de la patria, debes de considerarme a mí también enemigo tuyo, puesto que he deseado lo que me pareció que era conveniente para ella, pero no lo pude cumplir por causa del hambre.

»Y, mientras digo estas cosas, me pongo en tus ma- 44
nos, tal como te anuncié, para lo que desees hacer conmigo. He venido aquí tan sólo para mostrar qué pensaba sobre ti antes de la guerra, durante la misma y todavía en este momento. Y baste con esto por lo que a mí respecta. Sin embargo, con relación a mis amigos y al ejército todo, si no vas a sospechar de mis palabras, te aconsejaré lo que es más útil para ti, y ello es que no les impongas una pena severa por causa de una disputa entre tú y yo. Y ya que eres un mortal y estás sometido a la fortuna, cosa inestable, no disuadas a quienes tal vez quieran correr peligro por defenderte en tiempos azarosos o difíciles, enseñándoles que de acuerdo con esta tu ley no existe esperanza de salvación más que para los vencedores. Pero si todo consejo de un enemigo es sospechoso o falto de crédito, no vacilo tampoco, en este caso, en exhortarte a que no castigues a mis amigos por mis faltas y mi mala estrella, sino que concentres contra mi persona todo castigo, pues soy el culpable de todas las cosas. Y, precisamente, con esta intención dejé tras de mí a aquéllos, con objeto de que no pareciera que, al decirte esto a ti en su presencia, estaba hablando con artificios en mi propia defensa.»

Después que Lucio, tras hablar así, se sumió en el 45
silencio, Octavio le contestó: «Cuando vi que venías sin

escolta hacia mí, Lucio, salí a tu encuentro rápidamente mientras te hallabas fuera de mis defensas, a fin de que, cuando eras todavía dueño de ti mismo, deliberaras y dijeras e hicieras aquello que, a tu juicio, fuera más conveniente para ti. Pero, una vez que te has puesto en mis manos, lo cual es propio de los que reconocen que han cometido una falta, no tengo necesidad de refutar todas las acusaciones que con artera falsedad has hecho contra mí. Desde el principio escogiste injuriarme y continúas en esa línea. Si estuvieras negociando la paz conmigo, te hubieras encontrado con quien ha sido objeto de agravio y ha resultado vencedor; pero, al entregarte sin condiciones tú mismo y a tus amigos y a tu ejército, has suprimido no sólo toda nuestra ira, sino también las prerrogativas que necesariamente me hubieras conferido de haber mediado negociaciones. Pues en este asunto se imbrica, de un lado, el castigo que vosotros os merecéis y, de otro, el decoro de aquello que es justo que yo haga. Precisamente, prestaré especial atención a este último aspecto, a causa de los dioses, de mí mismo y de ti, Lucio, y no voy a defraudar tu esperanza sobre mi persona, con la cual has venido hasta aquí.»

Esto fue lo que se dijeron entre ambos, en la medida en que me fue posible conocer el espíritu de lo que se dijo a partir de los comentarios [138], y verterlos a nues-

---

[138] Para GABBA, que se muestra en ello de acuerdo con Schwartz (*ibid.*, págs. XXI-XXII), no se trata de la obra de ningún historiador, sino de los llamados *acta Urbis* o *populi acta diurna*, que, según el testimonio de Dión Casio, aparecen aludidos por el término griego *hypomnḗmata*. Véase, además, GABBA, *Appiano...*, págs. 212 y sigs. sobre la importancia para precisar el modo de trabajo de Apiano y discernir cuál pudo ser su modelo, pues éste es uno de los dos casos (el otro es IV 11, sobre el decreto triunviral de las proscripciones), en los que alude a una labor suya de traducción del latín al griego.

tra lengua. Después se separaron, y Octavio alabó y admiró a Lucio porque no había dicho nada innoble ni estúpido, como suele ocurrir en las situaciones adversas, en tanto que Lucio sentía lo propio hacia Octavio por su clemencia y concisión al hablar. Los demás dedujeron el significado de los discursos a partir del rostro de cada uno de ellos.

Lucio envió a los tribunos de los soldados para que 46
recibieran de Octavio la contraseña [139] para el ejército; ellos le llevaron, a su vez, el número de soldados, según es costumbre todavía en la actualidad que el tribuno que pide la contraseña entregue al emperador el registro diario con el número de tropas presentes. Ellos recibieron la contraseña, pero mantuvieron aún bajo control sus puestos de vigilancia, pues ésta había sido la orden de Octavio, que cada ejército mantuviera su propia guardia esa noche. Al día siguiente, Octavio hizo un sacrificio, y Lucio le envió el ejército con las armas, pero preparado para la marcha. Los soldados aclamaron desde lejos a Octavio como general en jefe y se situaron de pie por separado cada legión donde lo había ordenado Octavio, los colonos veteranos separados de los nuevos reclutas. Y Octavio, una vez finalizado el sacrificio, coronándose con laurel, símbolo de la victoria, se sentó en la parte delantera de la tribuna y ordenó que todos depusieran las armas en el lugar en que se encontraban; cuando así lo hicieron, ordenó a los veteranos que se aproximaran; resuelto a reprocharles su ingratitud y a infundirles temor. Pero, como se conocía de antemano lo que se disponía a hacer, su propio ejér-

139 El *signum* (cf. Kubitschek, en *RE*, s.v. *signa*, cols. 2.345-2.347). A juicio de Gabba *(Appiani...,* V, com. *ad loc.)*, la comparación de Apiano es muy poco apropiada. Él alude al tribuno que mandaba la cohorte pretoriana de guardia en el Palatino, que pedía diariamente la contraseña al emperador.

cito, ya sea adrede —puesto que los soldados son advertidos con frecuencia previamente— o bien por afecto hacia unos hombres familiares suyos, rompieron la formación que les había sido asignada, se acercaron a los soldados de Lucio y arremolinándose en torno a ellos los abrazaron y lloraron con ellos e intercedieron en su favor ante Octavio sin dejar de gritar y de abrazarse, sumándose también a esta explosión de afecto los nuevos reclutas de uno y otro ejército, así que ya nada era identificable y fácil de discernir.

47 A la vista de lo cual, Octavio no persistió en su intención sino que, tras acallar el griterío con dificultad, dijo a los suyos: «Vosotros, camaradas, habéis tenido siempre un comportamiento tal conmigo, que ninguno me puede pedir una cosa en vano. Yo estimo que las tropas recién levadas sirven a Lucio bajo coacción, pero era mi intención preguntar a estos veteranos, que en muchas ocasiones fueron camaradas vuestros y ahora se han salvado gracias a vosotros, qué daño recibieron de parte nuestra o en qué favor se vieron defraudados o qué más esperaban de otro como para empuñar las armas contra mí, contra vosotros y contra ellos mismos. Pues las penalidades que he soportado, todas lo han sido en defensa de la asignación de las colonias, en la cual ellos han tenido su participación. Y, si me lo permitís, quiero hacerles también estas preguntas.» Mas ellos no se lo permitieron y continuaron suplicándole sin descanso. «Accedo a lo que queréis —dijo—, que se marchen sin sufrir castigo por sus faltas, siempre y cuando tenga igual comportamiento con vosotros en el futuro.» Así lo prometieron por ambas partes con vítores y gracias a Octavio. Este último permitió que algunos de sus hombres recibieran como huépedes a ciertos miembros del otro ejército, pero ordenó que la masa acampara en tiendas en el sitio donde precisamente

se encontraban, hasta que él les asignara ciudades para invernar y a los que habían de conducirlos a ellas [140].

Luego se sentó en la tribuna e hizo venir a Lucio 48
desde Perusia acompañado por los magistrados romanos. Acudieron muchos senadores y muchos caballeros, todos con un aspecto lamentable en razón del repentino cambio de fortuna. Tan pronto como salieron de Perusia una guardia rodeó la ciudad [141]. Y una vez que llegaron, Octavio colocó a su lado a Lucio; de los restantes, algunos fueron recibidos por los amigos de Octavio y de otros se hicieron cargo los centuriones, todos los cuales habían sido instruidos previamente para que les dispensaran un tratamiento honroso y los vigilaran con disimulo. A los habitantes de Perusia, que le suplicaban desde las murallas, les ordenó que se acercaran, con exclusión tan sólo del Consejo de la ciudad, y cuando acudieron a él los perdonó [142]. Los consejeros, en cambio, fueron hechos prisioneros, y al cabo de poco tiempo fueron ejecutados, excepto Lucio Emilio, el cual cuando actuaba en Roma como juez por el asesinato de Gayo César [143], depositó públicamente su voto de con-

---

[140] La benevolencia de Octavio, sea de acuerdo con algo pactado previamente con Lucio o por presión de sus soldados, contrasta con el relato de Dión Cas., XLVIII 14, 5, según el cual la mayor parte de las tropas capturadas fueron muertas. Esta versión responde a la propaganda difundida por los adversarios de Octavio acerca de su crueldad con ocasión de la rendición de Perugia.

[141] La caída de Perugia tuvo lugar a fines de febrero o comienzos de marzo del 40 a. C.

[142] Contrasta nuevamente la versión que Apiano da de estos hechos con la que aparece en Dión Casio, quien afirma (XLVIII 14, 3-4) que hubo una hecatombe de 300 senadores y muchos caballeros inmolados sobre un altar erigido en honor de César (así, también, Suet., *Aug.* 15, 1-2, quien señala la coincidencia con los Idus de marzo), y que perecieron (XLVIII 15, 5) la mayor parte de los habitantes de Perugia.

[143] Cf. *supra*, III 95.

dena y exhortó a todos a que hicieran lo mismo a fin de expiar la culpa del crimen.

49 Octavio tenía decidido entregar al ejército la misma Perusia para que la saquearan, pero Cestio, uno de los ciudadanos, hombre pendenciero que había luchado en Macedonia y se autollamaba, por ello, el Macedonio, prendió fuego a su casa y se arrojó él mismo al fuego [144]. El viento expandió las llamas y las propagó por toda Perusia, que ardió en su totalidad a excepción del templo de Vulcano. Éste fue el final de Perusia, ciudad que gozaba de fama por su antigüedad e importancia, pues dicen que fue una de las primeras doce ciudades fundadas antiguamente en Italia por los etruscos, por la cual razón veneraban también a Juno, como los etruscos [145]. Pero, entonces, aquellos que se repartieron a suerte los restos de la ciudad, optaron por Vulcano, en vez de Juno, como divinidad tutelar para ellos. Al día siguiente, Octavio hizo la paz con todos, pero el ejército no cesó de armar alboroto contra algunos hasta que éstos fueron ejecutados. Se trataba de los enemigos principales de Octavio, en especial, Canutio [146], Gayo Flavio [147], Clodio Bitínico [148] y otros. Éste fue el final del asedio de Lucio en Perusia, y así quedó zanjada la guerra que se esperaba había de ser la más gravosa y de una larga duración para Italia.

---

144 En Vel., II 74, 4, también recae en Cestio (llamado *princeps eius loci)* la responsabilidad del incendio (cf., sin embargo, Dión Cas., XLVIII 14, 5). Sobre Cestio, cf. Groag, en *RE*, s.v. *Cestius*, núm. 12.

145 Sobre la Perugia etrusca, cf. H. H. Scullard, *The Etruscan Cities and Rome*, Londres, 1967, en especial, págs. 231-236 sobre *duodecim populi*.

146 Cf. n. 43 bis al libro III.

147 Sólo mencionado aquí (cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Flavius*, número 13).

148 Cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Claudius*, núm. 18.

En efecto, Asinio, Planco, Ventidio, Craso [149], Ateyo 50 y los demás de este partido que tenían fuerzas considerables, hasta un total de trece legiones ejercitadas y seis mil quinientos jinetes, considerando que el factor principal de la guerra había sido Lucio, se retiraron de inmediato hacia el mar, cada uno por caminos diferentes. Algunos fueron hacia Bríndisi, otros hasta Rávena, otros a Tarento, otros junto a Murco o Ahenobarbo y algunos junto a Antonio. Los amigos de Octavio los siguieron y les ofrecieron propuestas de paz, y, cuando rehusaron, acosaron en especial a la infantería. Precisamente de estas tropas, tan sólo a dos legiones, interceptadas en Cameria [150], consiguió convencer Agripa para que desertaran a él. También huyó Fulvia con sus dos hijos hacia Dicearquía [151] y, desde allí, a Bríndisi con tres mil jinetes que le habían sido dados como escolta por los generales. En Bríndisi subió a bordo de uno de los cinco navíos de guerra que habían sido enviados desde Macedonia [152] en su busca, y se hizo a la mar. Planco navegó con ella, después de haber abandonado por cobardía al resto de su ejército. Los soldados de éste eligieron a Ventidio como su comandante en jefe. Asinio atrajo a Ahenobarbo a la amistad de Antonio [153], y ambos escribieron a Antonio dándole cuenta de estos hechos y le prepararon por Italia lugares de desembarco y provisiones, en espera de su inminente llegada.

---

149 P. Canidio Craso (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Canidius*, núm. 2), legado de Lépido en la Galia, había cooperado en el 43 a. C. al acuerdo entre éste y Antonio; fue cónsul *suffectus* en el 40 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 378).

150 Probablemente, Camerino, ciudad de Umbría (cf. HÜLSEN, en *RE*, s.v. *Camerinum*).

151 O Puteoli, ciudad de la Campania.

152 Gobernador de Antonio en Macedonia era L. Marcio Censorino (cf. BROUGHTON, II, pág. 382).

153 Cf. cap. 55. El encuentro tuvo lugar en algún sitio del Adriático.

51 Octavio, a su vez, planeaba hacerse de otro gran ejército de Antonio, que estaba cerca de los Alpes bajo el mando de Fufio Caleno, pues tenía ya sospechas de Antonio y esperaba o bien conservar estas tropas para él si continuaba siendo su amigo, o aumentar sus propios efectivos con una fuerza importante si aquél le hacía la guerra. Sin embargo, mientras se demoraba y aguardaba la oportunidad de un pretexto, Caleno murió [154], y Octavio, en la creencia de haber hallado una buena excusa para ambos propósitos, se encaminó allí y asumió el mando del ejército y, además, de la Galia y de España [155], que eran también provincias de Antonio. Aterrorizado Fufio, el hijo de Caleno, le entregó todo sin resistencia alguna.

Y, ciertamente, Octavio, mediante esta única acción entró en posesión de once legiones de infantería y de un inmenso territorio, tras de lo cual relevó a los oficiales de sus mandos, los sustituyó por otros suyos [156] y
52 regresó a Roma. Antonio, por su parte, como era todavía invierno [157], retuvo a los enviados que, procedentes de las colonias, habían llegado a su lado [158] y mantuvo en secreto sus proyectos. En la primavera [159] efectuó el viaje de Alejandría a Tiro y, desde allí, cruzó a Chipre, Rodas y a la provincia de Asia, en donde se enteró de lo acontecido en Perusia, y colmó de reproches a su her-

154 En junio del 40 a. C., Octavio estaba en la Galia a primeros de julio.

155 Ésta había sido asignada ya a Octavio (cf. cap. 3 de este libro).

156 En la Galia puso como gobernador a Q. Salvidieno Rufo (cf. cap. 66); de España, a L. Antonio, hermano del triunviro (cf. cap. 54; eran gobernadores en el 40 a. C., Peduceo y otro Lucio).

157 Invierno del 41-40 a. C. Antonio se encontraba en Alejandría, desde donde siguió el desarrollo de los acontecimientos en Italia sin definirse claramente sobre ellos.

158 Cf. caps. 21 y 29 de este libro.

159 Hacia marzo del 40 a. C. (cf. Tarn, *The Augustan Empire 44 B.C.-A.D. 70, CAH*, X, Cambridge, 1966, pág. 41; Buchheim, *Die Orientpolitik...*, pág. 75, y Gabba, *Appiani...*, V, Intr., pág. LVII.

mano, a Fulvia y, en especial, a Manio. Encontró a Fulvia en Atenas, a donde había huido desde Bríndisi. A su madre Julia que había escapado junto a Pompeyo, este último la envió desde Sicilia a bordo de barcos de guerra, y le daban escolta algunos de los notables del partido pompeyano, Lucio Libo el suegro de Pompeyo [160], Saturnino [161] y otros, los cuales, atraídos por la capacidad de gestión de Antonio para grandes empresas, trataban de reconciliarle con Pompeyo y de que formara una alianza con él contra Octavio. Antonio les respondió que le daba las gracias a Pompeyo por haberle enviado a su madre y que le devolvería el favor en su momento; y que, si luchaba contra Octavio, se aliaría con Pompeyo, pero que, si Octavio permanecía en lo acordado con él, trataría de reconciliar a Pompeyo con Octavio [162].

Tal fue su respuesta, y, cuando Octavio regresaba a 53
Roma desde la Galia [163], se enteró de la navegación de aquéllos a Atenas, y, como no sabía exactamente la respuesta de Antonio, excitó a las colonias contra este último bajo la suposición de que intentaba hacer regresar a Pompeyo con los propietarios de las tierras que ellos poseían en la actualidad, pues la mayoría de los campesinos expropiados se habían refugiado junto a Pompeyo. Pero, aunque el factor de discordia era convincente, ni aun así los veteranos asentados como colonos empuñaron con ardor sus armas en contra de Antonio; tan grande era el fervor popular que le había deparado a

---

[160] L. Escribonio Libo (cf. n. 86 al libro III). En el 44 a. C. era ya suegro de Sexto Pompeyo.

[161] Gn. Sentio Saturnino Vétulo (cf. Groag, en *RE*, s.v. *Sentius*, núm. 9), fue padre de G. Sentio Saturnino, cónsul en el 19 a. C.

[162] Antonio persiste en su actitud de expectativa ya mencionada para la guerra de Perugia (cf. n. 157).

[163] En la segunda mitad de julio del 40 a. C.

éste la gloria de la batalla de Filipos[164]. Octavio, por su parte, se consideraba superior a Antonio, Pompeyo y Ahenobarbo en cuanto al número de tropas de infantería —ya que entonces mandaba más de cuarenta legiones—, pero, como no tenía ningún navío ni tiempo para construirlo, y dado que aquéllos poseían quinientos, tuvo miedo, de que, patrullando alrededor de Italia, la redujeran a una situación de hambre. Mientras reflexionaba sobre esta cuestiones —y ya le habían sido expuestas ofertas de matrimonio respecto a muchas doncellas—, escribió a Mecenas[165] para que llegara a un acuerdo con Escribonia[166], la hermana de Libo, el suegro de Pompeyo, a fin de tener a ésta como baza para las negociaciones de paz, si fuera necesario. Cuando Libo se enteró, ordenó por carta a sus familiares que la prometieran en matrimonio a Octavio sin dudarlo. Octavio envió a diferentes lugares y bajo diversos pretextos a aquellos amigos y soldados de Antonio que le

---

164 Cf. n. 107 al libro IV. La duda de las tropas (tanto de la oficialidad como de los soldados) en seguir a Octavio contra Antonio es objeto de énfasis por parte de la tradición apianea.

165 Sobre este personaje, que ya apareció en el cap. 50 del libro IV como demandante del hijo de Lépido, cf. STEIN, en *RE*, s.v. *Maecenas*, núm. 6. Fue un personaje de enorme relieve en el círculo de allegados a Octavio, durante el triunvirato y, después, en el Principado (cf., además, para su origen de la estirpe real etrusca, SYME, *The Roman Revolution*, pág. 129, y, en general, *passim*). Habilísimo diplomático, tomó parte en un sinfín de delicadas misiones encargadas por Octavio.

166 Este matrimonio, del que DIÓN CASIO (XLVIII 16, 2-3) afirma que fue impuesto por la necesidad de quebrantar una alianza entre Antonio y Pompeyo, tuvo lugar en el invierno del 40 a. C. Octavio se divorció de ella al año siguiente, el día precisamente en que nació su hija Julia (SUET., *Aug.* 62, 2). Poco después, se casó con Livia Drusila. Sobre Escribonia, cf. FLUSS, en *RE*, s.v. *Scribonius* [*Scribonia*], número 32); era su tercer matrimonio, anteriormente se había desposado con Gn. Cornelio Léntulo Marcelino (cónsul en el 56 a. C.) y con un Escipión, tal vez el cónsul del 38 a. C., de los que había tenido hijos. Era mayor que Octavio.

resultaban sospechosos, y a Lépido lo envió a África [167], la provincia que le había sido asignada, con las seis legiones de Antonio de las que desconfiaba más.

54 Luego, llamando a Lucio, lo alabó por el amor profesado hacia su hermano, si es que por persistir en la voluntad de Antonio había hecho suya la falta, pero le reprochó por su ingratitud, si, después de haber encontrado en él una disposición tal, no estaba tampoco ahora dispuesto a hacer alguna confesión acerca de Antonio, de quien ya se decía que había hecho claramente un pacto con Pompeyo. «Yo, porque confiaba en ti —dijo Octavio—, a la muerte de Caleno, administré para Antonio a través de mis amigos las provincias y el ejército de aquél, a fin de que no quedasen sin un jefe. Pero ahora que se ha revelado el complot hare mías todas aquéllas, y si deseas marchar junto a tu hermano, te permito que lo hagas sin temor.» Así habló, tal vez porque trataba de probar a Lucio, o bien porque quería que sus palabras llegaran a Antonio. Pero Lucio le respondió en el mismo tono que antes: «Sabía que Fulvia era favorable a la Monarquía, pero me uní a ella y utilicé las tropas de mi hermano para destruiros a todos vosotros. Y ahora, si mi hermano viniera para acabar con la Monarquía, me uniría a él pública o secretamente, para luchar de nuevo en defensa de la patria contra ti, aunque seas mi bienhechor. Pero, si aquél también busca y elige a sus compañeros de monarquía, combatiré a tu lado contra él, mientras crea que tú no tratas de establecer la Monarquía, pues yo siempre antepondré el interés de mi patria a la gratitud y a la familia.» De este tenor habló Lucio, y Octavio lo tuvo también en la misma estima que antes y dijo que no quería inci-

[167] En cumplimiento de lo decidido tiempo atrás, cf. caps. 3 y 12 y n. 69.

tarle contra su hermano, sino confiarle, en razón de su talante, toda España y el ejército que había en ella, así como a Peduceo y Lucio, sus actuales gobernadores, en calidad de lugartenientes.

De esta forma, Octavio despidió a Lucio con honor y le mantuvo en secreto, bajo vigilancia por medio de
55 sus lugartenientes[168]. Antonio dejó a Fulvia enferma en Sición[169], y, desde Corcira, navegó hacia el Adriático con un ejército no muy nutrido y doscientas naves que había construido en Asia. Cuando Antonio se enteró de que Ahenobarbo venía a su encuentro con una flota y un ejército numeroso, a algunos de sus amigos les pareció que no era cosa segura confiar en los acuerdos que se habían intercambiado, pues Ahenobarbo había sido condenado en el juicio por el asesinato de Gayo César, y había sido proscrito tras la condena y había combatido en Filipos contra Antonio y Octavio. No obstante, Antonio avanzó con cinco de sus navíos más veloces para dar la impresión de que tenía confianza y ordenó a las restantes que lo siguieran a un cierto trecho. Una vez que estuvo a la vista Ahenobarbo, que se aproximaba en rápida remada con todo el ejército y la flota, Planco, situado de pie al lado de Antonio, tuvo miedo y le pidió que detuviera la navegación y enviara por delante a al-

---

[168] De este episodio se concluye, de un lado, la actitud insegura de Octavio ante los movimientos de Antonio; de hecho, la posición inestable de Octavio, le impidió sacar el máximo provecho a su triunfo en Perugia (cf. la ya aludida incertidumbre y reluctancia, por parte de los colonos y las tropas, a alzarse en armas contra Antonio, por ejemplo, cap. 53); y, de otro lado, el tratamiento favorable y el relieve político y humano que tiene el cónsul del 41 a. C., Lucio Antonio, en la tradición apianea (cf. nn. 75 y 85 a este libro para esta cuestión). Este último debió de morir después en España y ya no se vuelve a oír hablar de él. Sobre Peduceo y el otro Lucio no existe identificación segura (cf. Broughton, II, págs. 385 y 384).

[169] Ciudad del Peloponeso, a poca distancia del golfo de Corinto y al Oeste de esta ciudad.

gunos a modo de prueba, pues tenían enfrente a un hombre de intenciones no claras. Sin embargo, éste replico que prefería morir por una violación del tratado, a salvarse bajo la impresión de ser tomaado por un cobarde, y prosiguió el rumbo. Estaban ya cerca unos y otros, y las naves capitanas se distinguían por sus enseñas y proseguían su rumbo una hacia la otra. Entonces el jefe de los lictores de Antonio, que iba de pie a la proa como era la costumbre, ya fuera porque se olvidó de que Ahenobarbo era un hombre de actitud no bien definida y que también él navegaba al frente de su propio ejército o bien por causa de un sentimiento de superioridad ante la idea de que iba al encuentro de hombres vasallos e inferiores, les ordenó que arriaran la enseña. Así lo hicieron y situaron la nave al costado de la de Antonio. Cuando los comandantes se divisaron, se saludaron mutuamente y el ejército de Ahenobarbo saludó a Antonio como general en jefe [170]. Planco recobró su coraje con dificultad. Antonio recibió en su nave a Ahenobarbo y navegó hasta Paloeis [171], donde estaba la infantería de este último. Allí Ahenobarbo cedió su tienda a Antonio.

Desde allí navegó hasta Bríndisi, que se hallaba pro- 56
tegida por cinco cohortes de Octavio. Sus habitantes cerraron las puertas de la ciudad a Ahenobarbo por ser un enemigo de antaño, y a Antonio por tratar de introducir a un enemigo. Este último se irritó y consideró que esto era un pretexto, pero que, en realidad, le cerraba las puertas la guarnición de Octavio y siguiendo las instrucciones de éste, así que atravesó el istmo que unía a la ciudad con el continente por medio de un foso

[170] Es de destacar el carácter autóptico que tiene la descripción de este encuentro, procedente de algún testigo presencial de los hechos tal vez del propio Asinio, presente en el ejército de Ahenobarbo o de Antonio (cf. n. 153 a cap. 50 de este libro).

[171] Se trata del puerto de Pale, en la isla de Cefalenia, frente a la Acarnania.

y una empalizada. La ciudad se encuentra en una península afrentada a un puerto en forma de media luna, y no era posible a los que venían del continente avanzar hacia el emplazamiento superior de la misma que se encontraba aislado e interceptado por una empalizada [172]. Antonio rodeó también de un cinturón de torres muy denso el puerto, que era grande, y las islas de su interior. Envió tropas por las zonas costeras de Italia con la orden de que se apoderaran de los puntos estratégicos, y encargó a Pompeyo que navegara contra Italia y llevara a cabo lo que pudiera. Éste envió de inmediato [173], con alegría, a Menodoro [174] con muchas naves y cuatro legiones y se apoderó de Cerdeña, que pertenecía a Octavio, y de las dos legiones que había allí y que estaban aterradas de su acuerdo con Antonio. En Italia las tropas de este último se apoderaron de la ciudad de Sipunte [175] de Ausonía, y, a su vez, Pompeyo puso cerco a Turios [176] y Consentia [177] y devastó su territorio con la caballería.

57 Octavio, atacado de repente y por tantos lugares a la vez, envió a Agripa al territorio de Ausonia para auxiliar a sus maltrechos habitantes. Agripa incorporó a sus filas a los colonos veteranos que se encontró en el camino, los cuales le siguieron a una cierta distancia en la

---

[172] Sobre el puerto de Bríndisi y la situación de la ciudad, cf. HÜLSEN, en *RE*, s.v. *Brundisium*.

[173] Hacia agosto del 40 a. C.

[174] Era un liberto de Gn. Pompeyo (cf. cap. 81); en PLUTARCO (*Ant.* 32, 1), se le califica de pirata, que fue apresado por Pompeyo y, después, liberado. Apiano es el único que lo llama por el nombre completo, en tanto que el resto de las fuentes latinas y griegas utilizan la forma abreviada de Menas (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Menodoros*, núm. 1, y MODRZE, *ibid.*, s.v. *Menas*, núm. 3).

[175] Puerto importante para las comunicaciones con Grecia, en la Apulia septentrional (llamada, por Apiano, Ausonia, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*).

[176] Entre Lucania y Brutio. También llamada Síbaris.

[177] Hoy, Cosenza, en el Brutio.

creencia de que marchaban contra Pompeyo, pero, al enterarse de que lo que ocurría era según la decisión de Antonio, se volvieron de inmediato en secreto. Este hecho asustó en sobremanera a Octavio. Sin embargo, mientras él realizaba el viaje con otro ejército hacia Bríndisi, se encontró, de nuevo, con los veteranos de las colonias, y los hizo cambiar de opinión y se llevó consigo a los que habían sido asentados como colonos por él en persona, pues sintieron vergüenza de rehusar y abrigaban la secreta intención de reconciliar a Antonio y Octavio, y en el caso de que Antonio no accediera y combatiera, defenderían entonces a Octavio [178]. Este último estuvo retenido por enfermedad en Canusio durante unos días. Aunque era superior totalmente a Antonio en cuanto al número de tropas, encontró que Bríndisi estaba incomunicada por una línea de fortificación, y no pudo hacer otra cosa que acampar junto a ella y aguardar acontecimientos.

Antonio era capaz de defenderse con seguridad gra- 58
cias a sus defensas, aunque tenía un número de tropas muy inferior, pero llamó a toda prisa al ejército de Macedonia y, entretanto, recurrió a la estratagema de enviar a la mar por la noche, en secreto, barcos de guerra y mercantes llenos de ciudadanos privados, los cuales retornaron sucesivamente al hacerse de día armados como si vinieran de Macedonia, mientras Octavio contemplaba la arribada. Antonio tenía ya preparadas las máquinas de asalto y se disponía a atacar la ciudad de Bríndisi, con la consiguiente cólera de Octavio que no podía socorrerlos. Pero, hacia el atardecer, llegaron noticias a uno y otro ejército de que Agripa había recupe-

[178] Una vez más vemos la confusión reinante en Italia entre los colonos (en este caso, tal vez del Samnio y Campania, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*) y el ejército, a la hora de decidirse a combatir contra Antonio, cuyo prestigio no había disminuido (cf., además, capítulos 59 y 64 de este libro).

rado Sipunte y que Pompeyo había sido rechazado de Turios, aunque todavía sitiaba Consentia, a causa de lo cual Antonio se irritó. Y, cuando se anunció que Servilio [179] venía con refuerzos para Octavio con mil quinientos jinetes, Antonio no pudo refrenar su impulso, se levantó al punto de la mesa y, con los amigos que encontró dispuestos y cuatrocientos jinetes, dándose prisa, con suma intrepidez, cayó sobre los mil quinientos hombres, que aún dormían, en las cercanías de la ciudad de Hiria [180], los llenó de terror y se apoderó de ellos sin luchar, y en ese mismo día regresó a Bríndisi. Hasta tal punto les aterrorizó la fama de invencible que había obtenido Antonio a raíz de la batalla de Filipos.

59 Las cohortes pretorianas de Antonio, con la moral alta por esta reputación, se aproximaron al campamento de Octavio, por grupos y reprocharon a sus antiguos camaradas que vinieran a combatir contra Antonio, el hombre que a todos ellos les había salvado la vida en Filipos. Y, como aquéllos les replicaron a su vez que también ellos estaban allí para luchar contra sus camaradas, se suscitó la disputa y se acusaron mutuamente; los hombres de Antonio se quejaban de habérseles impedido el acceso a Bríndisi y de haberles sido arrebatado el ejército de Caleno, en tanto que los de Octavio los acusaban del aislamiento y asedio de Bríndisi, de la invasión del territorio de Ausonia, del pacto con Ahenobarbo, uno de los asesinos de Gayo César, y del pacto con Pompeyo, el enemigo de ambos. Finalmente, los soldados de Octavio revelaron su intención a los otros, a saber, que habían acompañado a Octavio no porque hubieran echado en olvido el mérito de Antonio, sino con el propósito de procurar otra reconciliación entre am-

179 P. Servilio Rullo (cf. Broughton, II, pág. 385).

180 Hiria (*Uria*, Plinio, III 100), es una ciudad entre Tarento y Bríndisi, en la vía Apia (cf. Weiss, en *RE*, s.v. *Hyria*, núm. 2).

bos o, en el caso de que Antonio rehusara y prosiguiera la guerra, de defenderse de él. Y también dijeron ellos estas cosas públicamente cuando se acercaron al campamento de Antonio.

Mientras tenían lugar estos hechos, fue anunciada la muerte de Fulvia. Se dijo que ella estaba descorazonada a causa de los reproches de Antonio y que había caído enferma, y se creyó que se había dejado consumir por la enfermedad, de modo voluntario, a causa de la cólera de Antonio, quien la había dejado cuando estaba enferma y, ni siquiera al partir, había acudido a verla. A ambas partes les pareció que les beneficiaría mucho la muerte de una mujer entrometida que había suscitado una guerra tan grande por su envidia de Cleopatra, pues se veían ya libres de ella. Sin embargo, Antonio se entristeció mucho con este suceso, puesto que se consideraba, en cierto modo, el responsable [181].

Había un cierto Lucio Cocceyo [182], que era amigo de 60
ambos y había sido enviado por Octavio a Fenicia junto a Antonio, el verano anterior [183], en compañía de Cecina, y, cuando regresó este último, había permanecido con Antonio. Entonces, este Cocceyo no desaprovechó la ocasión y fingió que había sido enviado por Octavio para trasmitirle sus saludos cordiales [184]. Cuando Antonio le permitió que partiera, Cocceyo le preguntó, para tantearle, si quería él enviar también alguna misiva a Octavio sirviéndose de su persona como correo. A lo que

---

181 Cf., sobre este hecho y sus implicaciones, DIÓN CAS., XLVIII 28, 3.

182 L. Cocceyo Nerva (cf. GROAG, en *RE*, s.v. *Cocceius*, núm. 12, y Suppl. Band VII, col. 90).

183 En el 41 a. C. (cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., pág. LVI, apart. 2).

184 Sobre el carácter particular del encuentro de Cocceyo y Antonio, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., pág. XXVI, para quien la descripción parece reproducir de modo verbal el coloquio y la información es de primera mano.

Antonio contestó: «¿Qué podríamos escribirnos nosotros, que somos enemigos, a no ser insultos mutuos? Ya contesté, sin embargo, a las cartas de hace tiempo por medio de Cecina; si quieres, toma tú las copias.» Así respondió en son de burla, pero Cocceyo no consintió en que llamara enemigo a Octavio, que había tenido tan buen comportamiento con Lucio y los otros amigos de Antonio. Y éste le replicó: «Me ha impedido entrar en Bríndisi, me ha despojado, además, de mis provincias y del ejército de Caleno y sólo es amable con mis amigos, y me parece que no es por conservar su amistad, sino para convertirlos en mis enemigos por medio de sus beneficios.» Cocceyo, cuando hubo oído estos reproches, no quiso ya excitar a un temperamento de por sí apasionado y partió hacia Octavio.

61 Al verle este último, se quedó extrañado de que no hubiera venido más pronto, pues, dijo: «No salvé a tu hermano [185] para que seas mi enemigo.» Y Cocceyo replicó: «¿Cómo es que tú haces a los enemigos, amigos, y, en cambio, llamas a los amigos, enemigos y les quitas su ejército y sus provincias?» «No hubiera estado bien —dijo Octavio— que, a la muerte de Caleno, hubieran ido a parar a las manos del hijo de éste, un jovenzuelo aún, tan gran cantidad de efectivos, mientras Antonio estaba todavía ausente. Además, Lucio se hallaba excitado hasta la locura por aquéllos, y Asinio y Ahenobarbo, que estaban cerca, trataban de usar estas tropas contra nosotros. Así que me apoderé a toda prisa de las legiones de Planco, para que no se unieran a Pompeyo, pues su caballería había navegado hasta Sicilia.» «Aunque estos asuntos fueron expuestos de otra forma —dijo Cocceyo—, sin embargo, Antonio no les dio crédito, has-

185 M. Cocceyo Nerva (cf. GROAG, en *RE*, s.v. *Cocceius*, núm. 13), salvado, quizás, por Octavio por haber tomado parte en la guerra de Perugia.

ta que fue excluido de Bríndisi como si fuera un enemigo.» Octavio respondió que él no había dado ninguna orden al respecto —pues ni siquiera conocía de antemano su llegada, ni había previsto que viniera acompañado de enemigos—, sino que los propios habitantes de Bríndisi y el prefecto que les había sido dejado a ellos a causa de las invasiones de Ahenobarbo habían excluido a Antonio por propia iniciativa por estar coaligado con un enemigo común, Pompeyo, y por tratar de introducir a Ahenobarbo, asesino de su padre, que había sido condenado por el voto del senado, por el veredicto de los jueces y proscrito, y que había sitiado a Bríndisi después de la batalla de Filipos y todavía bloqueaba el Adriático, y que había quemado sus barcos y saqueado Italia.

Entonces Cocceyo dijo: «Vosotros convinisteis mu- 62
tuamente en pactar con quienes quisierais, y Antonio, con todo, no ha hecho un pacto con ninguno de los asesinos y honra a tu padre tanto como tú mismo. Ahenobarbo no era uno de los criminales y el voto de condena contra él se debió a razones de enemistad personal, pues, por aquellos días, ni siquiera había tomado parte en el plan [186]. Pero si consideramos que no merece perdón en tanto que amigo de Bruto, ¿no tendríamos que irritarnos sin tardanza con casi todos? De otro lado, Antonio no pactó con Pompeyo una alianza ofensiva, sino para, en el caso de que tú le hicieras la guerra, tenerlo de su parte como aliado o tratar de reconciliarlo contigo, puesto que aquél tampoco había cometido ningún daño

---

[186] Sobre la complicidad de Ahenobarbo, las opiniones están divididas tanto entre los autores antiguos como modernos: así, para Tarn *(CAH,* X, pág. 43, n. 1) es segura, basándose en Cic., *Fil.* II 27 y 30, en tanto que Suet., *Nerón* 3, 2, la niega; Münzer, en *RE,* s.v. *Domitius,* n. 23, col. 1.328, se muestra indeciso, y Gabba, *Appiani...,* V, com. *ad loc.,* aunque da por segura su amistad con Bruto, parece inclinarse por la no participación directa en la conjura.

irreparable. Mas tú tienes también la culpa de estos hechos, pues si no se hubiese suscitado la guerra en Italia, ésos no se hubieran atrevido a enviar embajadores a Antonio.» Y Octavio, todavía en tono acusador, respondió: «Contra Italia y contra mí, junto con ella, Manio, Fulvia y Lucio hicieron la guerra; y Pompeyo, no antes, sino ahora, ha puesto el pie en la costa animado por Antonio.» «No animado por Antonio —replicó Cocceyo—, sino enviado por él, pues no te ocultaré que también hará incursiones con una flota numerosa contra el resto de Italia, que carece de ella, a no ser que lleguéis a un acuerdo entre vosotros.» Octavio, que había escuchado con atención su artera propuesta, reflexionando un poco dijo: «Pero no se alegrará Pompeyo, un hombre indigno que indignamente acaba de ser rechazado por los turios.» Entonces, Cocceyo evitó ya toda controversia, y abordó el tema de la muerte de Fulvia y el carácter de esta muerte, diciendo que por no poder soportar el enojo de Antonio había caído enferma y la enfermedad la había consumido debido a su descorazonamiento, pues Antonio no había acudido a verla ni cuando estaba enferma, por lo que había sido el responsable de la muerte de su esposa. «Y ahora que aquélla ya está muerta —continuó—, nada os falta ya, excepto deciros la verdad, cara a cara, acerca de todas las sospechas que tenéis.»

63 Conversando de esta suerte con Octavio, Cocceyo pasó aquel día como huésped junto a él y le pidió que le escribiera algunas letras para Antonio, como de un hombre joven a otro de más edad. Pero éste le dijo que él no escribía a alguien que todavía estaba en guerra con él, pues tampoco lo había hecho aquél, pero que se quejaría a la madre de Antonio, porque, a pesar de ser ella familiar suyo y gozar de los máximos honores de su parte, había huido de Italia como si no pudiera obtener de él cualquier cosa, al igual que de su propio

hijo. De esta forma, Octavio se las ingenió para escribir a Julia. Cuando Cocceyo abandonaba el campamento, muchos de los oficiales le revelaron el sentir del ejército. Y él transmitió a Antonio lo demás, y esto último para que supiera que estaban dispuestos a luchar contra él, si no llegaba a un acuerdo. Aconsejó, por tanto, que hiciera regresar a Pompeyo a Sicilia desde los lugares que estaba saqueando y que enviara a alguna parte a Ahenobarbo hasta que se concluyera el tratado. Su madre instaba también a Antonio para que siguiera estos consejos —pues pertenecía al clan Julio [187]—, pero éste sentía la vergüenza de que tendría que llamar de nuevo a Pompeyo, si fracasaban las negociaciones de paz. Mas como la madre le infundía esperanzas de que éstas se efectuarían y Cocceyo lo confirmaba haciendo creer que sabía más cosas, Antonio cedió y ordenó que Pompeyo regresara a Sicilia, como si fuera a ocuparse él personalmente de los asuntos convenidos entre ambos, y envió a Ahenobarbo como gobernador de Bitinia [188].

Cuando los soldados de Octavio se enteraron de 64
estos hechos, eligieron a unos mismos emisarios para ambos, con objeto de que pusieran fin a sus acusaciones sobre la base de que ellos no habían sido elegidos para juzgar sus litigios, sino para reconciliarlos tan sólo; añadieron a esta embajada a Cocceyo, por ser amigo de ambos, a Polión, del partido de Antonio, y a Mecenas, del partido de Octavio. Decidieron que hubiera entre Octavio y Antonio una mutua amnistía por las cosas pasadas y amistad en el futuro. Como había muerto recientemente Marcelo [189], el esposo de Octavia, la her-

---

[187] Para el *stemma* de los Julios, cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Iulii*, página 183.

[188] La gobernación de Ahenobarbo se prolongó desde el 39 a. C. hasta el 35 a. C.

[189] Se trata de G. Claudio Marcelo (cónsul en el 50 a. C., cf. *supra*, II 26 y n. 88, 27 y 31-33), muerto a comienzo del 40 a. C. Según

mana de Octavio[190], los gestores de la reconciliación decidieron que Octavio diera en matrimonio a su hermana a Antonio, lo que hizo de inmediato. Entonces, Antonio y Octavio se abrazaron y brotaron del ejército gritos y aclamaciones inacabables hacia cada uno de ellos, a lo largo de todo el día y de toda la noche.

65 Octavio y Antonio se repartieron de nuevo entre sí todo el imperio de los romanos[191], se estableció como límite la ciudad iliria de Escodra[192], que se suponía estaba situada en medio del golfo Adriático; todas las provincias e islas al Este de esta isla y hasta el río Eufrates pertenecerían a Antonio, y las que quedaban al Oeste hasta el océano corresponderían a Octavio; Lépido gobernaría en África, de acuerdo con la donación que le había hecho Octavio; este último haría la guerra a Pompeyo, si no se llegaba a un pacto, y Antonio lucharía contra los partos para vengar la traición que cometieron con Craso. Entre Ahenobarbo y Octavio se mantuvieron los pactos que ya se habían efectuado con Antonio, y cada uno de ellos dos fue libre de alistar en Italia un número igual de tropas[193].

PLUTARCO (*Ant.* 31, 5), Octavia enviudada desde hacía menos de diez meses, necesitó para casarse un *senatus consultum*.

190 Octavia *minor*, para diferenciarla de Octavia *maior*, hermanastra de Octavio e hija de G. Octavio y Ancaria. Octavia *minor* era hija, igual que Octavio, de G. Octavio y de su segunda esposa Atia; se había casado con G. Claudio Marcelo (cónsul en 50 a. C.) antes del 54 a. C. y había tenido dos hijas y un hijo, M. Claudio Marcelo, nacido en el 42 a. C. y futuro yerno de Augusto (cf. HAMMOND, en *RE*, s.v. *Octavius* [*Octavia*], núm. 96).

191 La fecha de este tratado está fijada hacia finales de septiembre y comienzos de octubre del 40 a. C. (cf. detalles en GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*).

192 Ciudad en la zona occidental de Iliria (hoy Sactari).

193 Derecho que, en la práctica, fue difícil de ejercer para Antonio por su lejanía de Italia (que acabó por entrar totalmente en la esfera de Octavio) y también por la guerra de Sicilia, que concentró los recursos italianos (cf. cap. 93).

Éstas fueron las últimas condiciones de paz entre Octavio y Antonio. Y, al punto, cada uno envió a sus amigos a ocuparse de los asuntos más urgentes. Antonio envió a Ventidio a Asia para sojuzgar a los partos y a Labieno [194], el hijo de Labieno [195], quien, junto con los partos, había hecho incursiones en Siria y en la zona de Asia que se extiende hasta Jonia, durante estas últimas conmociones [196].

Las cosas que Labieno y los partos llevaron a cabo y padecieron lo mostrará mi *Historia de Partia* [197]. Por 66
este tiempo [198], Heleno, el lugarteniente de Octavio, que había recuperado Cerdeña merced a un ataque violento, fue expulsado nuevamente de allí por Menodoro, el lugarteniente de Pompeyo, y Octavio, irritado en especial por este hecho, no aceptó los intentos de Antonio por reconciliarlo con Pompeyo. Así pues, avanzaron hasta Roma y celebraron los esponsales. Antonio mandó matar a Manio por haber incitado a Fulvia con sus acusaciones contra Cleopatra y haber sido el causante de tantas desgracias. Asimismo reveló a Octavio que Salvidieno, el comandante de su ejército del Ródano, había tenido la idea de desertar a él y le había enviado un mensaje sobre este asunto mientras se encontraba sitiando Bríndisi. Antonio hizo esta comunicación sin con-

---

194 Q. Labieno (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Labienus*, núm. 5). Había sido enviado en el 43 a. C. por Bruto y Casio a la corte de Partia y allí se quedó después de Filipos (cf. DIÓN CAS., XLVIII 24, 4 ss., 25, 2 ss. y 39, 3 ss.).

195 T. Labieno, legado de César en la Galia, seguidor posteriormente de Pompeyo y muerto en Munda en el 45 a. C. (cf. *supra*, II 62, 87, 95 y 105).

196 A finales del 41 a. C. y principios del 40 a. C.

197 Véase, al respecto, sobre esta supuesta *Historia de Partia*, a la que alude Apiano en varias partes de su obra (cf. *supra*, II 18, y *Sir*. 51), VIERECK-ROOS, *Appiani Historia Romana*, Leipzig, 1962 (ed. ester. de la de 1939), I, pág. VII n. 1.

198 Hacia otoño del 40 a. C.

tar con la aprobación de todos, porque era de natural franco y pronto para demostrar la buena voluntad. Octavio llamó de inmediato a Salvidieno con urgencia, bajo el pretexto de tener necesidad de él para un asunto y enviarle, al punto, de vuelta al ejército. A su llegada le probó los cargos y le dio muerte, y concedió a Antonio su ejército por considerarlo sospechoso [199].

67 El hambre oprimía a los romanos, porque los mercaderes de Oriente no se atrevían a navegar por temor a Pompeyo y a Sicilia, ni se atrevían los de Occidente a causa de Cerdeña y Córcega, ocupada por los soldados de Pompeyo, ni tampoco se hacían a la mar desde las zona frontera de África, por mor de los mismos enemigos, que dominaban con sus flotas en ambos litorales. Así pues, todo se encareció y echaron la culpa de ello a la discordia entre los jefes, a los que vituperaban y urgían a que hicieran la paz con Pompeyo. Como ni siquiera así cedió Octavio, Antonio le pidió que acelerara la guerra a causa de la escasez. Sin embargo, al no existir dinero para ella, se publicó un edicto de que los propietarios de esclavos aportaran por cada uno de ellos la mitad de las veinticinco dracmas fijadas para la guerra de Casio y Bruto [200], y que aquellos que disfrutaran de alguna propiedad por razón de herencia contribuyeran con una parte proporcional [201]. El pueblo destrozó este edicto con furia salvaje, pues les llenó de cólera que, después de haber dejado exhausto el tesoro público, de haber esquilmado las provincias y de oprimir a la misma Italia con tributos y tasas y confiscacio-

---

[199] Sobre estos hechos, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

[200] Sobre las tasas fijadas por los triunviros en el 43 a. C., cf. *supra*, IV 31 ss.

[201] Tal vez el edicto tenga alguna relación con la *lex Falcidia*, propuesta por el tribuno P. o (C.) Falcidio, del 40 a. C. (cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Falcidius*, núm. 3; sobre la ley, cf. Rotondi, *Leges publicae...*, pág. 438).

nes, no para guerras extranjeras ni para extender el imperio, sino contra enemigos personales y en defensa del poder particular de cada uno —por lo cual precisamente habían acontecido las proscripciones, matanzas y esta penosísima hambre—, tadavía trataran los triunviros de quitarles, incluso, lo que les quedaba.

Se unieron en bandadas gritando, y a los que no se les unían les arrojaban piedras y los amenazaban con saquearles sus hogares y prenderles fuego. Finalmente, 68
el pueblo en su totalidad se sublevó, y Octavio con sus amigos y unos pocos servidores fue hacia el foro con la intención de sostener un encuentro con el populacho y dar razón de sus reproches. Éste, nada más verle, empezó a arrojarle piedras sin misericordia, y no se avergonzó siquiera cuando le vio que resistía el aluvión de proyectiles y se ofrecía a sí mismo y resultaba herido. Una vez que Antonio se enteró, acudió en su ayuda con presteza. A éste el pueblo no le arrojó piedras cuando descendía por la vía Sacra, puesto que él era favorable a pactar con Pompeyo, pero le pidieron que se retirara, y, como no obedeció, también le lanzaron entonces piedras. Él llamó a un número mayor de tropas que estaban fuera de las murallas. Pero, como ni aun así le abrieron paso, los soldados se dividieron en dos filas a los costados de la calle y el foro y atacaron desde su formación estrecha y dieron muerte al que les salió al paso. En esta ocasión, la masa del pueblo ya no pudo escapar fácilmente, apiñados a causa del número, ni tuvo una salida del foro, por lo cual se produjo una mantaza, heridas y lamentos, y gritos desde los techos de la casas. Antonio avanzó con dificultad y rescató a Octavio, que se hallaba en una situación de peligro extremo, y lo puso a salvo en su propia casa. Una vez que la multitud fue puesta en fuga, arrojaron al río [202] los cadáve-

[202] El Tíber.

res de los muertos a fin de evitar su lacerante visión. Y un nuevo motivo de pesar fue verlos arrastrados por la corriente y a los soldados despojándolos, junto con ciertos malhechores, que se llevaron sus mejores prendas como si fueran suyas propias. Así pues, esta revuelta fue sofocada a costa del miedo y del odio hacia los triunviros; el hambre se agudizaba, y el pueblo se lamentaba, pero permanecía tranquilo.

69 Antonio aconsejó[203] a los familiares de Libo que hicieran venir a éste desde Sicilia so pretexto de relaciones[204] familiares y realizar, además, un asunto de mayor importancia, y le garantizó la inmunidad para él. Sus familiares le escribieron rápidamente y Pompeyo accedió. A su llegada, Libo echó el ancla en la isla de Pitecusa, la actual Enaria[205]. Cuando el pueblo supo esto, se reunió de nuevo y suplicó con lágrimas a Octavio que enviara garantías personales a Libo, quien quería negociar con él sobre la paz. Éste lo hizo contra su voluntad, y el pueblo, amenazando también con quemar a Mucia[206] la madre de Pompeyo, la envió para que trabajara, a su vez, en las negociaciones de paz. Cuando Libo comprendió que los enemigos iban a ceder, pidió que se reunieran los propios jefes con objeto de que pudieran ellos mismos hacerse las concesiones mutuas que estimaran oportunas. El pueblo los forzó

---

203 Primavera del 39 a. C.

204 Pasaje controvertido. Los manuscritos tienen *epì synēsthḗsei*, lección que sigue White y que no da mucho sentido, por lo que Musgrave y Mendelssohn propusieron la corrección *epì synthḗsei*, que sigue GABBA, quien traduce «con il pretesto del rapporto di parentela» (*App.*, pág. 288) y que he adoptado. Libo era hermano de Escribonia, la mujer *toû kḗdous* de Octavio.

205 Isla situada frente a la costa de Campania (hoy Isquia).

206 Cf. FLUSS, en *RE*, s.v. *Mucius (Tertia Mucia)*, núm. 28. Fue la tercera esposa de Pompeyo el Grande; era hija de Q. Mucio Escévola (cónsul en el 95 a. C.), y de Pompeyo tuvo dos hijos: Gn. Pompeyo y Sexto Pompeyo, y una hija.

también en este punto y, en consecuencia, Octavio y Antonio partieron hacia Bayas[207].

Todos trataban de convencer unánimemente a Pompeyo de que hiciera la paz, excepto Menodoro, quien le escribió desde Cerdeña aconsejándole proseguir la guerra con fuerza o demorar todavía las negociaciones, puesto que el hambre combatía por ellos y las condiciones de paz, si se decidía por esta vía, serían más ventajosas, y le exhortó a que recelara de Murco, que se oponía a estas medidas, ya que, a su juicio, estaba buscando poder para él mismo. Pompeyo, quien ya durante largo tiempo había soportado a Murco de mala gana a causa de su dignidad y de la firmeza de su juicio, sintió mayor rechazo hacia él por este motivo y, en adelante, no hubo asunto sobre el que consultara el parecer de Murco, hasta que éste se retiró enojado a Siracusa, y, al ver que le seguían algunos guardias de Pompeyo, manifestó públicamente ante ellos acerbas críticas sobre aquél. Entonces, Pompeyo sobornó a un tribuno y a un centurión del propio Murco, y los envió para que lo matasen y dijeran que había sido asesinado por unos esclavos. Y, para confirmar esta mentira, crucificó a los esclavos. Sin embargo no logró ocultar este nuevo crimen —el segundo después del de Bitínico[208]—, perpetrado contra un hombre ilustre por sus hechos de guerra, que había sido amigo leal de esta facción desde sus comienzos y había prestado ayuda en España al mismo 70

[207] Localidad de Campania, en el golfo de Pozzuoli (Puteoli), frente a Enaria.

[208] A. Pompeyo Bitínico, gobernador de Sicilia en el 44 a. C. y en el 43 a. C., después de resistir ante Pompeyo, llegó a un pacto con él y le entregó la isla (cf. *supra*, IV 48). En este episodio se ha de ver la pugna entre los dos bloques del entorno de Pompeyo, los exilados romanos favorables al acuerdo (entre ellos, Estayo Murco, el único romano con mando importante en la flota) y el grupo de libertos con cargos de responsabilidad, contrarios al mismo y partidarios de una política radical.

Pompeyo y se había unido a él voluntariamente en Sicilia.

71 De tal suerte murió Murco. Y los demás amigos urgían a Pompeyo para negociar la paz y acusaban a Menodoro de ambición de poder, puesto que se oponía, no movido por buena voluntad hacia su dueño, sino para conseguir el mando de su ejército y su provincia. En consecuencia, Pompeyo cedió y navegó hacia Enaria con un número abundante de sus mejores barcos, y se embarcó él mismo en una nave de seis bancos de remos y lujosamente adornada. Con este boato, hacia la caída de la tarde, costeó Dicearquía a la vista de sus enemigos. Al amanecer, se hincaron pilotes en el mar a un corto trecho y se colocaron planchas sobre los pilotes, y a través de ellas Octavio y Antonio avanzaron hasta la plataforma construida más próxima a la orilla, y Pompeyo y Libo hacia la que se adentraba un poco más en el mar; los separaba una pequeña vía de agua de manera que pudieran oírse mutuamente sin gritar [209]. Como Pompeyo creía que había acudido para recibir una participación en el gobierno en lugar de Lépido, en tanto que ellos tan sólo le concedían la vuelta del exilio, se separaron en esta ocasión sin haber logrado nada positivo, pero siguieron los contactos frecuentes a nivel de los amigos sobre propuestas diversas por parte de uno y otro lado. Pompeyo exigió que en relación con los proscritos que se habían unido a él, a los partícipes en el asesinato de Gayo César se les concediese un exilio en seguridad, y a los restantes un retorno a la patria con todos los honores y la restitución de las propiedades que habían sido vendidas. Acuciados para negociar por el hambre y el pueblo, accedieron a duras penas a resti-

[209] El encuentro debió de tener lugar en junio o julio del 39 a. C. El lugar exacto es controvertido, pero habría que situarlo en algún lugar indeterminado del arco del golfo entre Miseno, Bayas y Puteoli (cf. más detalles en GABBA, *Appiani*..., V, com. *ad loc.*).

tuir una cuarta parte de lo confiscado, la cual prometieron comprar a sus actuales poseedores. Escribieron a los propios proscritos sobre estos asuntos con la esperanza de que se alegrarían. Ellos aceptaron todo, puesto que sentían temor ya del mismo Pompeyo a causa del crimen de Murco, y acudiendo junto a Pompeyo le pidieron que llegara a un acuerdo. Entonces, éste se rasgó su vestido y exclamó que también era traicionado por aquéllos en defensa de los cuales había luchado, e invocaba con frecuencia el nombre de Menodoro como la única persona con dotes de mando y bien dispuesto hacia él.

Finalmente, a instancias de su madre, Mucia, y su 72
esposa, Julia [210], se reunieron de nuevo los tres hombres en el malecón de Dicearquía, bañado a ambos lados por el mar y con las naves ancladas en las cercanías como guardianas, y llegaron a un acuerdo sobre la base de las condiciones siguientes [211]: que pondrían fin a la guerra, por tierra y por mar y no se impediría el comercio en parte alguna; que Pompeyo retiraría todas las guarniciones que tenía en Italia y no daría acogida a esclavos fugitivos ni atacaría con sus naves el litoral de Italia; que tendría el gobierno de Cerdeña, Sicilia y Córcega, así como de cuantas otras islas tuviera entonces, tanto tiempo como Antonio y Octavio detentaran el mando de sus otras provincias; que enviaría a Roma el trigo que hacía ya mucho tiempo se había ordenado a estas islas enviar como tributo, y que podría

[210] Según Gabba *(ibid.,* com. *ad loc.),* debe de tratarse de un error de Apiano, la mujer de Pompeyo era una tal Escribonia (que jamás aparece nombrada). Münzer, en *RE,* s.v. *Iulius (Iulia),* núm. 548, piensa que el error está, sobre todo, en el calificativo de esposa, y no en el nombre de Julia (madre de Antonio) que debió intervenir en las negociaciones.

[211] En general, sobre la valoración de este acuerdo, favorable a Pompeyo, cf. Gabba, *Appiani...,* V, com. *ad loc.,* con bibliografía, y nota 258 a este libro.

tomar el mando del Peloponeso, además de las islas citadas; que podría desempeñar el consulado, en su ausencia por medio de cualquiera de los amigos que eligiese y ser inscrito en el colegio de los pontífices máximos [212]. Éstas fueron las condiciones relativas al propio Pompeyo. Además, se acordó el regreso del exilio de los nobles, con excepción de aquel que hubiese sido condenado por el voto del senado o en juicio por el asesinato de Gayo César; las propiedades de los restantes que habían huido por miedo y habían perdido su hacienda por la violencia les serían devueltas íntegramente, salvo los bienes muebles, y a los proscritos, una cuarta parte de los suyos: los esclavos que habían servido en el ejército de Pompeyo serían libres, y a las personas libres, cuando finalizara la milicia, les serían entregadas las mismas recompensas que aquéllas otorgadas a los que habían servido bajo Octavio y Antonio.

73 Éstos fueron los términos del acuerdo, que redactaron por escrito y signaron y enviaron a Roma bajo la custodia de las Vírgenes Vestales. Acto seguido, se agasajaron unos a otros, determinando mediante sorteo el orden de las invitaciones. Pompeyo fue el primero en ofrecer un banquete a bordo de su barco de seis bancos de remos, anclado junto al malecón; y, en los días sucesivos, lo hicieron Antonio y Octavio en tiendas que habían sido levantadas también sobre el malecón, bajo el pretexto de que todos podían participar del banquete en la orilla, pero tal vez buscando una seguridad libre de recelos, pues ni siquiera en estas condiciones olvidaron sus precauciones. Antes bien, sus barcos estaban anclados junto a la orilla y los rodeaban sus guardias personales, y los asistentes al banquete estaban ceñidos, a ocultas, con puñales. Se dice que Menodoro, mien-

212 No se trata del pontificado, sino del augurado, del que fue desposeído en el encuentro de Tarento del 37 a. C. (cf. DIÓN CAS., XLVIII 36, 4, y 54, 6).

tras los tres hombres asistían a un banquete en la nave, envió una misión a Pompeyo animándole a atacar a éstos y vengar las ofensas cometidas contra su padre y hermano, y a recuperar el mando paterno gracias a una ocasión muy favorable, pues él en persona con las naves se cuidaría de que no escapase nadie. Pero Pompeyo le dio una respuesta digna de su alcurnia y de su condición actual: «Ojalá que Menodoro hubiera realizado esto sin mi conocimiento, pues cuadra a Menodoro cometer perjurio, pero no a Pompeyo.» En este banquete se celebró el matrimonio entre la hija de Pompeyo y nieta de Libo con Marcelo el hijastro de Antonio y sobrino de Octavio [213]. Al día siguiente, designaron los cónsules para los próximos cuatro años [214], para el primer año [215] Antonio y Libo, el primero de los cuales tenía el privilegio, sin embargo, de poner como sustituto al que quisiera; al año siguiente [216], Octavio y Pompeyo; después [217], Ahenobarbo y Sosio, y, de nuevo [218], otra vez Antonio y Octavio, quienes, como iban a ser cónsu-

---

213 Cf. n. 190 a este libro. Era hijo de Octavia *minor*, hermana de Octavio.

214 Ya antes, en el encuentro de Bríndisi (a principios de octubre del 40 a. C.), se habían designado los cónsules para los ocho años siguientes, del 38 al 31 a. C. (cf. DIÓN CAS., XLVIII 35, 1-3), aunque Apiano, al tratar de este acuerdo (cf. *supra*, V 64), silencia el dato. Ahora se trataría de modificaciones sobre los últimos cuatro años, del 34 al 31 a. C. (cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, e Intr., págs. LXXI-II, apart. 5).

215 Año 34 a C. M. Antonio abdicó el primer día y fue sustituido por L. Sempronio Atratino; Libo fue cónsul los primeros seis meses y fue sustituido por P. Emilio Lépido (cf. BROUGHTON, II, págs. 410-411).

216 En el 33 a. C. Fue cónsul Octavio con L. Volcacio Tullo, los cuales no acabaron sus mandatos (cf. BROUGHTON, II, págs. 413-414).

217 En el 32 a. C. Gn. Domicio Ahenobarbo (cf. n. 188 a este libro) y G. Sosio (cf. SYME, *The Roman Revolution*, en especial, página 200 y *passim;* BROUGHTON, II, pág. 417).

218 En el 31 a. C., pero Antonio no aparece como cónsul ordinario de este año (cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., págs. LXXII y sigs.), y sí M. Valerio Mesala Corvino (cf. BROUGHTON, II, págs. 419-420).

les entonces por tercera vez, se esperaba que en aquella ocasión devolverían el gobierno al pueblo.

74 Una vez que acabaron todos estos asuntos, se separaron. Pompeyo marchó por mar a Sicilia, y Octavio y Antonio emprendieron viaje por tierra hacia Roma. Cuando la ciudad e Italia se enteraron, se produjo al punto una explosión de júbilo total ante la llegada de la paz, y la liberación de una guerra intestina, del alistamiento de los hijos, del ultraje de los guardianes, de la deserción de los esclavos, del saqueo de los campos, del abandono de la agricultura y, por encima de todas las cosas, del hambre, que les oprimía ya hasta el extremo, de tal modo que a los triunviros, en el transcurso de su itinerario, le fueron ofrecidos sacrificios como a unos salvadores. Y la ciudad se disponía a depararles una brillante acogida, de no haber sido porque, por evitar la envidia, penetraron en Roma durante la noche en secreto. Sólo estaban irritados aquellos a los que les habían correspondido lotes de tierra de las propiedades de los que iban a regresar con Pompeyo, porque pensaban que iban a tener como vecinos a unos enemigos irreconciliables que, incluso, si alguna vez podían, les atacarían. Los exilados que estaban con Pompeyo, en su mayor parte, excepto unos pocos, se despidieron de éste en Dicearquía y navegaron de regreso a Roma. Nuevo fue el contento de la plebe y varios los gritos de júbilo, al haberse salvado, de modo inesperado, un gran número de hombres ilustres.

75 Después de estos sucesos, Octavio hizo una expedición a la Galia, que se hallaba revuelta [219], y Antonio partió para la guerra con los partos. Una vez que el senado le votó que serían ratificados sus actos pasados

[219] Cf., además, Dión Cas., XLVIII 49, 2-3. Ya había tenido que intervenir, en este año (39 a. C.); Agripa, su gobernador, lo hará en el 38 a. C. cuando culmine esta serie de rebeliones con la sublevación de Aquitania (cf. *supra,* V 92).

y futuros [220], envió de nuevo lugartenientes en todas direcciones y arregló el resto de los asuntos tal como los tenía planeados en su totalidad. Erigió reyes aquí y allá, a su gusto, sobre la base del pago de un tributo; en el Ponto, a Darío, el hijo de Farnaces y nieto de Mitrídates; en Idumea y Samaría, a Herodes [221]; en Pisidia, a Amintas [222]; en una parte de Cilicia, a Polemón, y a otros en otros pueblos. Como quería enriquecer y ejercitar al ejército que se disponía a invernar con él, envió algunas tropas contra los partenos [223], una tribu iliria vecina de Epidamno, que se había mostrado muy favorable a Bruto; a otros los mandó contra los dárdanos, otra tribu iliria que siempre andaba haciendo incursiones contra Macedonia; ordenó que otros permanecieran en Epiro a fin de tenerlos a todos en torno suyo, puesto que se disponía a invernar en Atenas. Envió a Furnio a África para que trajera a las cuatro legiones que estaban a las órdenes de Lépido, con objeto de utilizarlas contra los partos, pues aún desconocía que Lépido se las había quitado ya a Sextio.

Después de hacer estos preparativos, pasó el invierno en Atenas en compañía de Octavia, igual como en Alejandría lo había pasado con Cleopatra, supervisando los informes enviados desde el ejército, habiendo troca- 76

220 Cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., pág. LXXI, apart. 4. Dato importante para establecer las relaciones entre el poder triunviral y el senado.

221 Cf. OTTO, en *RE*, Suppl. II, s.v *Herodes*, núm. 14. Sobre la situación de Judea y las discrepancias en torno a este pasaje, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

222 Recompensa por haber desertado a los triunviros antes de la segunda batalla de Filipos (cf. DIÓN CAS., XLVII 48, 2), adonde había sido enviado a combatir contra ellos por Deyótaro, tetrarca de los gálatas.

223 Expedición conducida por Asinio Polión, que obtuvo el triunfo el 25 de octubre del 39 a. C., mientras Antonio estaba aún en Italia (cf. J. ANDRÉ, *La vie et l'oeuvre de C. Asinino Pollion*, París, 1949, páginas 22-23).

do de nuevo su condición de general por la simplicidad de un privado, usando el vestido cuadrangular y el calzado ático y sin guardias a la puerta de su casa. Salía, de igual modo, sin las insignias de su cargo, acompañado por dos amigos y dos asistentes, a las diatribas y lecturas públicas de los maestros. Sus comidas las hacía a la usanza griega y pasaba sus ratos de ocio entre griegos disfrutando de sus festivales [224] en compañía de Octavia, pues estaba muy enamorado de ella, siendo un hombre de natural proclive en grado sumo a los amoríos con mujeres. Sin embargo, al finalizar el invierno parecía otro hombre. Cambió nuevamente su indumentaria y con ella su aspecto externo. Hubo, al punto, en torno a las puertas de su casa, gran cantidad de insignias, de oficiales y guardianes, y todo quedó impregnado de miedo y sobrecogimiento. Se dio audiencia a embajadas que durante largo tiempo habían aguardado a la espera de recibir órdenes, se resolvieron juicios, se botaron barcos y se puso en movimiento todo el resto de los preparativos.

77 Mientras Antonio estaba ocupado en estos asuntos, el tratado existente entre Octavio y Pompeyo quedó roto por causas, como se sospechaba, distintas a aquellas que fueron aducidas en público por Octavio, y que fueron las siguientes: Antonio había entregado el Peloponeso a Pompeyo, a condición de que éste le entregara el tributo que todavía le adeudaban los peloponesios, o prometiera responsabilizarse de su devolución, o bien aguardara hasta que se hubiera efectuado la recaudación. Pero Pompeyo no había aceptado el país bajo tales condiciones, por entender que se le había entregado junto con las deudas. Y, entonces, irritado, según dijo Oc-

[224] Sobre la identificación de Antonio con las costumbres griegas, véase lo dicho en el cap. 4 de este libro en relación con su estancia en Éfeso, y las nn. 19, 20 y 21; además, GABBA, *Appiani*..., V, com. *ad loc.*

tavio, ya fuera por este motivo, o por su natural desconfiado, o por envidia de otros que poseían grandes ejércitos, o porque Menodoro lo incitó a considerar el tratado como una tregua, más bien que como un tratado estable, construyó otras naves, reunió tripulaciones y, en ocasiones, se dirigió en público al ejército diciéndole que debía estar preparado para todo. De nuevo una piratería encubierta infestó el mar, y poco o nulo fue el remedio para el hambre de los romanos, hasta el punto que decían a gritos que el tratado no les había traído el cese de los males, sino la adquisición de un cuarto tirano. Octavio apresó y sometió a tormento a una partida de piratas, quienes afirmaron haber sido enviados por Pompeyo. Este hecho lo puso Octavio en conocimiento del pueblo y dio cuenta por escrito al mismo Pompeyo, mas este último se excusó de estos hechos y, a su vez, se quejó por la cuestión del Peloponeso [225].

Aquellos nobles que todavía se encontraban junto a 78
Pompeyo, al ver que éste siempre estaba a merced de la influencia de sus libertos, corrompieron a algunos de ellos, bien en su propio interés o por dar satisfacción a Octavio, para que incitaran a su dueño contra Menodoro que aún tenía el mando de Córcega y Cerdeña. Y ellos, como envidiaban también el poder de Menodoro, lo hicieron con gusto. De este modo, Pompeyo fue arrastrado a un extrañamiento de Menodoro, y por estos mismos días Filadelfo, un liberto de Octavio, navegó al lado de Menodoro para aprovisionarse de trigo, y Milicio, el amigo más fiel de Menodoro, acudió al lado de Octavio para tratar de la deserción de aquél. Prometió entregar Cerdeña y Córcega, tres legiones y otro gran número de tropas ligeras [226]. Esta oferta, ya fue-

[225] Para un juicio general sobre los motivos de desacuerdo pretextados, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., pág. XII y com. *ad loc.*

[226] La deserción de Menodoro tal vez fuera la espoleta que pro-

ra obra de la gestión de Filadelfo o consecuencia de las calumnias proferidas por Pompeyo contra Menodoro, Octavio, aunque no de inmediato, la aceptó, no obstante, pues creyó que la paz estaba rota de hecho. Invitó a Antonio a que acudiera desde Atenas a Bríndisi en un día determinado, a fin de deliberar en su compañía sobre la guerra presente. Y envió con rapidez, desde Rávena, navíos de guerra y, desde la Galia, un ejército y el resto de su material bélico a Bríndisi y Dicearquía, con la intención de hacerse a la mar desde ambos lados contra Sicilia, en el caso de que Antonio fuera de su misma opinión.

79 Este último acudió en el día señalado con unas pocas tropas y, al no encontrar a Octavio, no lo aguardó, bien porque le reprochaba su decisión de combatir por considerarlo una violación del tratado o porque había visto que los preparativos de Octavio eran grandes —pues el deseo del poder absoluto jamás dejaba descansar sus temores—, o porque se alarmó a causa de un prodigio [227]. Pues uno de los guardias que dormían alrededor de su tienda fue hallado devorado por las fieras, a excepción de su rostro, como si éste hubiera sido respetado para su identificación, y sin que hubiera dado un solo grito ni lo hubiera visto ninguno de sus compañeros de descanso. Los de Bríndisi dijeron que, antes del amanecer, se había visto salir corriendo a un lobo desde las tiendas. Escribió, por los demás, a Octavio conminándole a que no rompiera lo pactado y amenazó a Menodoro con someterle a suplicio como a un esclavo

vocó el estallido de la guerra, pues rompía el equilibrio de zonas establecido en el acuerdo de Miseno. La deserción tuvo lugar en la primavera del 38 a. C.

[227] Apiano silencia la que tal vez fuera la razón primordial de la partida de Antonio, su participación en la fase decisiva de la campaña contra los partos (cf. Dión Cas., XLVIII 46, 3). Sobre la acusación de que Octavio aspiraba al poder absoluto, cf. Gabba, *Appiano...*, pág. 203.

fugitivo; pues él había pertenecido a Pompeyo el Grande, cuya hacienda había comprado Antonio cuando había sido pignorada según ley por ser la de un enemigo [228].

Octavio envió a Cerdeña y a Córcega a los encar- 80
gados de recibir su entrega de manos de Menodoro y reforzó el litoral de Italia con numerosos fortines para impedir que Pompeyo hiciera nuevas incursiones contras estas zonas [229]. Ordenó la construcción de otras trirremes en Roma y Rávena e hizo regresar de Iliria a un gran ejército. A la llegada de Menodoro, lo convirtió de inmediato en hombre libre, en vez de su condición de liberto, y le encargó el mando de aquellas naves que había llevado consigo como lugarteniente del almirante Calvisio [230]. Una vez que tuvo hechos estos preparativos y hubo reunido aún mayores efectivos, se demoró un cierto tiempo y reprochó a Antonio por no haberle esperado. Ordenó a Cornificio [231] que trasladara desde Rávena a Tarento el material que hubiese preparado ya. Sin embargo, cuando este último estaba de crucero, le sobrevino una tempestad, y únicamente fue destruida la nave capitana que había sido construida para Octa-

---

228 Cf. *supra*, III 4; DIÓN CAS., XLII 50, 5; PLUT., *Ant.* 10, 2, y FLORO, II 18, 5.

229 Sobre todo, la Campania (cf. DIÓN CAS., XLVIII 46, 1-4).

230 Apiano menciona erróneamente a un Calvisio en II 60 (cf. n. 167). En este caso se trata de G. Calvisio Sabino (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Calvisius*, núm. 13). Era oriundo de Espoletio y su ciudad le dedicó un recuerdo a su *pietas*, por ser uno de los dos senadores, junto con L. Marcio Censorino, que intentaron defender a César en los Idus de marzo (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 221, y *Latomus* 17 [1958], 73-80).

231 L. Cornificio (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Cornificius*, núm. 5). Debía de ser ya antiguo seguidor de Octavio, pues había perseguido a Bruto, en calidad de tribuno de la plebe, en aplicación de la *lex Pedia* (cf. SYME, *op. cit.*, págs. 236-237). Por su participación en la fase última de la guerra de Sicilia (cf. cap. 111), fue recompensado con el consulado en el 35 a. C.

vio. Este suceso se tuvo como un mal presagio de lo porvenir. Dado que todavía prevalecía la sospecha de que la guerra inminente iba en contra del tratado, Octavio trató de disipar tal recelo. Escribió a la ciudad y dijo él mismo a los soldados que Pompeyo había roto los pactos al piratear el mar, y que los piratas habían confesado este hecho y Menodoro había revelado la totalidad del plan, y que Antonio lo supo y, por esta razón, no había entregado el Peloponeso.

81 Cuando lo tuvo todo a punto y junto a él, se hizo a la mar rumbo a Sicilia [232], él, desde Tarento, y Calvisio Sabino y Menodoro, desde Etruria. La infantería hizo el viaje por tierra hasta Regio y todas las operaciones se verificaban con afán y rapidez [233]. Pompeyo se enteró de la deserción de Menodoro cuando Octavio se hallaba ya navegando contra él, y, ante el ataque por mar desde ambos lados, él mismo aguardó en Mesina [234] a Octavio y ordenó a Menécrates, el enemigo más aborrecible de Menodoro entre sus libertos, que saliera al encuentro de éste y de Calvisio con una gran flota. Menécrates fue avistado por los enemigos, cercana ya la noche, en alta mar. Éstos se refugiaron en la bahía próxima a Cumas [235] y pasaron allí la noche, en tanto

---

232 La batalla celebrada en Cumas tuvo lugar en la primavera, ya avanzada, del 38 a. C. (cf. cap. 89).

233 El plan de Octavio era atraer a Pompeyo a dos frentes: el mar Tirreno y el Jonio, para poder él hacer pasar las tropas de tierra desde Regio a Mesina.

234 Pompeyo había concentrado sus tropas en la punta nororiental de la isla, en el triángulo formado por Tíndaris, Mesina y Tauromenio; y en la parte noroccidental, en Lilibeo, a fin de rechazar un posible ataque de Lépido desde África.

235 Es difícil precisar en qué golfo se desarrolló la batalla, si en el que está entre Sinuesa y Cumas, como parece deducirse del *tòn kólpon tòn hypèr Kýmēs*, de Apiano, o en el golfo entre Miseno y el promontorio de Minerva, conocido como *sinus cumanus* o Cratere (cf. detalles en GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*).

que Menécrates prosiguió hasta Enaria. Al despuntar el día, los de Calvisio se hicieron a la mar costeando el litoral de la bahía, tan próximos a la playa como podían y con la flota en forma de media luna a fin de evitar que los enemigos pudieran quebrantar su línea de formación. Menécrates de nuevo apareció ante ellos y, al punto se les aproximó con violencia y rapidez. Sin embargo, como no avanzaron hacia el mar abierto y él no podía llevar a cabo ninguna acción importante se lanzó en pos de ellos y los rechazó hacia la tierra. Ellos, a su vez, hicieron encallar a un tiempo sus barcos y se defendieron de las embestidas de las naves. A Menécrates le era posible retirarse a mar abierto y atacar cuando quisiera, y cambiar por turno a sus barcos por otros de refresco, en tanto que sus adversarios sufrían severamente por causa de las rocas en las que habían embarrancado y por la imposibilidad de maniobra de la naves, pues se asemejaban a fuerzas de tierra combatiendo contra fuerzas navales, incapaces de perseguirlas y de retirarse.

Entretanto, Menodoro y Menécrates se avistaron mu- 82
tuamente y, tras desentenderse del resto del combate, se atacaron de inmediato uno a otro con furia y clamor, como si pusieran la victoria y el meollo de la batalla en este duelo en el que uno de ellos se disponía a vencer. Las naves de ambos colisionaron entre sí con violencia y la una rompió el espolón de la nave de Menodoro, en tanto que ésta quebró, a su vez, el gobernalle de la de Menécrates. Mas cuando fueron lanzados los arpeos [236] desde cada una de ellas, ya no hubo lugar para naves, porque habían quedado trabadas una a otra, pero los hombres, como en un combate en tierra, no

[236] *Manus ferrae* (cf. cap. 36 y n. 134, y cap. 106, y, asimismo, LAMMERT, en *RE*, s.v.); se diferenciaban de los *harpagones* en que estaban provistos de mayor número de garfios. Sobre la descripción del *harpago*, cf. cap. 118.

anduvieron faltos de esfuerzo y valor. Pues nubes de jabalinas, piedras y flechas cruzaban entre unos y otros, y se abatían puentes[237] sobre las naves para atacar a través de ellos. Pero, como la nave de Menodoro era más elevada, sus puentes tenían un mejor acceso para los que se atrevían a cruzarlos y los disparos desde ellos, al estar más altos, eran más efectivos. Después que muchos estaban ya muertos y heridos los restantes, Menodoro fue alcanzado en el brazo por un dardo, el cual le fue extraído. A su vez, Menécrates fue herido en el muslo por una jabalina española[238], toda de hierro y con muchas puntas, que no fue posible sacar con rapidez. Y, aunque Menécrates quedó ya inútil para el combate, permaneció, no obstante, exhortando a los demás, hasta que al ser capturado su barco, se arrojó a las profundidades del mar. Menodoro amarró a la nave capturada y la remolcó hasta tierra, puesto que ni siquiera él mismo podía hacer ya nada más.

83 Así fueron las cosas en el ala izquierda del combate naval. Por su parte, Calvisio, mientras navegaba desde el ala derecha hacia el ala izquierda, interceptó a algunas de las naves de Menécrates y las persiguió cuando escapaban hacia el mar abierto. A su vez, Demócares[239], coliberto de Menécrates y lugarteniente suyo, cayó sobre el resto de las naves de Calvisio, puso en fuga a una parte y a otra la hizo chocar contra las rocas, y, una vez desembarcados los hombres, prendió fuego a los cascos de los barcos. Finalmente, Calvisio regresó de su persecución e hizo volver a aquellos de sus

---

237 Véase, en Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, entre otros, H. T. Wallinga, *The Boarding-Bridge of the Romans*, 1956, pág. 49.

238 El llamado *solliferreum* (cf. Schulten, en *RE*, s.v. *solliferreum* y *pilum*).

239 Cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Demochares*, núm. 7. Para Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, se trataría de la misma persona que aparece designada como Papias (cf. caps. 104 ss.).

barcos que estaban en fuga e impidió que se quemaran más. Como se echó encima la noche, todos fondearon en donde lo habían hecho la noche anterior.

Éste fue el resultado de la batalla naval en la que llevó la mejor parte la flota de Pompeyo. Sin embargo, Demócares, acongojado por la muerte de Menécrates como por la más grande derrota —pues estos dos, Menécrates y Menodoro, habían sido los más eficaces capitanes de Pompeyo en el mar—, abandonó todo de sus manos y navegó al punto hacia Sicilia, como si no hubiera perdido tan sólo el cuerpo de Menécrates y una nave, sino toda la flota entera.

Calvisio, mientras esperaba que Demócares atacaría, 84
aguardó en donde precisamentre estaba al ancla, por no hallarse capacitado para entablar un combate naval, puesto que sus mejores barcos habían sido destruidos y los otros habían quedado inservibles para una batalla. Pero, una vez que se enteró que aquél se había marchado a Sicilia, reparó sus naves y costeó el litoral bordeando los golfos. Entretanto, Octavio navegó desde Tarento a Regio con muchas naves y un gran ejército y, en los alrededores de Mesina, se encontró con Pompeyo, que tenía sólo cuarenta naves, de forma que sus amigos le aconsejaron a Octavio que aprovechara esta máxima oportunidad y atacara a Pompeyo con su flota tan grande, ya que aquél tenía unas pocas naves, antes de que tuviera junto a él al resto de la flota. Sin embargo, él no les obedeció, sino que esperó a Calvisio y dijo que no era prudente correr un riesgo cuando se esperaban refuerzos.

Tan pronto como Demócares arribó a Mesina Pompeyo, lo designó a él y a Apolófanes [240], otro de sus libertos, almirantes, en lugar de Menodoro y Menécrates.
85 Cuando Octavio supo de lo ocurrido en Cumas, puso 85

[240] Cf. KLEBS, en *RE*, s.v. *Apollophanes*, núm. 10.

proa a la salida del Estrecho para ir al encuentro de Calvisio. Después de haber recorrido la mayor parte del mismo, cuando ya estaba a la altura de Estilis [241] y doblaba en dirección a Escileo, Pompeyo se lanzó desde Mesina, cayó sobre la retaguardia, persiguió a los de vanguardia, lo atacó en toda la línea y lo incitó a combatir [242]. Las naves, sin embargo, aunque así azuzadas, no se volvieron para presentar batalla, pues Octavio no lo permitió ya fuera porque temía luchar en el Estrecho o porque se mantuvo en su primera decisión, no combatir sin Calvisio. Así pues, por orden suya se retiraron hacia la orilla todos, echaron el ancla y se defendieron de proa contra el ataque de los enemigos. Demócares colocó a dos de sus barcos contra cada uno de los enemigos, lo que provocó la confusión, y al chocar contra las rocas y entre ellos mismos empezaron a llenarse de agua. Y también estas naves fueron destruidas, igual que las del combate en Cumas, sin haber asestado un solo golpe, ancladas y sufriendo las embestidas de los enemigos que las atacaban y se retiraban sin obstáculos.

86 Octavio saltó desde su barco a las rocas y recogió a los que se esforzaban en salir del mar a nado y los envió a lo alto del monte. Pero Cornificio y el resto de los generales que estaban allí, se dieron ánimos mutuamente y, sin esperar órdenes, levaron bruscamente anclas y se hicieron a la mar contra los enemigos, juzgando que era preferible sufrir una derrota mientras se luchaba, a resistir inmóviles y sin luchar el ataque ene-

[241] La ubicación de esta ciudad es dudosa, se la identifica con la localidad *ad Fretum ad Statuam* y estaría entre Regio y Escileo, frente a Sicilia (cf. más detalles en Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.).*

[242] Para una comparación entre los relatos discrepantes de Apiano y Dión Casio (XLVIII 47 ss.) sobre esta batalla, cf. Miltner, en *RE*, s.v. *Pompeius*, núm. 33 *(Sex. Pompeius Magnus)*, cols. 2.213-2.250, en especial, 2.230-2.231, este artículo es de gran importancia para todo lo concerniente a Sexto Pompeyo.

migo. En primer lugar, Cornificio, con una osadía admirable, perforó la nave capitana de Demócares y la capturó. Demócares saltó a otra. Mientras tenían lugar una conflagración y destrucción tales, aparecieron aproximándose desde alta mar Calvisio y Menodoro. Las tropas de Octavio no los veían ni desde tierra ni desde el mar, pero los de Pompeyo, por hallarse mar adentro, los divisaron y, al verlos, se retiraron, pues ya oscurecía y no se atrevían, estando cansados, a trabar combate con hombres de refresco.

Ciertamente, este evento aconteció muy oportunamente para los que hacía ya largo rato andaban en una situación muy apurada.

Al cerrar la noche, algunos, lanzándose desde las 87
naves, se refugiaron, tras alcanzar la orilla, en las montañas y encendieron muchas hogueras como señales para los que todavía se encontraban en el mar y pasaron la noche de este modo, sin comer ni cuidar de sí mismos y faltos de todo[243]. Octavio, que se hallaba en una situación semejante, iba entre ellos y los animaba a resistir hasta la mañana. Pero ni cuando pasaba por estos apuros tuvo conocimiento de la arribada de Calvisio, ni se podía esperar alguna ayuda procedente de las naves, ocupadas en los restos del naufragio. Sin embargo, en virtud de otro golpe de fortuna favorable, la decimotercera legión se acercaba a través de las montañas y, enterados de la catástrofe, atravesaron los precipicios guiándose en el camino por medio de las hogueras. Encontraron a su comandante en jefe y a los que iban con él en su huida en un estado extremo de cansancio y fal-

[243] El relato de Apiano en estos artículos adquiere una plasticidad, frescura y precisión que hacen pensar a Gabba (cf. *Appiani...*, V, Intr., pág. XV) en una fuente autóptica. Tal vez, según este autor, pudiera tratarse de las *Memorias* de M. Valerio Mesala Corvino, personaje que tuvo una actuación destacada en algunos de estos sucesos (cf. capítulos 112-113).

ta de alimentos y les prestaron cuidados diversificando entre ellos su asistencia. Los centuriones condujeron al comandante a una tienda improvisada, ya que ninguno de los siervos encargados de su cuidado estaba presente, pues habían sido dispersados en la noche y en medio de un desorden tan grande. Octavio envió de inmediato mensajeros por todas partes para anunciar que estaba a salvo, y entonces se enteró de que Calvisio había arribado con la vanguardia de su flota y, a la vista de estos dos acontecimientos favorables e inesperados, se tomó un descanso.

88 Al día siguiente, cuando inspeccionó la superficie del mar, contempló naves quemadas, otras a medio quemar, otras todavía a medio arder y otras deshechas; y vio el mar lleno de velas, de gobernalles y pecios, y a la mayor parte de las naves que se habían salvado, gravemente averiadas. Por consiguiente, colocó delante la escuadra de Calvisio y procedió a reparar aquellos barcos que le urgían más, colocándolos al sesgo, mientras los enemigos permanecían quietos, ya fuera por miedo a Calvisio o porque hubieran decidido atacarles nuevamente cuando salieran a alta mar. Así se mantuvieron cada uno hasta que a mediodía sobrevino un viento del Sur que levantó un violento oleaje en este Estrecho de corrientes impetuosas [244]. Pompeyo estaba en el interior del puerto de Mesina, pero las naves de Octavio fueron lanzadas de nuevo sobre la costa rocosa y sin puertos y se estrellaron contra las rocas y entre sí, pues no tenían sus dotaciones completas para controlarlas con eficacia.

89 Así pues, Menodoro, como suponía que el viento huracanado iría a más puso proa mar adentro y se man- 89

[244] Sobre los fenómenos marinos en el Estrecho de Mesina, cf., en Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, G. M. Columba, *I porti della Sicilia*, Roma, 1906, págs. 249 y sigs.

tuvo al ancla. Allí, debido a la profundidad del agua, las olas eran más débiles pero, con todo, tuvo que aplicarse a una fuerte remada para evitar ser arrastrado hacia la orilla, y algunos otros le imitaron. Sin embargo, el resto del grueso de la flota, pensando que el viento cedería pronto como suele ocurrir en primavera, afianzaron las naves con anclas a ambos lados, de la parte del mar y de la de tierra, y separaban unas de otras por medio de pértigas. Pero, como el viento se encrespó todavía más, todo quedó revuelto y las naves, rotas las anclas, se destrozaron entre sí al ser arrojadas unas contra otras o contra la playa. Se produjo un griterío entremezclado de los que estaban aterrados, junto con aquellos otros que se lamentaban y quienes se exhortaban mutuamente como a sordos, pues no había posibilidad de percibir las palabras, y no existía diferencia entre el piloto y el marinero ni por razón de conocimiento ni por las órdenes dadas. Sino que se producía la misma mortandad entre los que estaban en las propias naves y aquellos otros que, arrojados por la borda, eran destrozados por los vientos, las olas y los trozos de madera flotantes. Pues el mar estaba lleno de velámenes, de pecios, de hombres vivos y muertos; y todo el que, huyendo de estos peligros, trataba de escapar a nado hacia la costa, era estrellado contra las rocas por la fuerza de las olas. La convulsión, tan pronto como se apoderó del mar, lo que es habitual en este Estrecho, aterró, de un lado, a los hombres que no estaban acostumbrados a este fenómeno, y a las naves, entonces sobre todo, las hizo chocar entre sí arrastrándolas unas contra otras. El viento arreció más con la llegada de la noche, hasta el punto de que ya no morían siquiera a la luz del día, sino en la oscuridad.

Toda la noche se oyeron los gritos de dolor y las 90
llamadas de los familiares, que corrían de un lado a otro por la playa, y llamaban por su nombre a los que

estaban en el mar, y se apenaban, cuando no obtenían respuesta, al darlos por muertos, y, a su vez, también de aquellos otros que, medio sumergidos en el mar, imploraban el auxilio de los que se encontraban en tierra. Sin embargo, nada se podía hacer ni en uno ni en otro caso. Pues no sólo el mar resultaba inexorable para los que penetraban en él y para aquellos que seguían a bordo de los barcos, sino que la tierra no lo era menos que el mar, por el miedo a que el oleaje los estrellara contra las rocas. Y padecían tanto por causa del carácter atípico de la tempestad, que estaban muy próximos a tierra y temían la tierra, y no podían huir de ella hacia alta mar ni mantener la distancia necesaria entre unos y otros. Pues la estrechez del lugar, la dificultad natural de su salida, el embate de las olas, el viento que soplaba en círculo en ráfagas huracanadas a consecuencia de los montes circundantes y la convulsión del fondo del mar que succionaba todo, no permitían permanecer ni escapar. Y todo lo agravaban las tinieblas de una noche especialmente oscura. Por esta razón morían sin verse mutuamente, algunos profiriendo gritos confusos, otros abandonándose en calma y aceptando su desgracia e, incluso en algún caso, cooperando a ello por creerse totalmente perdidos. Pues el desastre superó sus expectativas hasta el punto de quitarles toda esperanza de salvación fortuita. Finalmente, al aproximarse el día, el viento remitió de repente y, una vez salido el sol, quedó encalmado por completo. No obstante, el oleaje, aun entonces, cuando había cesado el viento, se mantuvo fuerte durante mucho tiempo. Ni siquiera los lugareños recordaban una tempestad tal jamás. Fue mayor de lo natural y acostumbrado, y, en consecuencia, destruyó la mayor parte de los barcos y de los hombres de Octavio.

91 Octavio, quien el día anterior había sufrido mucho a causa del combate y que se había visto aquejado por

estos dos desastres simultáneos, se puso en camino de inmediato hacia Hiponio [245] a través de las montañas, aquella misma noche, con rapidez, sin tratar de remediar su calamitosa situación, para la que no podía contar con ningún socorro. Envió cartas a todos sus amigos y generales advirtiéndoles de que estuvieran atentos para que no se produjera ninguna conspiración contra él de una u otra parte, dado que se encontraba en precario. También despachó a las fuerzas de infantería que tenía consigo hacia todo lo largo del litoral de Italia para impedir que Pompeyo se atreviera a atacar el continente debido a su éxito. Pero este último no planeaba ningún ataque a tierra firme, ni atacó a los navíos supervivientes del naufragio ni a los barcos que se alejaban cuando cesó la tormenta. Por el contrario, no prestó atención a aquellos que, habiendo reforzado los barcos en la quilla como podían, navegaban con la ayuda del viento rumbo a Hiponio, ya sea porque pensaba que la desgracia enemiga era bastante para él, o porque no sabía cómo perseguir la victoria, o, como ya he dicho también en otra parte, porque era absolutamente remiso a atacar y estaba resuelto a defenderse solamente de quienes le atacaran [246].

Se salvó menos de la mitad de la flota de Octavio 92
y ésta, además, con graves desperfectos. Dejó, no obstante, algunos oficiales allí para que se ocuparan de ella y se puso en marcha hacia Campania, muy contrariado, pues ni tenía otras naves, aunque estaba necesitado de

[245] Antiguo nombre griego de *Vibo Valentia* (cf. PLINIO, III 73). Dada la importancia de su puerto como base naval y terrestre contra Pompeyo, esta ciudad, junto con Regio, había sido exceptuada del conjunto de ciudades elegidas para ser entregadas a los veteranos como recompensa (cf. *supra*, IV 3 y 86).

[246] Cf. cap. 25 de este libro. Sobre la falta de resolución de Pompeyo, factor determinante para la valoración que de él hace Apiano, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., pág. XIV.

muchas, ni tampoco tiempo para construirlas, agobiado como estaba por el hambre y acosándole de nuevo el pueblo con respecto a la firma de los pactos, al tiempo que se tomaba a broma la guerra por reputarla ilegal. Necesitaba también dinero y no lo tenía, pues los romanos no pagaban sus impuestos ni iban a permitir la utilización de los ingresos que tenía proyectada. Mas, como era hombre hábil en todo momento para percatarse de lo conveniente para él, envió a Mecenas a Antonio [247], a fin de hacerle cambiar de opinión sobre aquellos asuntos que recientemente habían sido objeto de mutuos reproches y de tratar de llevarlos a una alianza. Y si Mecenas no lograba convencerlo, proyectó embarcar la infantería en los barcos de transporte, cruzar hasta Sicilia y, abandonando el mar, entablar la guerra en tierra firme. Mientras se encontraba en un estado tal de abatimiento, le fue comunicado que Antonio estaba de acuerdo en concertar una alianza, y se enteró de una espléndida victoria sobre los galos de Aquitania obtenida bajo el mando de Agripa. Y sus amigos y algunas ciudades le prometieron barcos y se los construyeron.

En consecuencia, Octavio, una vez liberado de su pena, llevó a cabo preparativos navales más espléndidos
93 que los anteriores [248]. Al comienzo de la primavera [249], Antonio navegó desde Atenas hasta Tarento con tres-

[247] Esta embajada debió de tener lugar en el otoño del 38 a. C. La noticia de la misma falta en el resto de la tradición, lo que ha llevado a algunos autores a considerarla inaceptable, sin embargo Gabba no encuentra argumentos válidos para negar su realidad (cf., sobre esta problemática, *Appiani...*, V, su comentario al pasaje).

[248] Estos preparativos duraron desde finales del 38 a. C. hasta finales del 37 a. C. (cf. T. Liv., *Per.* 128; Dión Cas., XLVIII 49, 2-5), y entre ellos destaca la construcción del *portus Iulius*, en Campania, para construir y adiestrar a la flota al resguardo del enemigo (cf. Dión Cas., *ibidem).*

[249] La primavera del 37 a. C.

cientas naves para ayudar como aliado a Octavio [250], tal y como había prometido. Pero este último había cambiado su plan y pospuesto las operaciones hasta tener construidos los barcos. Cuando fue requerido nuevamente y se le hizo saber que las fuerzas de Antonio estaban preparadas y eran suficientes, adujo nuevos motivos de demora, y quedó claro que de nuevo estaba quejoso de algo contra Antonio o que despreciaba su alianza a causa de la abundancia de sus propios recursos. Antonio, aunque estaba irritado, aguardó, no obstante, y lo llamó una vez más, pues estaba mal de fondos, debido a los gastos de la flota, y necesitaba de un ejército italiano para su campaña contra los partos y su idea era cambiarle a Octavio naves por tropas de infantería, pues aunque estaba estipulado en el tratado que cada uno podía reclutar tropas en Italia, ello le iba a resultar difícil, una vez que Italia le había correspondido en lote a Octavio [251]. Así pues, Octavia [252] acudió junto a su hermano para servir de intermediaria entre ambos. Octavio se quejó de haber sido abandonado en los peligros que había sufrido en el Estrecho, y ella le contestó que este asunto había sido explicado por medio de Mecenas. Octavio dijo que Antonio había enviado a su liberto Callias a Lépido para fraguar un pacto con éste en contra suya; pero Octavia replicó que él sabía ya que Callias había sido enviado para tratar una cuestión de bodas,

---

250 Según Dión Casio (XLVIII 54, 1), Antonio viene a Italia para espiar a Octavio, no para ayudarlo, y Plutarco (*Ant.* 35, 1) afirma que vino con intención hostil por lo que algunos rechazan como incierta la noticia sobre la embajada de Mecenas.

251 Cf. n. 193 a este libro sobre el acuerdo de Bríndisi.

252 Según Syme, *The Roman Revolution*, pág. 225 n. 2, el papel de Octavia ha sido embellecido por la tradición áulica (cf. Dión Cas., XLVIII 54, 1 y Plut., *Ant.* 35) claramente hostil a Antonio en estos sucesos; según Gabba, *Appiano...*, pág. 203 n. 3, el papel de Octavia en Apiano es convencer a su hermano de sus errores.

pues Antonio quería casar a su hija[253] con el hijo de Lépido[254], tal como estaba acordado, antes de la expedición contra los partos. Octavia llevó a cabo esta mediación, y Antonio envió también a Callias con el encargo de probar a Octavio, pero este último no lo recibió, sino que le dijo que iría y se reuniría con Antonio entre Metaponto y Tarento, con el río[255] que da nombre a esta ciudad en medio de ellos.

94 Por azar, ambos coincidieron en su llegada al río[256], y Antonio saltó de su carro y embarcó solo en uno de los botes amarrados a la orilla y cruzó hacia Octavio, confiando en él como en un amigo. Octavio, al verle, lo imitó. Se encontraron ambos en mitad del río y discutieron en su deseo de desembarcar en la orilla del contrario. Prevaleció Octavio, porque quería, además, ir a Tarento a visitar a su hermana Octavia. Hizo el viaje con Antonio en el carro de este último, y, en Tarento, prosiguió hasta el lugar de hospedaje de Antonio, sin protección, y descansó durante la noche igualmente sin guardia personal junto a aquél. Al día siguiente, Antonio hizo gala de una demostración similar de confianza. De esta forma hubo entre ellos un cambio continuo, desde las sospechas nacidas por causa de su ambición del mando a las pruebas de confianza motivadas por la necesidad mutua.

95 Octavio postergó su expedición contra Pompeyo para el año próximo. Antonio, sin embargo, no podía esperar a causa de la guerra con los partos, pero, no obstan-

---

253 Hija de Antonio y de su segunda esposa, de nombre Antonia.

254 Sobre su intento de conspiración contra Octavio, cf. *supra,* IV 50. El matrimonio no se efectuó jamás.

255 El río Taras.

256 Sobre la fecha del encuentro hay disensiones, pero suponiendo que las dudas, recelos y mediaciones entre unos y otros llevaran algún tiempo, este encuentro debió de acaecer hacia el verano-otoño del 37 a. C.

te, hicieron un intercambio, Antonio cedió a Octavio ciento veinte naves, que envió de inmediato y las entregó en Tarento, y Octavio prometió enviarle a cambio veinte mil soldados de infantería [257]. Octavia regaló a su hermano, por el favor solicitado de parte de Antonio, diez *fesoles* equipados a la manera de trirremes —combinación de barcos mercantes y de guerra—, y Octavio obsequió a su hermana con mil soldados escogidos para que le sirviesen de guardia personal, a elección de Antonio. Y como el tiempo del mandato decretado por los triunviros estaba expirando [258], se fijaron otro período de cinco años, sin consultar tampoco al pueblo. Así se separaron, y Antonio se apresuró de inmediato hacia Siria dejando a Octavia con su hermano y en compañía de una hija [259], habida ya entre ellos.

Menodoro, entretanto, ya sea porque fuera de natu- 96
ral traicionero, o porque temía la anterior amenaza de Antonio, quien le había dicho que lo castigaría como a un esclavo rebelde, o porque pensaba que había sido tenido en menos estima de la que esperaba, o porque los otros libertos de Pompeyo le hacían continuos reproches por la infidelidad hacia su dueño y lo exhortaban a regresar, ahora que había muerto Menécrates, pi-

---

257 Sobre estos pormenores, cf. Tarn, «Anthony's Legions», *Clas. Quar.* 26 (1932), 75-81, espec. 77; Kromayer, «Kleine Forschungen zur Geschichte des zweiten Triumvirats», *Hermes* 33 (1898), 1-70, espec. 21; Tarn, «The Battle of Actium», *Jour. of Rom. St.* 21 (1931), 173-199, espc. 199; para una valoración general del pacto, cf. M. A. Levi, *Ottaviano capoparte,* II, Florencia, 1933, págs. 70 y sigs. Sobre los comandantes de las flotas, cf. Grant, *From Imperium...,* 43 y sigs. y 52 y sigs., y Broughton, II, pág. 401.

258 En verdad, como se ha dicho antes (v. n. 211), había expirado el 31-XII-38 a. C. Así que el triunvirato estaba en una situación «ilegal».

259 Antonio partió de Italia en el otoño del 37 a. C. La hija era Antonia *maior,* nacida en el 39 a. C. (cf. Groebe, en *RE,* s.v. *Antonius* [*Antonia*], núm. 113). Octavia estaba encinta ya de la segunda hija, que nacería el 31-I-36 a. C.

dió garantías personales y, cuando las hubo obtenido, desertó [260] a Pompeyo con siete naves, sin que Calvisio, el almirante de Octavio, tuviera conocimiento de ello. Por este motivo, Octavio destituyó a Calvisio de su cargo y colocó en su lugar a Agripa.

Cuando la flota estuvo preparada, Octavio llevó a cabo su purificación [261], que se celebra de la siguiente manera. Se levantan altares al borde del mar y la multitud se coloca en torno a ellos, a bordo de las naves, en el más profundo silencio. Los sacerdotes realizan los sacrificios de pie junto al mar y por tres veces llevan las víctimas sacrificiales a bordo de lanchas en torno a la flota, acompañados en su navegación por los generales e imprecando a los dioses que se tornen los malos augurios contra estas víctimas expiatorias en vez de contra la flota. Y troceándolas a continuación, arrojan una parte al mar y otra la colocan sobre los altares y la queman, mientras el pueblo acompaña con su canto. De este modo purifican los romanos a las flotas.

97 Se acordó que Octavio se haría a la mar desde Dicearquía, Lépido desde África, y Tauro [262] desde Tarento, contra Sicilia, para rodearla a la vez por el Este, por el Oeste y por el Sur. El día en que iba a hacerse a la mar Octavio había sido comunicado previamente a todos, y era el día décimo después del solsticio de verano [263], que corresponde, entre los romanos, a las calendas del mes que, en honor del anterior César, lla-

---

260 Tal vez en el invierno del 37 al 36 a. C.

261 Gabba, acepta la tesis de M. Hadas, *Sextus Pompey,* Nueva York, 1930, pág. 123, de que ésta tuvo lugar en el *portus Iulius,* en el 36 a. C. Sobre la *lustratio classis,* cf. Boehm, en *RE,* s.v. *lustratio,* cols. 2.035-2.036.

262 T. Estatilio Tauro, que había sido cónsul sufecto en el 37 a. C., de origen lucano, legado de Calvisio Sabino y el más cercano colaborador de Octavio después de Agripa (cf. Syme, *The Roman Revolution,* pág. 237, y Broughton, II, pág. 403).

263 Día 1 de julio del 36 a. C.

man Julio, en lugar de Quintilio. Octavio había fijado este día pensando que tal vez le sería favorable, debido a que su padre siempre resultó victorioso. Pompeyo situó a Plinio [264] en Lilibeo, con una legión y otro gran número de tropas armadas a la ligera, para hacer frente a Lépido. A su vez, mantuvo bajo custodia toda la costa de Sicilia, al Este y al Oeste, y en especial a las islas Lípara [265] y Cosira [266], para que ni esta última ni aquélla sirvieran a Lépido y Octavio, respectivamente, de fondeaderos y bases navales estratégicas contra Sicilia. La parte mejor de su flota la conservó junta en Mesana [267], a la espera de acudir donde fuera necesario [268].

Tales eran las disposiciones tomadas por cada lado. 98
Cuando llegaron las calendas, todos se hicieron a la mar al amanecer, Lépido, desde África, con mil naves de transporte, setenta navíos de línea y doce legiones de soldados, quinientos jinetes númidas y mucha otra impedimenta; Tauro, desde Tarento, con sólo ciento dos naves de las cientos treinta de Antonio, puesto que las tripulaciones de las restantes habían perecido durante la tempestad, y Octavio, desde Dicearquía, después de haber realizado sacrificios y verter libaciones en el mar desde la nave capitana a los Vientos propicios, a Neptuno procurador de seguridad, y al Mar sin olas para que fueran sus aliados contra los enemigos paternos. Algunos de sus barcos iban en vanguardia y exploraban los

---

264 L. Plinio Rufo, *legatus pro praetore* (cf. BROUGHTON, II, página 405).

265 Perteneciente al archipiélago de las Lípari, al norte de Sicilia, frente a la costa de Brutio.

266 Isla al suroeste de Sicilia, entre esta isla y la costa africana.

267 Mesina.

268 El plan de ataque de Octavio y la defensa de Pompeyo revisten características similares a las del 38 a. C. (cf. n. 233 y 234; HADAS, *Sextus Pompey*, pág. 124, y MILTNER, en *RE*, col. 2.233; para una comparación con el relato de Dión Casio sobre estos hechos, cf. GABBA, *Appiano...*, pág. 201 n. 2, con bibliografía).

entrantes del mar, y Apio[269] con gran número de naves los seguía cubriendo la retaguardia. Al tercer día de la partida, se levantó un fuerte viento del Sur e hizo zozobrar a muchos barcos de transporte de Lépido, pero éste, no obstante, logró anclar en Sicilia y, tras poner cerco a Plinio en Lilibeo, se atrajo a algunas ciudades y a otras las sometió por la fuerza. A su vez, Tauro, cuando empezó a soplar el viento regresó de nuevo a Tarento. Justo cuando Apio costeaba el promontorio de Minerva[270], algunos de sus barcos se hicieron pedazos contra los escollos, otros fueron desviados por la violencia del oleaje, hacia los bajíos y otros fueron dispersados no sin sufrir daño. Al comienzo de la tempestad, Octavio se refugió en el golfo de Elea[271], que estaba resguardado, salvo uno de sus barcos de seis bancos de remos que se estrelló contra los acantilados. El viento del Sur roló al Suroeste y el golfo se agitó, pues estaba abierto al Oeste, y no fue posible ya salir a mar abierto teniendo el viento del golfo en contra, ni aguantaban los remos y las anclas, sino que las naves eran lanzadas unas contra otras o contra las rocas. Y de noche el desastre se tornó todavía más confuso.

99 Cuando, por fin, amainó el temporal, Octavio enterró a los muertos, atendió a los heridos, procuró ropas a los que se habían puesto a salvo a nado y les proporcionó nuevas armas, y a su flota entera la reparó, según pudo, con los medios que tenía a la mano. Quedaron destruidos seis de sus barcos de mayor tonelaje, veintiséis más ligeros y un número mayor aún de la clase «liburnia»[272]. Se dispuso a consumir treinta días en las

---

269 Cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Claudius*, núm. 298.

270 Promontorio que separa el golfo de Nápoles del de Posidonia-Paestum.

271 O Velia (ciudad de la costa de Lucania), se encuentra en una ensenada entre el promontorio Enipeo y el promontorio Palinuro.

272 Cf. *supra*, II 37, e *Iliria* 7, sobre el nombre y tipo de esta naves.

reparaciones citadas, cuando el verano estaba ya en las postrimerías, razón por la cual le pareció lo mejor posponer la guerra hasta el verano siguiente. Sin embargo, como el pueblo sufría por la escasez, varó sus barcos y los reparó con rapidez y despachó las tripulaciones de las naves perdidas para que se incorporaran a aquellas otras vacías de la flota de Tauro. Con objeto de evitar un contratiempo más serio, envió a Mecenas hacia Roma a causa de los que todavía se hallaban sobrecogidos por el recuerdo de Pompeyo el Grande, pues la fama de este hombre aún no había dejado de ejercer su influjo sobre ellos. Octavio, en persona, recorrió las nuevas colonias a través de Italia y disipó sus temores por los recientes sucesos. Cruzó hasta Tarento y pasó revista a la flota de Tauro. Prosiguió viaje a Hiponio, allí arengó a la infantería e imprimió rapidez al equipamiento de las naves. Y estaba ya cercano el momento de la segunda invasión de Sicilia.

Pompeyo, sin embargo, no consideró oportuno apro- 100
vecharse de una ocasión tan propicia a causa de tantos naufragios, y solamente realizó un sacrificio al Mar [273] y a Neptuno y aceptó ser llamado hijo de éstos [274], convencido de que los enemigos habían sido derrotados por dos veces, de este modo, en ese verano con la ayuda de la divinidad. Y se cuenta que él, enorgullecido por estos hechos, también cambió la habitual clámide de los generales romanos de rojo púrpura a azul oscuro, queriendo significarse así como hijo adoptivo de Neptuno. Esperaba que Octavio desistiría, mas cuando se enteró

---

[273] *Thalássē* es interpretado por algunos con Salacia, mujer de Neptuno (cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.)*.

[274] Dión Cas., XLVIII 19, 2, atribuye la adopción de esa paternidad al momento posterior a la batalla en el Estrecho, en el 42 a. C., contra Salvidieno Rufo (cf. *supra*, IV 85); para otros aspectos de la relación entre Pompeyo y Neptuno, cf. Weinstock, en *RE*, s.v. *Neptunus*, cols. 2.528-2.531.

de que estaba construyendo barcos y que iba a emprender una nueva expedición ese mismo verano, le sobrecogió la idea de combatir contra un hombre de espíritu tan indomable y con tales preparativos. Envió a Menodoro con las siete naves que había traído consigo para que reconociera los arsenales de Octavio y le causara cuanto daño pudiese. Pero Menodoro, irritado de tiempo atrás, porque no le había sido concedido el mando de la flota, y al ver que entonces, por sospecha, se le habían confiado sólo los barcos que él trajo, planeó de nuevo la deserción [275].

101 Pensando, no obstante, en realizar previamente una hombrada, en la creencia de que le resultaría útil en cualquier aspecto, distribuyó entre sus compañeros de navegación cuanto oro tenía y cubrió a golpe de remo, en tres días, una distancia de mil quinientos estadios y cayó como un rayo, sin ser visto, contra las naves que tenían la custodia de las que eran construidas por Octavio, y, retirándose hacia una posición oculta, se llevó dos o tres naves de las que estaban de guardia y hundió, apresó o quemó las naves de transporte que llevaban trigo y estaban al ancla o navegaban a lo largo de la costa. Todo se llenó de confusión a consecuencia del golpe de mano de Menodoro, pues Octavio estaba ausente todavía y también Agripa, que había salido a buscar madera. Envalentonado Menodoro, embarrancó de propósito la nave en un banco de arena suave, con desprecio, y fingió que ella estaba atenazada por el fango, hasta que los enemigos se lanzaron a la carrera desde las montañas contra él, como si se tratase de una presa de caza bien dispuesta, y entonces él hizo ciar la nave y partió en medio del chasco de sus adversarios.

---

275 Fuente de estos hechos, para Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, son las *Memorias* de Mesala Corvino (cf., además, n. 243 a este libro).

Una vez que hubo mostrado suficientemente qué clase de amigo y enemigo podía ser, liberó a Rébilo[276], un senador que había hecho prisionero, pues tenía puesto ya su pensamiento en el futuro. En su anterior 102
deserción había trabado amistad con Mindio Marcelo[277], uno de los compañeros de Octavio, y Menodoro le dijo a los suyos que el tal Mindio planeaba la deserción y la traición a su partido. Entonces se acercó a los enemigos e invitó a Mindio para que se reuniera con él en una isleta con objeto de celebrar una conferencia. Cuando tuvo lugar el encuentro, le dijo, sin que ningún otro lo oyera, que había desertado a Pompeyo por los ultrajes recibidos de parte del almirante de entonces, Calvisio, pero que, como Agripa había tomado el mando de la flota, estaba dispuesto a regresar junto a Octavio, ya que no le había hecho nada, si Mindio le traía garantías personales de parte de Mesala que era el sustituto en el mando en ausencia de Agripa. Añadió que, a su regreso, repararía con brillantes hechos de armas el daño anterior, pero que hasta tener las garantías seguiría castigando de igual modo a las fuerzas de Octavio, a fin de evitar sospechas. Y así lo hizo de nuevo. Mesala dudó ante una propuesta vergonzante, pero cedió, sin embargo, sea porque pensara que estas cosas eran gajes necesarios de la guerra o bien porque se adelantó a prever y conjeturar la decisión de Octavio. Así pues,

---

276 En BROUGHTON, II, pág. 376, figura como legado o lugarteniente de Sexto Pompeyo en Sicilia entre el 40 a. C. y 36 a. C. Según SYME, *The Roman Revolution*, pág. 236, n. 1, sería hijo de G. Caninio Rébilo, cónsul sufecto en el 45 a. C. (para éste, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Caninius*, núm. 9, y Suppl. I, col. 274).

277 Según SYME, *op. cit.*, pág. 132, n. 1, se trata de M. Mindio Marcelo, oriundo de la ciudad de Velitra, en donde se conserva una inscripción (cf. *SEG* 4, 102 = *Anné Épigr.* 1.925, núm. 93) en que aparece como *praefectus classis* (cf., además, BROUGHTON, II, pág. 405). Seguidor de Octavio, se había enriquecido con las confiscaciones.

Menodoro desertó nuevamente y, arrojándose a los pies de Octavio, le pidió perdón sin exponerle las razones de su anterior huida. Él le concedió su seguridad personal a causa de las garantías dadas, pero le hizo vigilar en secreto; a los capitanes de sus trirremes, sin embargo, los dejó ir libremente por donde quisieran.

103 Cuando la flota estuvo dispuesta, Octavio se hizo de nuevo a la mar y, arribando a Hiponio, ordenó a Mesala que cruzara con dos legiones de infantería hasta Sicilia para unirse al ejército de Lépido, y que atravesara hasta el golfo que está delante de Tauromenio y anclara allí [278]. Envió tres legiones a Estilis en el extremo del Estrecho, para que estuvieran a la espera de los acontecimientos, y ordenó a Tauro que costeara, desde Tarento, hasta el monte Escilacio [279], que está frontero a Tauromenio. Tauro así lo hizo, preparado para combatir y remar a la vez; lo acompañaba su infantería, en tanto que la caballería exploraba la costa y las liburnias el mar. Octavio, mientras Tauro se hallaba entregado a estas operaciones, avanzando desde Hiponio se presentó en Escilacio y, después de dar su aprobación al buen orden de las fuerzas, retornó a Hiponio. A su vez, Pompeyo, según he dicho [280], mantenía bajo custodia todos los puntos de desembarco de la isla y retenía sus naves en Mesana, para que acudieran en auxilio allí donde hiciera falta.

104 Mientras ellos se hallaban en tal estado de preparación, nuevamente las naves de transporte llevaban a Lépido, desde África, las cuatro legiones que restaban de su ejército. A éstas les salió al encuentro en alta mar

278 Sobre el plan de Octavio y la interpretación del pasaje, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

279 Escilacio está en la costa oriental del Brutio, sobre el mar Jonio (cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, para las hipótesis propuestas).

280 Cf. cap. 97.

Papias[281], un capitán de Pompeyo, y las destruyó después que lo habían recibido como amigo, pues pensaron que eran barcos de Lépido que les salían al encuentro. Lépido envió a sus barcos demasiado tarde, y las naves de transporte posteriormente, ante la proximidad de estos barcos, tomándolos por otros navíos enemigos, huyeron; así que algunos fueron incendiados, otros capturados, otros hundidos y otros regresaron a África. Dos legiones perecieron en el mar y a los que de éstos trataron de escapar a nado, Tisieno[282], el lugarteniente de Pompeyo, les dio muerte cuando alcanzaron la orilla. Las otras legiones restantes reembarcaron para unirse a Lépido, unos de inmediato, y otros, algún tiempo después. Papias navegó de vuelta junto a Pompeyo.

Octavio navegó desde Hiponio con toda la flota 105
hasta Estróngila[283], una de las cinco islas de Éolo[284], tras una previa exploración del mar por su parte. Al ver una gran cantidad de tropas en la costa de Sicilia que tenía frente a él, en Peloria[285], en Milas[286] y en Tíndaris, dedujo que estaba presente allí el propio Pompeyo, así que encargó a Agripa del mando operacional de esta zona, y él navegó de regreso a Hiponio y, desde aquí, partió a toda prisa al campamento de Tauro en

---

281 Parece ser un doblete para Demócares, el almirante de Pompeyo, adversario de Lépido en Dión Cas., XLIX 8, 2. En los caps. sigs., 105-108, en los se que describe la batalla de Milas, aparece nombrado como Demócares, y después siempre Papias. El porqué de este hecho no está claro (cf., más detalles, en Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, y Broughton, II, 394).

282 Sobre él, cf. n. 129 a este libro.

283 Hoy Estrómboli, la más septentrional de las Lípari.

284 Nombre con el que se conoce también al archipiélago de las Lípari (cf. Tucídides, III 88, 2).

285 Promontorio en el extremo nororiental de Sicilia (hoy Capo di Faro).

286 Fondeadero en el borde nororiental de Sicilia (hoy Milazzo).

compañía de Mesala con tres legiones, a fin de capturar a Tauromenio, mientras todavía se hallaba ausente Pompeyo, y para atacarle desde dos frentes. En consecuencia, Agripa navegó desde Estróngila a Hiera [287] y, como la guarnición de Pompeyo no le ofreció resistencia, se apoderó de la isla de Hiera, y al día siguiente se dispuso a atacar en Milas a Demócares, el lugarteniente de Pompeyo, que tenía cuarenta barcos. Pompeyo, a su vez, observando la actitud violenta de Agripa envió a Demócares otros cuarenta y cinco barcos bajo el mando del liberto Apolófanes, y él mismo los siguió con otros setenta.

106 Agripa, antes del amanecer, levó anclas desde Hiera con la mitad de sus barcos, con idea de sostener un combate naval con Papias solamente [288]. Sin embargo, una vez que vio las naves de Apolófanes y las setenta al otro lado, notificó de inmediato a Octavio que Pompeyo estaba en Milas con la mayor parte de su flota. Entonces él situó sus barcos de más tonelaje en el centro e hizo venir a toda prisa al resto de la flota desde Hiera. Los preparativos por una y otra parte eran todos magníficos y las naves llevaban torretas a popa y a proa. Una vez que se llevaron a cabo las exhortaciones de rigor y que se izaron las enseñas en cada nave, se atacaron mutuamente, unos de frente, otros por el flanco con vistas a una maniobra envolvente, y en uno y otro caso acompañados de gritos y del fragor de las naves que provocaban muy diversa consternación. Las embarcaciones de Pompeyo eran más cortas y ligeras, y rápidas para el ataque y la navegación en círculo, las de Octavio, en cambio, era mayores y más pesadas y, por ello,

[287] La más meridional de las Lípari, también se la conoce como Termesa. Era la más próxima a Sicilia y una base de operaciones ideal contra esta isla.

[288] Dión Cas., XLIX 2, 2 ss., reproduce la batalla con características similares a las de Apiano.

más lentas también, pero más fuertes, sin embargo, para embestir y con mayor resistencia para sufrir daño. En cuanto a las tripulaciones, las de Pompeyo eran más marineras que las de Octavio, pero estas últimas eran más fuertes. En consecuencia, las primeras eran superiores no en los choques frontales, sino solamente en las maniobras de envolvimiento, y rompían las palas de los remos de las embarcaciones mayores o sus gobernalles, o cortaban los remos o separaban totalmente a las naves y les causaban tanto daño como el espolón en un ataque frontal. Los navíos de Octavio las perforaban con sus espolones, puesto que eran de mayor tamaño, o las sacudían y rompían en pedazos; y cada vez que las abordaban, les disparaban desde lo alto, al ser las otras más bajas, y les lanzaban más fácilmente los cuervos[289] o las manos de hierro. Los de Pompeyo, cuando eran desbordados, se lanzaban al mar y las embarcaciones auxiliares de éste, que merodeaban alrededor, los recogían. Agripa se lanzó totalmente en línea recta contra 107
Papias y, tras embestirle por debajo de la proa, sacudió la nave y le abrió una vía de agua en la bodega. La violencia del impacto despidió a los que estaban en las torres y el mar penetró de golpe en el interior del barco, y todos los bancos de remeros inferiores quedaron copados, pero los otros rompieron la cubierta y escaparon a nado. Papias hizo trasbordo a otra embarcación que estaba al costado de su barco y regresó de nuevo a la batalla. Pompeyo, al ver desde una montaña que sus barcos obtenían poco provecho y que clareaban sus tripulaciones cada vez que iban al abordaje, y además, que otra flota de refresco para Agripa navegaba desde

[289] El *corvus* era un garfio de abordaje que se lanzaba a distancia para trabar la nave enemiga. Las *manus ferreae* también eran garfios de abordaje, pero de cinco puntas, como los dedos de una mano, de ahí su nombre (cf., además, n. 236).

Hiera, dio la señal de retirarse en buen orden. Y así lo hicieron, atacando y retirándose en todo momento poco a poco. Agripa persistió en su acoso, y ellos se refugiaron no en la playa, sino entre los bajíos formados en el mar por los aluviones del río.

108 Como los pilotos de Agripa[290] impidieron a éste que se adentrara con barcos de gran calado en aguas poco profundas, permaneció al ancla en el mar abierto con la intención de bloquear a los enemigos y celebrar una batalla naval nocturna, si era necesario. Sin embargo, sus amigos le aconsejaron que no se dejara llevar de un impulso irreflexivo ni agotara a su ejército por la falta de sueño y el esfuerzo, ni confiara en un mar muy tormentoso, así que, a regañadientes, se retiró, a la caída de la tarde. Las fuerzas de Pompeyo pusieron rumbo a sus puertos, tras haber perdido treinta de sus barcos y hundido cinco navíos enemigos, y habiendo causado otros daños de consideración, así como sufrido otros semejantes. Pompeyo los felicitó por haberse medido con unas naves de tal envergadura y les dijo que ellos habían combatido contra muros más que contra barcos, los recompensó como si hubieran vencido y los animó a que confiaran en que en el Estrecho, a causa de la corriente, serían superiores, por ser ellos más ligeros, y añadió también que elevaría algo la altura de sus naves.

Tal fue el desenlace de la batalla naval de Milas
109 entre Agripa y Papias. Pero Pompeyo, sospechando, como era en efecto, que Octavio se había ido al campamento de Tauro y trataría de atacar Tauromenio, inmediatamente después de la cena puso proa a Mesana, ha-

290 El relato de Dión Casio (XLIX 4) es algo diferente, en este punto, del de Apiano. Según él, Agripa no persistió en su ataque ni tuvo intención de hacerlo y añade que algunos dicen que ni quiso despertar la envidia de Octavio consiguiendo un triunfo demasiado aplastante.

biendo dejado una parte de su flota en Milas para que Agripa creyera que él seguía todavía allí. Agripa, tras dar un breve descanso a su ejército, navegó con cuanta rapidez pudo hacia Tíndaris, que parecía proclive a ceder. Y penetró en el interior, pero la guarnición se defendió luchando con bravura y fue rechazado. En cambio, otras ciudades abrazaron su causa y aceptaron guarniciones, y él regresó a Hiera. Entretanto, Octavio había navegado desde Escilacio hasta Leucopetra [291], cuando supo con mayor certeza aún que Pompeyo se había trasladado desde Mesana a Milas a causa de Agripa. Y se dispuso a atravesar de noche el Estrecho desde Leucopetra hasta Tauromenio. Mas, al enterarse de la batalla naval, cambió de opinión, por estimar impropio de un vencedor ocultar la travesía y no hacerlo a plena luz del día y confiado con su ejército, pues estaba absolutamente convencido todavía de que Pompeyo permanecía frente a Agripa. Por consiguiente, cuando hubo inspeccionado la superficie del mar, de día, desde las montañas y se percató de que estaba limpio de enemigos, se hizo a la mar con cuantas tropas cabían en las naves, dejando a Mesala al mando del resto hasta que las naves regresaran a por él. Una vez que arribó a Tauromenio, envió emisarios para exigir la rendición; mas, como la guarnición no los admitió, prosiguió la navegación hasta el río Onobalas [292] y el santuario de Venus [293] y ancló junto al templo de Arquegeta [294], el dios de los naxios, con la intención de ubicar allí el campamento y atacar Tauromenio. El Arquegeta es una pequeña es-

---

[291] Promontorio en el extremo suroccidental de Italia, frente a Tauromenio (hoy, Capo dell'Armi).

[292] Cf. ZIEGLER, en *RE*, s.v. *Onobalas*.

[293] *Ibid.*, s.v. *Naxos*, núm. 4, col. 2.078.

[294] TUCÍDIDES, VI 3, 1, menciona también un altar de Apolo Arquegeta erigido en la isla de Naxos.

tatua de Apolo que erigieron los primeros naxios emigrados a Sicilia [295].

110 Allí, mientras desembarcaba, Octavio resbaló y cayó, pero se levantó por sí mismo. Cuando se encontraba aún disponiendo el campamento, se presentó Pompeyo con una gran flota, espectáculo sorprendente e inesperado, pues se creía que él había sido derrotado por Agripa. En su ataque apoyaba a Pompeyo la caballería, que rivalizaba con la flota en la rapidez de maniobra, y la infantería se mostraba desde otro lugar, de manera que todos quedaron aterrados, al encontrarse en medio de tres ejércitos enemigos, y también tuvo miedo Octavio, pues no podía enviar a buscar a Mesala. Los jinetes de Pompeyo, en efecto, atacaron a los hombres de Octavio, mientras construían las fortificaciones del campamento. Y si la flota y la infantería hubieran atacado simultáneamente con la caballería, tal vez Pompeyo hubiera culminado una gran victoria, pero la realidad fue que, por su falta de experiencia en la guerra, por su ignorancia del desconcierto existente entre los soldados de Octavio y por su duda de comenzar la batalla a la caída de la tarde, una parte de sus tropas anclaron junto al cabo Coccino [296], y la infantería no juzgó conveniente acampar cerca de los enemigos y se retiró a la ciudad de Fénix [297]. Y aquella noche, mientras ellos descansa-

---

[295] Naxos había sido la primera colonia griega en Sicilia (734 a. C.), fue destruida en el 403 a. C. y resurgió en el 358 a. C. sobre la colina próxima. Estaba al sur de Tauromenio y a corta distancia de esta ciudad (cf. Ziegler, *art. cit.*, cols. 2.072-2.073). Apiano parece aludir aquí a una colonización de la Naxos siciliana, a cargo de naxios oriundos de la isla de Naxos, pero, por lo que sabemos, los colonos eran calcidios, y tan sólo Helánico (cf. Jacoby, *Fr. Gr. Hist.*, fr. 82) recuerda una participación conjunta de los naxios (cf. Ziegler, *art. cit.*, cols. 2.066-67 y 2.077).

[296] Cf. Ziegler, en *RE*, s.v. *Kokkynos*, sólo citado en Apiano. Tal vez deba identificarse con el cabo San Andrea o San Alesio.

[297] Cf. Ziegler, *ibid.*, s.v. *Phoinix*, núm. 20, identificada con segu-

ban, los soldados de Octavio acabaron la fortificación del campamento, pero quedaron inútiles para la batalla a causa del trabajo y la falta de sueño. Estas tropas consistían en tres legiones, quinientos jinetes sin caballos, mil soldados de tropa ligera, dos mil colonos que servían como aliados sin enrolamiento y, además, su flota.

111 Octavio puso toda la infantería a las órdenes de Cornificio, y le encargó que rechazara a los enemigos en tierra y actuara conforme a lo que la situación exigiera. Él, por otra parte, antes del amanecer se hizo a la mar con las naves hacia mar abierto, por temor a que los enemigos lo encerraran por este lado. Dio a Titinio [298] el mando del ala derecha, y a Carisio [299] el de la izquierda, y él en persona embarcó en una liburnia y navegó alrededor de toda la flota animando a todos. Después de esto, y como era costumbre en ocasiones de máximo peligro, arrió las insignias de general. A su vez, Pompeyo se había hecho a la mar contra él y por dos veces se atacaron mutuamente y la batalla finalizó con la noche [300]. Los barcos de Octavio resultaron capturados o incendiados; algunos izaron sus velas pequeñas y huyeron hacia Italia, despreciando las órdenes recibidas; a ellos los siguieron a corto trecho las naves de Pompeyo, pero después volvieron contra las restan-

---

ridad con Tamaricios o Palma, ciudad mencionada en el *Itin. Ant.* 87, 1, situada a 20 millas de Mesina y a 15 de Tauromenio.

298 Cf. Ziegler, en *RE*, s.v. *Titinius*, núm. 4; Broughton, II, página 405.

299 Tal vez P. Carisio, legado de Octavio en España (cf. Syme, *The Roman Revolutión*, pág. 236, n. 1), aunque Groag, en *RE*, s.v. *Carisius*, núm. 1, no menciona su participación en esta guerra, sí, en cambio, Broughton, II, pág. 404, quien lo menciona como comandante del ala izquierda de la flota de Octavio en Tauromenio y, sin embargo, no alude a su legación en España.

300 Véanse pormenores sobre esta batalla en Hadas, *Sextus Pompey*, págs. 135 y sigs., y Miltner, en *RE*, col. 2.238.

tes y, de éstas, capturaron igualmente a algunas y a otras las quemaron. Y, de aquellos miembros de sus tripulaciones que alcanzaron la orilla a nado, algunos recibieron la muerte o fueron apresados por la caballería de Pompeyo; otros intentaron ganar el campamento de Cornificio, y éste los socorrió[301] cuando estaban cerca, enviándoles tan sólo a las tropas ligeras, pues no le parecía oportuno poner en movimiento a sus legiones, que tenían la moral baja, teniendo enfrente la infantería enemiga con elevada moral, como era lógico, por su victoria.

112 Octavio permaneció gran parte de la noche entre sus barcos de servicio, en duda sobre si regresar junto a Cornificio a través de un número tan grande de pecios o refugiarse con Mesala, pero la providencia le desvió hasta el puerto de Abala[302] con sólo uno de su guardia personal, sin amigos, ni asistentes, ni siervos. Algunas personas que bajaron desde las montañas para informarse de lo ocurrido, lo encontraron ajado de cuerpo y espíritu y lo trasladaron, cambiándole de un bote de remo a otro, para que pasara desapercibido, hasta el campamento de Mesala que no estaba lejos. Octavio, de inmediato, sin haber recibido asistencia aún, envió una nave liburnia a Cornificio y despachó mensajeros por las montañas a todos los lugares con la noticia de que él estaba a salvo, y ordenó a todas sus tropas que ayudaran a Cornificio, y él mismo le escribió diciéndole que le enviaría auxilio al punto. Después de atender a su cuerpo y descansar un poco, partió esa noche, acompañado por Mesala, para Estilis, lugar donde Carrina tenía tres legiones dispuestas para embarcar, y le ordenó a éste que cruzara al otro lado, donde también él se disponía a ir en breve. Además, escribió a Agripa y

---

301 Sigo la corrección aceptada por GABBA, *epekoúrei* en vez de *epekheírei* (cf. apart. crit. de su edición).

302 No está identificado. GABBA piensa que habría que situarlo en la costa del Brutio, frente a Sicilia (cf. com. *ad loc.).*

le ordenó que enviara rápidamente a Laronio [303] con un ejército para socorrer a Cornificio que estaba en peligro, y de nuevo envió a Mecenas a Roma a causa de los revolucionarios, algunos de los cuales, que estaban incitando a la rebelión, fueron castigados. También envió a Mesala a Dicearquía para atraer a Hiponio a la primera legión [304].

Este Mesala [305] era el mismo al que los triunviros 113
proscribieron en Roma y por cuya muerte se habían ofrecido públicamente dinero y libertad como recompensa. Mas él huyó junto a Casio y Bruto, y después de la muerte de éstos, entregó su flota a Antonio en virtud de un pacto. Me pareció conveniente traer al recuerdo este hecho, ahora, en honor y loa de la *virtus* romana, a propósito de Mesala, quien tuvo a su merced solo y en una situación de infortunio tan grande a su proscriptor y, sin embargo, lo cuidó como a su general y lo salvó.

Cornificio pudo rechazar a sus enemigos del campamento con facilidad, pero, como corría peligro por la falta de aprovisionamiento, se desplegó en orden de batalla e incitó a combatir al enemigo. Sin embargo, Pompeyo no quiso trabar combate con unos hombres que cifraban sus esperanzas tan sólo en la lucha y esperó a reducirlos por hambre. En consecuencia, Cornificio se puso en ruta [306], habiendo colocado en el centro a los soldados que se habían refugiado con él proceden-

---

303 Q. Laronio, cf. LIEBEN, en *RE*, s.v. *Laronius*, núm. 2; SYME, *The Roman Revolution*, pág. 337, n. 2, y BROUGHTON, II, pág. 404.

304 Sobre el cambio de estrategia de Octavio, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, que sigue a A. AIELLO, *Il nuovo piano di attaco del Triumviro Ottaviano alla Sicilia dopo la rotta di Tauromenio*, Catania, 1893, págs. 17 y sigs.

305 Cf. n. 31 al libro IV. Sobre los hechos a los que aquí se alude, cf. *supra*, IV 38 y 136.

306 Para la retirada de Cornificio, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.* Estos hechos son narrados también por DIÓN CAS., XLIX 6, 1 ss., en forma menos expresiva y más convencional que Apiano.

tes de las naves y que carecían de armas, gravemente expuesto a los ataques de la caballería en el terreno abierto y, en los lugares escarpados, a los disparos de las tropas ligeras y de rápida maniobra númidas y africanas, que disparaban desde grandes distancias y se batían en retirada ante la carga de los enemigos.

114 Al cuarto día llegaron con dificultad a una zona sin agua, de la que se decía que una corriente de fuego, descendiendo en otro tiempo desde la montaña hasta el mar, la inundó y secó todas las fuentes que había en ella. Los lugareños hacían el viaje por este paraje sólo de noche, porque, desde aquel tiempo, emanaba de ella un calor asfixiante y estaba llena de polvo de ceniza. Sin embargo, Cornificio y sus tropas no se atrevían a aventurarse en la noche, en especial en una noche sin luna [307], a causa de su desconocimiento de las rutas y por temor a una emboscada, ni tampoco soportaban el viaje de día, pues se asfixiaban y quemaban las plantas de los pies, al ser la época más calurosa del estío, en especial los que iban descalzos. Mas, como no podían demorarse, debido al tormento de la sed, no hicieron frente ya a ninguno de los que les disparaban, sino que se dejaron herir sin protegerse con nada. Y una vez que vieron que otros enemigos habían ocupado la salida de aquella zona tórrida, los que tenían fuerzas se despreocuparon de los más débiles y de los descalzos, y se lanzaron hacia el desfiladero con osadía extraordinaria y forzaron el paso entre los enemigos con lo que les restaba de fuerza. Pero, cuando también se encontraron ocupados los desfiladeros siguientes, perdieron todas sus esperanzas de salvación y se abandonaron a morir de sed, de calor y de fatiga. Cornificio, no obstante, les infundió nuevos bríos al mostrarles que había una fuente

[307] Según DRUMANN-GROEBE, *Gesch. Romans.*, IV, pág. 583, n. 5, se trataría de la luna nueva del 15 de agosto del 36 a. C.

cercana y, de nuevo, forzaron el paso, aun a costa de sufrir numerosas bajas, pero otros enemigos ocupaban la fuente y, entonces ya, los hombres de Cornificio fueron presa del desánimo absoluto y se entregaron por completo.

En un estado tal de desesperación, divisaron desde 115
lejos a Laronio, que había sido enviado por Agripa con tres legiones, aunque aún no estaba claro que fuera un amigo; pero, como abrigaban en todo momento la esperanza de que ocurriera algo tal, de nuevo recobraron ánimos. Y tan pronto como vieron que los enemigos abandonaban el agua para no quedar entre dos fuegos, gritaron de júbilo con todas sus fuerzas, y, al corresponderles el ejército de Laronio, se apoderaron a la carrera de la fuente. Los jefes impidieron que bebieran de golpe, y aquellos que les desobedecieron murieron al tiempo que bebían.

De esta forma inesperada, Cornificio y la parte de su ejército que había sobrevivido se salvaron junto a
Agripa en Milas[308]. Agripa, a su vez, acababa de apode- 116
rarse de Tíndaris, una plaza fuerte llena de provisiones y muy bien dotada por la naturaleza para la guerra en el mar. Allí transportó Octavio su infantería y caballería. En total tuvo en Sicilia veintiuna legiones de infantería, veinte mil jinetes y más de cinco mil soldados de tropa ligera. La ciudad de Milas y todo el litoral, desde Milas hasta Nauloco[309] y Pelorio, estaba en posesión de la guarniciones de Pompeyo, las cuales, por temor, en especial, a Agripa, mantenían continuamente encendido el fuego con idea de quemar el barco que les atacase. También dominaba Pompeyo los desfiladeros de ambos lados de la isla, e interceptó con tropas los pasos de

[308] Hay que entender esta expresión como en los alrededores de Milas, pues esta localidad estaba, según se dice en el capítulo siguiente, en manos de Pompeyo.

[309] Fondeadero entre Milas y Pelorio.

montaña en las cercanías de Tauromenio y alrededor de Milas. Hostigó a Octavio cuando avanzaba desde Tíndaris, pero sin que llegara a trabar combate. Al creerse que Agripa navegaba hacia Pelorio, Pompeyo trasladó su campamento, dejando los desfiladeros de alrededor de Milas. Y Octavio los ocupó, así como Milas y Artemisio [310], un villorrio muy pequeño en el que se dice que estuvieron las vacas del Sol y donde tuvo lugar el sueño de Ulises [311].

117 Cuando la creencia de la venida de Agripa se reveló falsa, Pompeyo se lamentó por la pérdida de los desfiladeros y llamó en su ayuda a Tisieno con el ejército. Octavio intentó salirle al paso a Tísieno, pero extravió el camino en las cercanías del monte Miconio [312], donde pasó la noche sin tiendas. Se desencadenó un fuerte aguacero, como suele ocurrir en la época otoñal, y algunos de sus escuderos sostuvieron durante toda la noche un escudo galo sobre su cabeza. Se oyeron, además, sordos rugidos y mugidos prolongados del monte Etna acompañados de relámpagos que iluminaban al ejército, hasta el punto de que los germanos saltaron de sus lechos, presa de terror, y otros que habían oído las cosas que se decían sobre Etna, no les parecía increíble, a la vista de tan grandes portentos, que se abatiera contra ellos incluso la corriente de lava. Después de esto, Octavio devastó el territorio de los palestenos [313], y allí se le unió Lépido que andaba recogiendo trigo, y ambos acamparon juntos en Mesana.

---

310 Al sur de Milas y muy próximo a ella. Para las maniobras de ambos ejércitos, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

311 Cf. Homero, *Od.* XII 260 ss.

312 Según Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, se trataría del monte que domina el pueblo de Montalbano d'Elicona.

313 De identificación difícil. Se han propuesto diversas correcciones al texto. Gabba, *ibid.*, com. *ad loc.*, piensa que, en todo caso, este territorio estaría en la base de las estribaciones noroccidentales del Etna, entra Bronte y Randazzo.

Sin embargo, como por toda Sicilia menudeaban las 118
escaramuzas, pero no tenía lugar ninguna acción importante, Octavio envió a Tauro para que cortara el suministro de provisiones a Pompeyo y empezara por apoderarse de las ciudades que le abastecían. Y Pompeyo, presionado, sobre todo, por este hecho, decidió arriesgar en una gran batalla la suerte de todo. Mas, como no tenía la infantería de Octavio y, en cambio, confiaba plenamente en sus naves, envió una misiva a Octavio y le preguntó si aceptaba que la guerra se decidiese en un combate naval. A Octavio le horrorizaba todo lo relativo al mar, pues hasta aquel momento no le había resultado propicia la experiencia en él, pero como le parecía vergonzoso rehusar aceptó. Fijaron ambos un día [314] en el que estuvieran preparadas trecientas naves por cada una de las partes, provistas de toda clase de proyectiles, de torres y de cuantas máquinas pudieran idear. Agripa ideó el llamado «arpón» [315], un astil de madera de cinco codos de largo, recubierto de hierro y con aros en cada uno de los extremos; a uno de estos aros estaba sujeto el «arpón» propiamente dicho, un garfio de hierro, y al otro muchos cables que tiraban del «arpón» por medio de máquinas, cuando éste, lanzado por una catapulta, había hecho presa en la nave enemiga.

Cuando llegó el día señalado [316], hubo en principio 119
gritos de rivalidad entre los remeros, acompañados del

---

[314] El 3 de septiembre del 36 a. C. (cf. Degrassi, *Inscr. Italiae*, XIII, 2, pág. 205). El lugar fue entre Milas y Nauloco (cf. Suet., *Aug.* 16, 1, e *infra*, V 121).

[315] *Harpago* (cf. n. 236). La importancia de este artilugio consistía en la posibilidad de lanzarlo desde gran distancia y en su revestimiento metálico.

[316] Nuevamente tendríamos aquí, según Gabba, un relato proveniente de una fuente autóptica, en relación con el de Dión Cas., XLIX 9, 1-10), que, ciertamente, resulta convencional y tucidídeo. Otros testimonios sobre esta batalla en T. Liv., *Per.* 129; Vel., II 79, 5; Floro, II 18, 7, y Oros., VI 18, 29.

lanzamiento de proyectiles, por medio de máquinas y manualmente, consistentes en piedras, dardos incediarios y flechas. Luego ya, las propias naves arremetieron unas contra otras, algunas lo hicieron contra los costados, otras contra la proa y otras contra las rostras, lugar donde los golpes son especialmente violentos hasta el punto de dar en cubierta con los tripulantes y dejar inútil al navío. Otras naves forzaron el paso entre las opuestas a ellas disparando proyectiles y flechas, y los barcos auxiliares recogían a los que caían por la borda. Los soldados combatían; marineros y pilotos derrochaban energías y técnica, respectivamente; los generales exhortaban a sus hombres, y todas las máquinas estaban funcionando. El puesto de honor era, en especial, para el «arpón», pues a causa de su poco peso era arrojado desde mucha distancia contra los barcos y se quedaba clavado, sobre todo, cuando tiraban hacia atrás de él por medio de cables. Y no resultaba fácil de cortar por aquellos que recibían su impacto, debido a su revestimiento de hierro, al tiempo que su misma longitud ponía a los cables fuera del alcance de quienes intentaban cortarlos. Tampoco se conocía previamente este artilugio como para tener pértigas provistas de guadañas. Sólo se les ocurrió una cosa ante esta situación inesperada, ciar la nave y tirar en sentido contrario, pero como los enemigos hacían también la misma maniobra la fuerza de los hombres quedaba equilibrada y el «arpón» realizaba su trabajo.

120 En consecuencia, cada vez que las naves se abordaban, se producía toda clase de lucha, saltaban unos sobre otros y ya no era igualmente fácil distinguir al enemigo, pues por lo general usaban las mismas armas y casi todos hablaban la lengua latina, y las contraseñas se intercambiaban entre ambos bandos mientras estaban entremezclados unos con otros. A causa de lo cual, sobre todo, tuvieron lugar numerosos engaños y de di-

verso tipo entre ambas partes y sobrevino una desconfianza hacia los que pronunciaban las contraseñas, y además no se reconocían unos a otros, como suele ocurrir en la guerra y en el mar lleno de cadáveres, armas y pecios; pues nada les faltó por probar excepto el fuego, del cual se abstuvieron después del primer ataque a causa de los abordajes. La infantería de cada ejército tenía los ojos puestos en el mar desde tierra firme, con temor y ansiedad, en la idea de que ellos ponían las esperanzas sobre su seguridad personal en esta batalla. Ciertamente, nada eran capaces de distinguir, ni aun escudriñando con la máxima atención, excepto a seiscientas naves desplegadas en una larguísima línea y gritos de lamentos provenientes de una y otra parte alternativamente.

Finalmente, con dificultad, a partir de los colores 121
de las torres, que eran el único medio por el que se diferenciaban entre sí, Agripa[317] comprendió que habían sido destruidos mayor número de barcos de Pompeyo y espoleó a los que estaban con él, como si ya hubieran vencido. Entonces, de nuevo, atacó a los enemigos y persistió en su ataque incansablemente, hasta que, desbordados los que en especial estaban apostados frente a él, arrojaron las torres y, haciendo virar las naves, se dirigieron hacia el Estrecho. Tuvieron tiempo de escapar hacia allí diecisiete naves. Las restantes fueron interceptadas por Agripa y algunas encallaron en la costa, al ser perseguidas, y sus perseguidores, debido al impulso, también encallaron con ellas, y o bien tiraron de las mismas para poner a flote a las varadas, o las incendiaron. Los que aún luchaban en alta mar, al ver lo sucedido a su alrededor, se entregaron a los enemi-

317 El verdadero artífice de la victoria, pues Octavio ni siquiera es mencionado durante la batalla (cf., además, *De vir. ill.* 84, 4; Suet., *Aug.* 16, 2; Vel., II 81, 3, y Dión Cas., XLIX 14, 4).

gos. Entonces la flota de Octavio lanzó un alarido de victoria en el mar y la infantería les respondió desde tierra firme. A su vez, las tropas de Pompeyo prorrumpieron en lamentos, y él mismo partió desde Nauloco y se apresuró hacia Mesana sin haber dado ningún tipo de órdenes a la infantería a causa del pánico. Por esta razón, Octavio recibió también la rendición de ésta, bajo acuerdo, de manos de Tisieno, además de la caballería rendida por sus propios oficiales. En la batalla se hundieron tres naves de Octavio y veintiocho de Pompeyo, y el resto fue incendiado o capturado o se hizo pedazos al embarrarcar en la costa. Sólo consiguieron escapar las diecisiete mencionadas.

122 Pompeyo se enteró de la defección de su infantería, mientras se encontraba de viaje, y cambió su ropa de general por la de un paisano y envió órdenes a Mesana de que embarcaran en las naves cuando fuera posible. Pues todo estaba ya preparado desde hacía mucho tiempo. Hizo venir a toda prisa a Plinio desde Lilibeo con las ocho legiones que tenía, con la idea de huir con éstas [318]. Y Plinio se apresuró a su encuentro; mas, como otros amigos, guarniciones y soldados estaban desertando y los enemigos navegaban hacia el Estrecho, Pompeyo ni siquiera aguardó a Plinio en su ciudad perfectamente fortificada, sino que huyó desde Mesana con las diecisiete naves al lado de Antonio, puesto que, en otro tiempo, había salvado a la madre de éste en circunstancias similares. Plinio arribó a Mesana y, al no encontrarle, ocupó la ciudad. Octavio, a su vez, permaneció en su campamento de Nauloco, pero ordenó a Agripa que pusiera cerco a Mesana, lo cual hizo este último en compañía de Lépido. Plinio envió emisarios para tra-

[318] Sobre la problemática que plantean las operaciones de Plinio tal como aparecen en el texto de Apiano, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

tar de las condiciones de paz, y Agripa se mostró partidario de aguardar la llegada de Octavio al día siguiente, pero Lépido les garantizó las condiciones de paz, y, con la intención de apoderarse del ejército de Plinio, permitió que se unieran con el otro ejército en el saqueo de la ciudad.

Y los soldados, al encontrarse con una ganancia inesperada, además de la seguridad personal, única cosa por la que precisamente habían suplicado, saquearon Mesana durante la noche entera junto con las tropas de Lépido y se pusieron a las órdenes de éste. Lépido, que, con 123
este refuerzo llegó a tener veintidós legiones[319] de infantería y un gran número de jinetes, se sintió embravuconado y planeó apoderarse de Sicilia bajo el pretexto de que había sido el primero en poner el pie en la isla y se había ganado a más ciudades. Envió, de inmediato, órdenes a las guarniciones de que no recibieran a los enviados de Octavio y se apoderó de todos los desfiladeros. Octavio llegó al día siguiente e hizo reproches a Lépido a través de amigos que dijeron que él había acudido a Sicilia como aliado de Octavio y no para apoderarse de la isla por su propia iniciativa. Pero aquél replicó que había sido despojado de su anterior asignación que ahora estaba solamente en poder de Octavio, y que, de grado, entregaría entonces África y Sicilia a cambio de aquella asignación. Octavio, irritado, se presentó en persona y, presa de la cólera, vituperó a Lépido por su ingratitud y, tras cruzar mutuas amenazas, se separaron. De inmediato se hicieron rodear de guardianes por separado, y las naves de Octavio permanecieron al ancla a cierta distancia de la orilla, pues se dijo que Lépido tenía pensado incendiarlas.

---

[319] Cf. VEL., II 80, 1-2, cuyo texto es muy próximo a la tradición de Apiano.

124 El ejército estaba irritado ante la idea de que fueran a entrar nuevamente en otra guerra civil y de que jamás les abandonaran las luchas internas. Sin embargo, no equiparaban a Octavio y a Lépido, ni siquiera los propios soldados de éste último lo hacían, sino que admiraban el carácter emprendedor de Octavio y eran conscientes de la indolencia de Lépido; y también reprochaban a éste que hubiera dado una parte equitativa a los vencidos en el mismo saqueo. Percatándose Octavio del estado de ánimo de ellos, envió mensajeros para que le aconsejaran, en secreto, a cada uno de sus propios intereses. Y una vez que tuvo sobornado a muchos, y sobre todo a los que habían servido bajo Pompeyo, quienes tenían miedo de que las garantías que les habían sido dadas no tuvieran vigor si no las ratificaba Octavio, mientras Lépido ignoraba aún estas maniobras a causa de su inoperancia, Octavio se presentó en su campamento con gran cantidad de jinetes a los que dejó delante de la empalizada y penetró con unos pocos. En su avance testimonió ante cada uno de los que se encontraba que le estaban abocando a la guerra contra su voluntad. Aquellos que lo vieron lo saludaron como a un general; en primer lugar, acudieron presurosos los pompeyanos que habían sido corrompidos y le solicitaron el perdón para ellos. Él les dijo que se extrañaba de que personas que solicitaban el perdón no hicieran lo que era útil para ellos. Y éstos comprendieron su intención, y de inmediato arrebataron sus enseñas y se pasaron a Octavio, mientras otros plegaban las tiendas.

125 Cuando Lépido se dio cuenta del alboroto, saltó afuera de la tienda hacia las armas. Había ya intercambio de proyectiles y uno de los porteadores de las armas de Octavio cayó abatido, y el mismo Octavio fue alcanzado en la coraza por un dardo, pero éste no llegó hasta la piel y Octavio se refugió entre sus jinetes. Un desta-

camento de Lépido se burló de su huida precipitada, y Octavio, encolerizado, no paró hasta que los copó con la caballería y los aniquiló. Algunos oficiales de las otras guarniciones desertaron a Octavio de inmediato desde el lado de Lépido, y otros durante la noche; algunos, sin requerimiento, y otros, so pretexto de haber sido molestados más o menos por los jinetes. Hubo también quienes resistieron los ataques y los repelieron, pues Lépido enviaba refuerzos a todas partes. Mas, cuando estos mismos refuerzos desertaron, el resto del ejército de Lépido, incluyendo a aquella parte que todavía se encontraba bien dispuesta hacía él, cambió de opinión. Y, de nuevo, fueron los primeros en desertar los pompeyanos, que todavía estaban junto a él, haciéndolo sucesivamente por destacamentos. Lépido armó a otras tropas para que se lo impidieran, pero los que habían sido provistos de armas para este propósito empuñaron sus enseñas y desertaron con los otros a Octavio. Lépido los amenazó y suplicó mientras estaban partiendo, se apoderó de las enseñas y dijo que no las entregaría. Finalmente, uno de los signíferos le dijo que las dejara o era hombre muerto y, por miedo, las dejó.

La caballería, que fue la última en desertar, envió 126
un emisario a Octavio para preguntarle si mataban a Lépido, puesto que ya no era un general, pero Octavio lo impidió. De esta forma Lépido, por la desconfianza inesperada de todos, pasó de una situación de gran fortuna y de estar en posesión de un ejército tan grande a hallarse solo en breve espacio de tiempo. Cambió, pues, su indumentaria y corrió hacia Octavio, acompañado en su carrera por los espectadores como si de un espectáculo se tratara. Octavio se levantó y salió a su encuentro impidiéndole que se arrojara a sus pies al llegar, y lo envió a Roma con el mismo vestido de privado que precisamente llevaba, sin mando de general, pero con-

servando la magistratura sacerdotal[320] que entonces tenía.

Y, así, este hombre que había sido muchas veces comandante en jefe, que había formado parte del triunvirato, que había designado magistrados y proscrito a tantos hombres de igual rango que el suyo, pasó el resto de su vida como un privado y solicitando favores a algunos de los proscritos que fueron magistrados des-
127 pués[321]. Octavio no persiguió a Pompeyo ni encargó a otros de esta tarea, ya fuera por precaución a invadir el dominio ajeno de Antonio, o porque aguardaba el futuro y lo que pudiera ocurrirle a Pompeyo a manos de Antonio y tener un motivo de disputa si no era un trato justo —pues no se habían apagado las sospechas, desde hacía mucho tiempo, de que a causa de su ambición chocarían entre ellos cuando pusieran fuera de combate a los demás enemigos—, o bien, como el mismo Octavio dijo después, porque Pompeyo no había sido uno de los asesinos de su padre. Reunió a su ejército, que estaba compuesto por veinticinco legiones de infantería pesada, veinticinco mil jinetes y unos cuarenta mil soldados armados a la ligera, además de seiscientos barcos. Contaba también con una inmensa cantidad de barcos mercantes que, sin embargo, hizo regresar junto a sus dueños. Recompensó al ejército con premios por la victoria, a algunos en efectivo y a otros bajo promesa; distribuyó coronas y honores para todos, y concedió el perdón a los oficiales de Pompeyo.

128 A consecuencia de todas estas medidas, llegó a ser objeto de la máxima admiración y la divinidad tuvo envidia de su prosperidad, y su ejército se amotinó, en especial el suyo propio, y lo presionaron para que los librara del servicio y se les concedieran recompensas

[320] Lépido conservó el pontificado máximo (cf. cap. 131).

[321] Cf. *supra*, IV 50, para el episodio al que se alude aquí.

similares a las de aquellos que habían luchado en Filipos. Él era consciente de que este combate no era semejante a aquel otro, pero les prometió, sin embargo, entregarles una recompensa digna, incluyendo a los que habían servido bajo Antonio, cuando aquél regresara. En relación con la indisciplina militar, les recordó en tono amenazador las leyes de la patria, así como los juramentos y los castigos. Mas, como no lo escucharon con espíritu sumiso, cedió en su amenaza, a fin de que no se produjera ningún tumulto entre las tropas recién incorporadas y les dijo que, a su debido tiempo, los liberaría del servicio junto con Antonio; y añadió, además, que, en aquel momento, no los iba a meter de nuevo en luchas civiles, que afortunadamente habían acabado, sino que iban a combatir contra los ilirios y otros pueblos bárbaros que estaban perturbando la paz tan costosamente adquirida, y de la cual campaña ellos obtendrían beneficios importantes. Los soldados, no obstante, afirmaron que no irían nuevamente a una expedición hasta que hubieran recibido las recompensas y honores por las anteriores campañas. Octavio respondió que ni aun entonces pospondría los honores y que, aunque ya había otorgado muchas, añadiría otras coronas todavía a las legiones, y para los centuriones y tribunos túnicas festoneadas de púrpura y el rango de decurión [322] en sus ciudades de origen. Pero, mientras se hallaba repartiendo otros honores similares, el tribuno Ofilio exclamó que las coronas y la púrpura eran juguetes para niños, y que las recompensas del soldado, en cambio, consistían en tierra y dinero. La soldadesca respondió a gritos que estaba bien dicho, y Octavio descendió de la tribuna lleno de indignación. Los soldados se arremolinaron en torno al tribuno cubriéndole de elogios y censurando a los que no se unían a él. Pero él

322 Cf., sobre esto, GABBA, «Ricerche sull'esercito...», *Athenaeum* 29 (1951), 245-247.

dijo que se bastaba por sí solo para defender tan justa causa.

Después de decir esto, al día siguiente desapareció
129 y no se supo qué fue de él. Los soldados, por miedo, ya no se atrevieron a levantar la voz singularmente, pero en común pedían a gritos, reunidos en grupos, que se les dispensara de las labores de la milicia. Octavio se atrajo a sus líderes de forma diversa y concedió la dispensa a aquellos que así lo deseaban entre los que habían luchado en Filipos y Módena, por entender que habían estado durante mucho tiempo en el servicio. A veinte mil de éstos los relevó de inmediato y los hizo salir de la isla para que no contagiaran a otros compañeros. Tan sólo a los que habían servido en Módena les dijo, además, que les satisfaría la totalidad de lo que entonces les prometió, aunque estuvieran dispensados del servicio por este procedimiento [323]. Después avanzó ante el resto de la soldadesca y los puso como testigos del perjurio de aquellos que habían abandonado el servicio, pues lo habían hecho sin el consentimiento de su general, y alabó a los que se habían quedado y les hizo concebir esperanzas en un pronto licenciamiento, diciéndoles que ninguno se iba a arrepentir, sino que serían ricos al licenciarse y que les entregaría a cada hombre quinientos dracmas ahora. Tras decir tales palabras, impuso un tributo a Sicilia por valor de mil seiscientos talentos, designó propretores para África y Sicilia [324] y repartió el ejército entre cada una de ellas. Envió de regreso a Tarento las naves de Antonio, y, del resto del ejército, envió una parte en vanguardia hacia Italia a

[323] Cf. DIÓN CAS., XLIX 14, 1-2, y comentario del pasaje en KROMAYER, «Die Militärcolonien Octavians und Caesars in Gallia Narbonensis», *Hermes* 31 (1896), 1-18.

[324] Gobernador de las dos provincias africanas fue designado Estatilio Tauro (cf. DIÓN CAS., XLIX 14, 6). El gobernador de Sicilia es desconocido.

bordo de navíos y otra se la llevó consigo cuando atravesó desde la isla.

A su llegada, el senado le votó honores sin límite [325] 130
y dejó a su albedrío la aceptación de todos ellos o de cuantos quisiera. Salieron a su encuentro muy lejos de la ciudad los senadores y el pueblo llevando coronas en sus cabezas, y lo escoltaron hasta los templos y al regreso de éstos hacia su casa. Al día siguiente, él pronunció discursos ante el senado y ante el pueblo, enumerando sus hechos de armas y su labor de gobierno desde un principio hasta entonces. Estos discursos los recopiló por escrito y los repartió en forma de folletos entre el pueblo [326]. Anunció la paz y la concordia [327], una vez finalizadas las guerras civiles, condonó los tributos impagados, las rentas a los arrendatarios públicos y a los que tenían propiedades públicas en alquiler les perdonó lo que todavía debían. De los honores votados a él aceptó una *ovatio* [328], que fueran fiestas cada año los días en que había obtenido sus victorias [329] y que le fuera erigida en el foro una estatua de oro con el traje que llevaba cuando entró en la ciudad, sobre una columna rodeada de las rostras de los navíos capturados. Y se colocó la estatua con la siguiente leyenda: «La paz, largamente turbada, la restableció en tierra y mar.»

---

[325] Una relación de los mismos se encuentra en DIÓN CAS., XLIX 15, 1.

[326] Para GRENADE, *Essai sur les origines du Principat*, París, 1961, pág. 84, en esta idea de publicar sus dos discursos está en germen aquella otra de las *Res Gestae*.

[327] Para GRENADE, *ibid.*, págs. 79-80: *pax et securitas*. Mendelssohn propone la corrección *euthênian* (prosperidad, abundancia), apoyada por WEINSTOCK, «Pax and the Ara Pacis», *Jour. of. Rom. St.* 50 (1960), 44-58, esp. 47 y n. 32.

[328] Celebrada el 13 de noviembre del 36 a. C.

[329] En especial, el 3 de septiembre del 36 a. C., fecha de su victoria en Sicilia: esta fiesta sería suprimida con posterioridad, junto con la de Accio, por Calígula (cf. SUET., *Calig.* 23, 1).

131 Cuando el pueblo trató de transferir de Lépido a Octavio el cargo de Pontífice Máximo, que estaba fijado por ley como vitalicio, no lo aceptó, y cuando le instaron a que diera muerte a Lépido, como enemigo, no lo consintió [330]. Envió cartas selladas a todos los campamentos con la observación de que se abrieran todas en un día señalado y se ejecutaran las órdenes que en ellas se daban. Éstas eran relativas a los esclavos que, en el transcurso de las luchas civiles, se habían escapado y se habían enrolado en el ejército, para quienes Pompeyo había solicitado la libertad, y el senado y los tratados la habían otorgado. Ellos fueron apresados en un solo día. Una vez conducidos a Roma, Octavio los devolvió a sus dueños romanos o italianos o a sus herederos y también devolvió a los de dueños sicilianos [331]. A todos los que no los reclamó nadie, los ajustició en las mismas ciudades desde las que huyeron.

132 Esto parecía, ciertamente, que era el final de las Guerras Civiles. Octavio tenía entonces veintiocho años [332] de edad y las ciudades le ubicaron entre sus dioses tutelares. Por esta época, tanto la misma Roma como Italia estaban sometidas, de manera abierta, a las depredaciones de bandas de salteadores, y sus acciones se asemejaban más a un saqueo descarado que a un latrocinio encubierto. Fue elegido por Octavio para poner fin a tales atropellos Sabino, quien ejecutó a gran número de bandidos apresados y, al cabo de un año, recondujo todo a una paz en seguridad. Y se dice que desde aquel tiempo arranca la costumbre y el sistema de

---

330 Octavio accedió a este puesto sólo después de la muerte de Lépido el 6 de marzo del 12 a. C. (cf. *Res Gestae* 10, 2).

331 Esta medida, de gran alcance político y favorecedora de los intereses de los grandes terratenientes en Italia y Sicilia, violaba los acuerdos del Miseno (cf. caps. 72 y 74).

332 Había nacido, como se recordará, el 23 de septiembre del 63 a. C.

las cohortes de vigilancia nocturna, todavía en vigor. Octavio, que fue objeto de admiración por haber puesto remedio con una rapidez tan inesperada, permitió que los magistrados anuales gestionaran muchos asuntos públicos según las leyes del país. Quemó cuantos escritos contenían evidencias de la lucha civil y dijo que devolvería íntegramente el gobierno cuando Antonio regresara de la guerra contra los partos, pues estaba convencido de que aquél también quería dejar el poder, una vez que habían finalizado las luchas civiles. Por estas razones, lo eligieron por aclamación tribuno de por vida [333], instándole por medio de esta magistratura vitalicia a deponer la anterior. Él la aceptó, pero escribió, en secreto, a Antonio en relación con el gobierno. Antonio dio instrucciones a Bíbulo, que partía de su lado entonces, para que se entrevistara con Octavio; envió gobernadores a sus provincias, al igual que lo había hecho Octavio, y pensó tenerlos a su lado en su campaña contra los ilirios.

Pompeyo, en su huida desde Sicilia al lado de Anto- 133
nio, se detuvo en el cabo Lacinio [334] y expolió el templo de Juno, que era rico en ofrendas. Después de arribar a Mitilene [335], pasó un cierto tiempo allí, en donde su padre, cuando todavía era él un niño, le había depositado con su madre [336], mientras combatía contra Gayo César, y una vez que fue derrotado lo recogió otra vez. Como Antonio combatía en Media contra medos y

[333] En relación con todas estas medidas y, sobre todo, con el problema de la asunción por Octavio de la *tribunicia potestas*, según Apiano en el 36 a. C. (sin embargo, DIÓN CAS., LIII 52, 5 ss., la ubica en el 23 a. C.), cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

[334] En la costa oriental del Brutio, al Sur y no lejos de Crotona. Más pormenores sobre la huida de Pompeyo, en DIÓN CAS., XLIX 17, 1-4.

[335] Antes de Fársalo, según HADAS, *Sextus...*, págs. 22 y sigs., y MILTNER, *art. cit.*, col. 2.215.

[336] Se trata de su madrastra Cornelia, la última esposa de Pompeyo el Grande.

partos, Pompeyo tomó la decisión de confiarse a él a su regreso. Al enterarse de la derrota de Antonio y de que las noticias confirmaban lo ocurrido, recobró nuevamente la esperanza de suceder a Antonio, si es que había muerto, o compartir su poder cuando regresara. Y tenía siempre presente en su interior el caso de Labieno, quien no hacía mucho tiempo que había hecho incursiones por la provincia de Asia [337]. Mientras se hallaba sumido en estos pensamientos, se le anunció el regreso de Antonio a Alejandría. Tratando aún de procurarse una doble vía envió embajadores ante él, poniéndose a su disposición y ofreciéndose como amigo y aliado, pero intentando, en realidad, investigar la situación de Antonio. Despachó, además, otros emisarios a Tracia y al Ponto, en secreto, a los príncipes de ambas regiones con la intención de, si no lograba obtener lo que deseaba de Antonio, escapar a través del Ponto hasta Armenia. También envió emisarios a los partos esperando que, en lo que restaba de guerra contra Antonio, lo aceptarían de corazón como general, porque era romano y, sobre todo, el hijo de Pompeyo el Grande. Reparó las naves y ejercitó a las tropas que había traído en ellas, so pretexto, por un lado, de tener miedo de Octavio y, por otro, de prepararlas para Antonio.

134 Tan pronto como Antonio supo de la llegada de Pompeyo [338], designó general contra él a Titio [339], y le ordenó que tomara naves y tropas de Siria y lo combatiera con energía, si venía con ánimo hostil, pero que lo tratara con honor si se ponía a sí mismo en sus ma-

---

[337] Cf. cap. 65 de este libro.

[338] Invierno del 36-35 a. C.

[339] M. Titio (cf. Hanslik, en *RE*, s.v. *Titius*, núm. 18) era sobrino de L. Munacio Planco. Su padre, Lucio, había sido proscrito y huyó junto a Sexto Pompeyo a Sicilia. Él, como su tío, era seguidor de Antonio y había participado en la guerra pártica como cuestor (cf. Broughton, II, pág. 401).

nos. Concedió audiencia a los embajadores de Pompeyo, que ya habían llegado, y éstos dijeron lo siguiente: «Nos ha enviado Pompeyo no porque no pueda, si tuviera decidido proseguir la guerra, navegar hasta España, país que le es amigo desde la época de su padre y que abrazó su causa cuando era joven y también ahora le invita a esta empresa, sino porque ha preferido vivir en paz a tu lado y combatir, si fuera necesario, a tus órdenes. Y esta oferta no te la hace ahora por primera vez, sino cuando era todavía dueño de Sicilia y estaba devastando Italia, cuando salvó a tu madre y te la envió de vuelta. Y si tú la hubieras aceptado, Pompeyo no habría sido expulsado de Sicilia —pues no le habrías proporcionado a Octavio naves contra él—, ni tú habrías sido derrotado entre los partos por no haberte enviado Octavio el ejército que pactó contigo que te enviaría; y hubieras sido dueño ya, además de lo que posees, también de Italia. Mas, ya que no aceptaste su ofrecimiento entonces cuando hubiera sido para ti de la máxima oportunidad, considera también ahora que no debes dejarte atrapar en reiteradas ocasiones por las palabras de Octavio y por la relación familiar existente entre él y tú, pues debes recordar que, aunque está vinculado a Pompeyo por vía del matrimonio, le hizo la guerra sin pretexto alguno, y, después de los acuerdos, a Lépido, que participaba en el gobierno, le arrebató su parte y de ninguna de ellas te dio participación a ti.

Tú eres ahora el único obstáculo que queda entre él 135
y la monarquía que tanto codicia, y ya hubiera estado en lucha abierta contigo si no mediara aún Pompeyo. Hubiera sido lógico que tú hubieras previsto estas cosas por ti mismo, pero Pompeyo, con buena intención, te las pone ante los ojos, pues prefiere un hombre sencillo y magnánimo a otro falso, tramposo y marrullero. Y no te reprocha la entrega de las naves que diste a

Octavio para combatirle, obligado por la necesidad, pidiéndole a cambio recibir un ejército para la guerra contra los partos, pero te recuerda que el ejército no te ha sido enviado. Por decirlo en una palabra, Pompeyo se pone en tus manos, junto con las naves que aún conserva y el ejército más fiel, que no le ha abandonado ni siquiera en su huida. Si se mantiene la paz, obtendrás una gloria por haber salvado al hijo de Pompeyo el Grande y, en caso de guerra, un refuerzo suficiente con vista a la contienda que parece que está ya a las puertas.»

136 Tales fueron las palabras de los embajadores, y Antonio les reveló a ellos las órdenes que había dado a Titio; y les dijo que, si en realidad Pompeyo pensaba de esta forma, vendría en persona escoltado por Titio. Mientras ocurrían estos sucesos, los mensajeros enviados por Pompeyo a los partos fueron capturados por los generales de Antonio y llevados a Alejandría. Y después que Antonio supo cada uno de los detalles, llamó a los embajadores de Pompeyo y les mostró a los cautivos. Incluso en una tesitura tal, ellos trataron de exculpar a Pompeyo como hombre joven, en una situación desesperada, bajo el temor de que Antonio no lo acogiera como amigo y obligado, incluso, a tantear a los enemigos acérrimos de siempre para los romanos. Y dijeron que el propio Pompeyo lo haría patente cuando supiera el parecer de Antonio y no tuviera necesidad de solicitud ni de añagazas. Antonio confió en éstos, pues era también en los demás aspectos, en todo momento, un hombre sencillo, magnánimo y sin malicia [340].

---

340 Una vez más vemos la valoración positiva del carácter de Antonio en la tradición de Apiano. De otro lado, en el discurso de los pompeyanos se pueden ver los argumentos de la polémica antoniana sobre los que se cifraban las esperanzas de una reconciliación entre Pompeyo y Antonio en su huida hacia Oriente.

Entretanto, Furnio[341], el prefecto de Antonio en la provincia de Asia, recibió a Pompeyo, que llegó pacíficamente, y además porque no tenía fuerzas suficientes para impedírselo ni conocía en absoluto la decisión de Antonio. Mas, cuando vio que su ejército se estaba entrenando, reclutó algunas tropas entre los estados vasallos y llamó en su auxilio a toda prisa, a Ahenobarbo[342], que mandaba un ejército en las cercanías, y a Amintas[343] desde otro lugar. Ellos acudieron con prontitud, y Pompeyo se quejó de que lo tuvieran por un enemigo a él que había enviado embajadores a Antonio y aguardaba la respuesta de éste. Mientras decía estas cosas, sin embargo, planeaba apoderarse de Ahenobarbo gracias a la traición de Curio, uno de sus oficiales, en la confianza de tener en Ahenobarbo una baza importante con vistas a un posible canje por él mismo. Pero, descubierta la traición, Curio fue convicto ante los romanos que estaban presentes y murió ajusticiado; a su vez, Pompeyo dio muerte a su liberto Teodoro, que era el que únicamente se hallaba al corriente del plan, por pensar que lo había revelado. Como no esperaba ya poder ocultar sus planes por más tiempo a Furnio, se apoderó a traición de la ciudad de Lámpsaco[344], la cual tenía muchos italianos a consecuencia de la colonización de Gayo César, a los cuales enroló a su servicio como soldados, de inmediato, a cambio de fuertes sumas de dinero. Cuando tuvo ya doscientos jinetes y tres legiones de infantería, atacó Cícico[345] por tierra y por mar. Sus habitantes repelieron su ataque por ambas par- 137

---

341 Sobre él, cf. n. 119 a este libro. Año 35 a. C.

342 Cf. cap. 63 y n. 118 a este libro.

343 Cf. cap. 75 de este libro. Era entonces rey de los gálatas de Asia.

344 Ciudad sobre el Helesponto (hoy, Estrecho de los Dardanelos).

345 Puerto principal de la provincia de Asia sobre la Propóntide (hoy, mar de Mármara), en la base de la península de Arctonesos.

tes, pues había en esta ciudad un ejército de Antonio, no muy nutrido, como guardián de los gladiadores que éste instruía allí. Así pues, Pompeyo se retiró al puerto de los Aqueos [346] y reunió provisiones.

138 Furnio no fue el primero en combatir, sino que acampaba en todo momento junto a él con muchos jinetes y no le permitía forrajear ni atraerse a las ciudades. Como Pompeyo no poseía caballería, atacó el campamento de Furnio por el frente y envió dando un rodeo tropas en secreto, por la retaguardia. Por esta razón, Furnio hizo frente a Pompeyo, pero fue expulsado de su campamento por los que atacaron por la retaguardia. En su huida a través de la llanura del Escamandro, Pompeyo los persiguió y dio muerte a muchos, pues la llanura estaba encharcada a consecuencia de las lluvias. Y los que se salvaron en esta ocasión se retiraron, pues no estaban en condiciones de combatir. Mientras esperaban una ayuda de Misia, la Propóntide y de alguna otra parte, aquellos que habían quedado empobrecidos por los continuos tributos se alistaban, con gusto, como mercenarios bajo Pompeyo, sobre todo a raíz de la fama obtenida con su victoria en el puerto de los Aqueos. Pompeyo falto de caballería y por esta razón incapacitado para el aprovisionamiento, se enteró de que un cuerpo de caballería itálico iba a reunirse con Antonio, enviado por Octavia que estaba pasando el invierno en Atenas [347]. Así que envió de inmediato a algunos hombres con oro para sobornar a estas tropas.

Sin embargo, el prefecto de Antonio en Macedonia, capturó a estos hombres y distribuyó el oro entre los

---

346 En la Tróade, sobre el Helesponto, entre Dárdano y la desembocadura del río Escamandro (cf. PLINIO, V 124; ESTRAB., XIII 1, 31; HIRSCHFELD, en *RE*, s.v. *Akhaiôn limēn*, núm. 1. Se llamaba así por creerse que en ese lugar estuvo el campamento de los aqueos en la guerra de Troya).

347 Cf. cap. 95 de este libro.

jinetes. A pesar de ello, Pompeyo se apoderó de Nicea y Nicomedia[348], obtuvo gran cantidad de dinero y su fuerza aumentó en todos los aspectos de forma notable y rápida, y contra lo esperado. Pero a Furnio, que estaba acampado no lejos de él, le llegaron en primer lugar desde Sicilia, al comienzo de la primavera, setenta naves supervivientes de aquellas que Antonio había prestado a Octavio para luchar contra Pompeyo, pues después del conflicto de Sicilia, Octavio se las devolvió[349]. Y también vino, desde Siria, Titio, con otras ciento veinte naves y un gran ejército, y todos arribaron a Proconeso. Por consiguiente, Pompeyo tuvo miedo y quemó sus naves y armó a los remeros como soldados de infantería, creyendo que sería más ventajoso combatir con todas las tropas reunidas en tierra. Casio de Parma[350], Nasidio[351], Saturnino[352], Termo[353] y Antistio[354], y cuantos miembros de la nobleza estaban presentes todavía con Pompeyo como amigos, y el más notable de entre ellos, Fannio[355], y el suegro de Pompeyo, Libo[356], tan pronto como vieron que él, ni aunque estaba presente Titio a quien Antonio había confiado toda la empresa, se abstenía de combatir contra alguien superior a él, perdieron sus esperanzas en Pompeyo y, tras procurarse garantías personales, desertaron a Antonio. 139

Pompeyo, ahora ya sin amigos, se retiró hacia el interior de Bitinia, se dice que apresurándose en direc- 140

---

348 Las dos ciudades principales de Bitinia.

349 Cf. cap. 129 de este libro.

350 Cf. n. 3 a este libro.

351 Münzer, en *RE*, s.v. *Nasidius*, núm. 4, y Broughton, II, 394.

352 Cf. n. 161 de este libro.

353 Q. Minucio Termo (cf. Münzer, en *RE*, s.v *Minucius*, núm. 67, y Broughton, II, pág. 592).

354 G. Antistio Regino (cf. *supra*, IV 40; Broughton, II, pág. 238).

355 Cf. cap. 84 del libro IV y n. 83 bis.

356 Cf. n. 86 al libro III y n. 160 a este libro.

ción a Armenia. Cuando una noche se retiraba en secreto, lo persiguieron Furnio y Titio, a los que se sumó Amintas. Después de una persecución implacable lo alcanzaron al atardecer y acamparon cada uno por separado al pie de una cierta colina, sin foso ni empalizada, a causa de lo avanzado de la hora y del cansancio. Mientras se hallaban en tal estado, Pompeyo les atacó por la noche con tres mil soldados de tropa ligera, y dio muerte a muchos todavía en el lecho y saltando de él. El resto, incluso totalmente desnudos, emprendió una huida vergonzosa. Y parece que, si Pompeyo hubiera atacado en esta ocasión con todo el ejército durante la noche o hubiera perseguido hasta dar caza a los fugados, tal vez hubiera conseguido una victoria definitiva sobre ellos. Pero la realidad es que, por alguna ofuscación divina, pasó por alto estas alternativas, y no obtuvo mayor provecho de tal acción que penetrar nuevamente hacia el interior del territorio. Y sus enemigos se unieron, y lo seguían y le impedían aprovisionarse. Finalmente, cuando corría peligro por causa de la falta de alimentos, se decidió a conferenciar con Furnio, que había sido amigo de Pompeyo el Grande y aventajaba a los demás por su dignidad y por la mayor seriedad de su carácter.

141 Así pues, dejando en medio un río, dijo que había enviado una embajada a Antonio y añadió que, estando falto de alimentos en el intervalo y desatendido por ellos, había hecho tales cosas. «Y si vosotros me combatís por decisión de Antonio, éste ha tomado una mala resolución para él, al no prever la guerra inminente; pero si os habéis anticipado a la decisión de Antonio, apelo a vuestro testimonio y os ruego que aguardéis a la embajada que he enviado ante él o que me cojáis y llevéis ya a su presencia. Pero yo me rendiré sólo a ti, Furnio, pidiéndote como única garantía que me conduzcas a salvo ante Antonio.» Así habló Pompeyo, porque confiaba

en Antonio como hombre de buen natural y sólo temía lo que pudiera ocurrirle en el intervalo. Pero Furnio le respondió lo siguiente: «Hubiera sido propio de ti, si querías rendirte a Antonio, haberlo hecho al comienzo o haber permanecido tranquilo en Mitilene a la espera de su respuesta, y, de otro lado, si querías la guerra, hacer todo lo que has hecho. ¿Qué necesidad, pues, hay de decir estas cosas a quien ya las conoce? Pero si realmente estás arrepentido, no nos indispongas a nosotros los generales los unos con los otros y ríndete a Titio, pues a él le ha encargado Antonio todo lo relativo a tu persona. La garantía que me pides, puedes pedírsela también a Titio. Antonio le ha ordenado que te mate si le haces la guerra, pero que si te pones en sus manos te escolte ante él de manera honrosa»[357].

Pompeyo estaba irritado por la ingratitud de Titio, 142
que había aceptado emprender esta guerra contra él, pues una vez que lo tuvo capturado como prisionero le había salvado la vida. Además de su enojo, consideraba una deshonra, siendo un Pompeyo, estar bajo Titio, hombre en absoluto de noble abolengo, y sospechaba de él como persona indigna de confianza, ya fuera porque lo deducía de su carácter o porque era consciente de alguna antigua ofensa cometida contra él antes del mencionado favor. Nuevamente, pues, le propuso la rendición a Furnio y le pidió que la aceptara. Como no le convenció, le dijo que también se rendiría a Amintas, pero Furnio afirmó que éste no lo aceptaría, pues ello implicaba un ultraje a la persona que había sido encargada de todo por Antonio, y así terminó la conversación. La opinión que reinaba entre la gente de Furnio era la de que Pompeyo, a causa de la escasez de vitua-

[357] Es de resaltar la excelente información de la tradición apianea sobre la etapa asiática de Sexto Pompeyo y sus últimos momentos, igual que el caso de Perugia.

llas, se rendiría al día siguiente a Titio. Pero Pompeyo, por la noche, dejó arder los fuegos habituales y que los trompeteros indicaran las señales usuales a intervalos, como era la costumbre, y salió en secreto del campamento con un puñado de tropas escogidas a las que ni siquiera se les había dicho previamente a dónde iban a ir. Él planeaba llegar hasta el mar y quemar la flota de Titio, y tal vez lo hubiera conseguido, si Escauro [358] no hubiera desertado y hubiera revelado la salida y la ruta que había tomado, si bien no conocía el plan. Entonces, Amintas salió en su persecución con mil quinientos jinetes, en tanto que Pompeyo carecía de caballería. Los soldados de este último se pasaron a Amintas, cuando estuvo cerca, algunos de forma soterrada y otros a las claras. Por consiguiente, Pompeyo, que estaba solo y temía ya incluso por los suyos, se entregó sin condiciones a Amintas [359], a pesar de que había juzgado indigno rendirse a Titio bajo condiciones.

143 De este modo fue capturado Sexto Pompeyo, el único hijo que quedaba de Pompeyo el Grande. Fue privado de su padre en su infancia, y de su hermano cuando era un jovenzuelo; tras la muerte de éstos se mantuvo oculto por mucho tiempo y practicó en secreto el bandidaje en España, hasta que muchos se congregaron a su alrededor, pues era reconocido como el hijo de Pompeyo. Entonces se entregó al pillaje de manera más clara. Después de la muerte de Gayo César, combatió con energía, reunió un gran ejército, naves y dinero, se apoderó de islas y llegó a ser dueño del mar occidental, hizo que Italia padeciera hambre y obligó a los enemigos a pactar bajo las condiciones que quiso. Y lo más impor-

---

358 M. Emilio Escauro, hijo del pretor homónimo del 56 a. C. y de Mucia, tercera mujer de Pompeyo el Grande (cf. n. 206 a este libro). Era, por tanto, hermano uterino de Sexto Pompeyo.

359 Según Dión Cas., XLIX 18, 4, la rendición tuvo lugar en la localidad frigia de Mideo.

tante, al convertirse durante las proscripciones en defensor de la ciudad, que sufrió toda suerte de ruina, salvó a muchos hombres de la nobleza, los cuales estaban entonces en ella gracias a él. Sin embargo, por una ofuscación de origen divino no atacó jamás él a sus enemigos, a pesar de que el destino le deparó muchas oportunidades de hacerlo, sino que se defendió tan sólo.

Después de una trayectoria tal, Pompeyo fue cogido 144
prisionero, y Titio transfirió su ejército a Antonio y al propio Pompeyo le dio muerte en Mileto, cuando contaba cuarenta años de edad [360], ya fuera por propia iniciativa, porque estuviera irritado a causa de algún ultraje anterior, y se mostró así desagradecido para con el beneficio ulterior, o bien porque se lo ordenara Antonio. Algunos dicen que fue Planco, y no Antonio, quien dio la orden. Precisan que, mientras Planco mandaba en Siria, había sido encargado por Antonio, por medio de cartas, de signar con su nombre los asuntos urgentes y usar su sello. Algunos piensan también que Planco firmó la sentencia de muerte con el conocimiento de Antonio, quien, en cambio, tuvo reparo de firmarla a causa del nombre de Pompeyo, y por Cleopatra, que era favorable a Pompeyo a causa de su padre, Pompeyo el Grande. Otros opinan, sin embargo, que lo hizo el mismo Planco por propia iniciativa, pues sabía todas esas cosas y tomó precauciones para que Pompeyo y Cleopatra cooperando con él no perturbaran el respeto favorable existente entre Antonio y Octavio [361].

---

[360] Ello situaría la fecha de su nacimiento en el 75 a C., ya que nos encontramos en el 35 a. C. Sin embargo, esta fecha es rechazada por GABBA *(Appiani...,* V, com. *ad loc.),* que piensa, siguiendo a Hitza y Miltner, que tal vez haya que situarla en el 66 o 68 a. C.

[361] Es evidente que la tradición de Apiano intenta mostrar como culpable a Planco. En DIÓN CAS., XLIX 18, 4-5, se dice que Antonio envió dos cartas a Titio, una con la orden de ejecutarlo y otra posterior con el perdón, pero que éstas llegaron en orden inverso y Titio

145 Sea como fuere, Pompeyo murió, y Antonio, nuevamente, hizo una expedición contra Armenia, y Octavio contra los ilirios, que pirateaban Italia, algunos de los cuales jamás habían estado sometidos a los romanos y otros se habían sublevado en la época de las Guerras Civiles. Puesto que yo no he llegado a conocer estos acontecimientos de Iliria con exactitud, ni ellos abarcan en conjunto materia suficiente para un volumen específico [362], ni pueden ser relatados en algún otro lugar, me pareció oportuno referirlos anteriormente, a partir del momento en que fueron anexionados a Roma, aglutinando los sucesos de su historia hasta el final, y añadirlos a la historia de Macedonia que marcha a su compás.

---

entendió la orden de ejecución como modificación de la que concedía el perdón, y lo ejecutó. En cualquier caso, la muerte de Pompeyo fue objeto de una polémica surgida entre Octavio y Antonio (cf. DIÓN CAS., L 1, 4, y VEL., II 87, 2 y 79, 5).

[362] Se trata de su libro *Sobre Iliria*, especie de apéndice al libro *Sobre Macedonia*.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

GUERRAS CIVILES